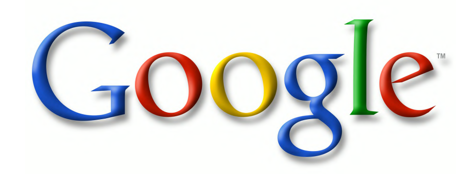
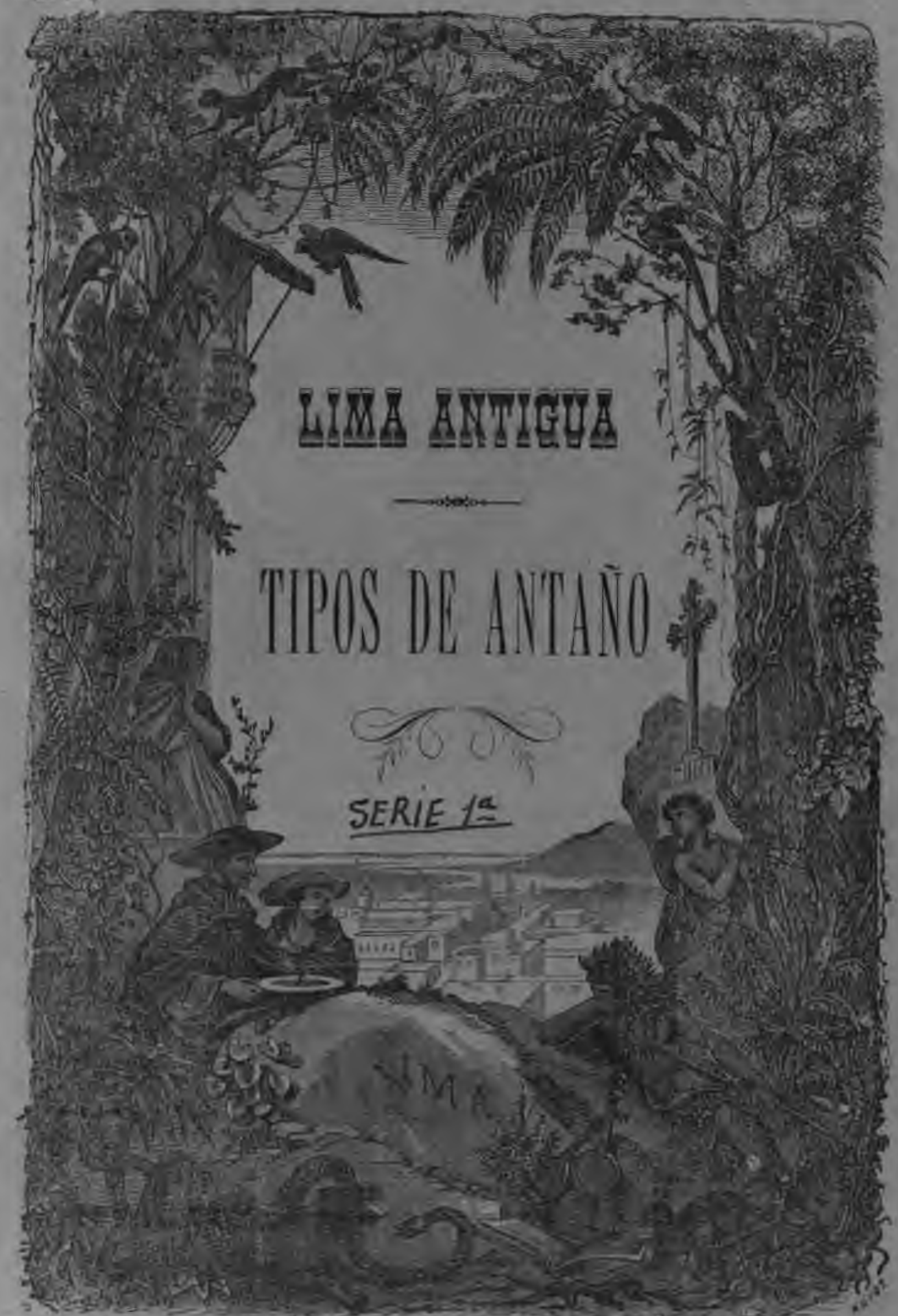
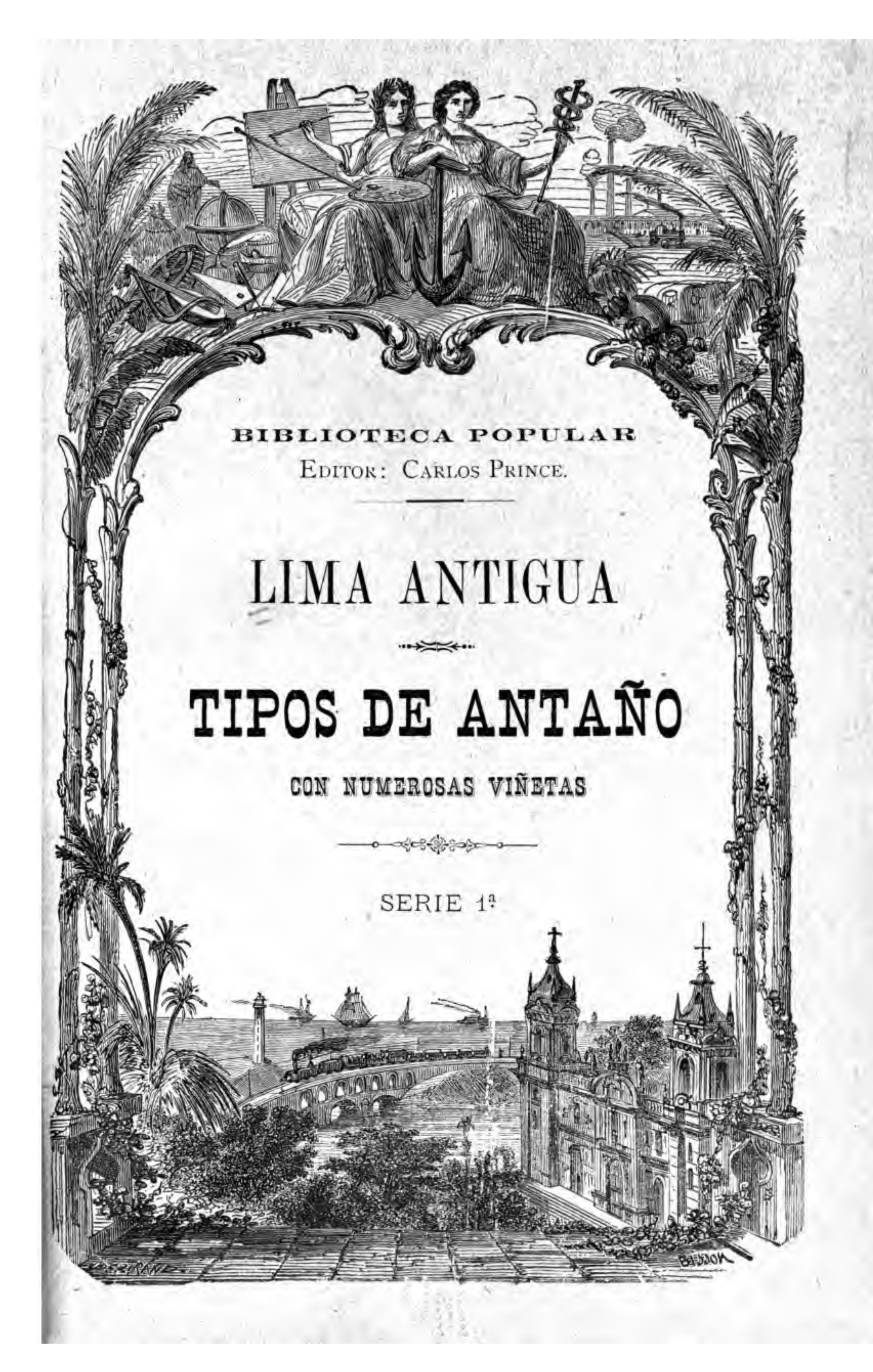



F
3601
.L69


GENERAL LIBRARY
UNIVERSITY OF MICHIGAN
ARTES · SCIENTIA · VERITAS


LIMA ANTIGUA
TIPOS DE ANTAÑO
SERIE 1ª



BIBLIOTECA POPULAR

EDITOR: CARLOS PRINCE.

LIMA ANTIGUA

TIPOS DE ANTAÑO

CON NUMEROSAS VIÑETAS

SERIE 1ª



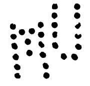


LIMA

IMPRENTA DEL UNIVERSO, DE CARLOS PRINCE

CALLE DE LA VERACRUZ, No. 71

1890



AL LECTOR

Lo útil y necesario de esta publicación es innegable, por cualquier lado que se le mire.

Los tipos antiguos se van extinguiendo, paulatinamente se van perdiendo de vista, y hay en la actualidad muchísimas personas que desconocen sus antecedentes y anticuadas costumbres.

Esos tipos están delineados doblemente aquí, ora en los grabados que respectivamente les compete, ora en los artículos especiales; llevando, tanto la fotografía grabada como la escrita, un fin unísono, idéntico, sistemado, y obedeciendo á un solo móvil: la conservación del original antiguo.

Además de estas recomendaciones, que no son escasas, este pepueño libro servirá también de instructiva guía, á todo aquel que pretende conocer los usos de antaño, y las reformas locales introducidas desde los pasados tiempos á nuestros días; lo que equivaldrá á dar, compendiadas, algunas lecciones de historia.

No solamente los extranjeros, sino hasta personas nacidas en la ciudad, ignoran las transformaciones que han sufrido ciertas cosas y lugares. Este libro será una especie de manual que venga á llenar aquel vacío, á salvar esa deficiencia de datos, encargándose, de una manera amena y jocosa, de refrescar á unos la memoria, y de enseñar á otros lo que justamente no sepan, ya por las atrasadas épocas, ya por su ausencia de esta capital.

Por todo lo expuesto, nos prometemos, pues, que nuestra nueva edición será acogida, no sólo con benevolencia, sino con entusiasmo, en vista de su importancia, utilidad y necesidad.

El Editor.

TIPOS DE ANTAÑO

LA MISTURERA



Este tipo, completamente de antaño, no existe ahora.

Tenía su campamento en los portales, que, *in illo tempore*, no estaban enlozados como hoy, sino cubiertos de una piedra menuda, que hacía *morir de risa* á los que padecían de callos; sin embargo, concurría á ese paseo, lo más selecto de la sociedad limeña, y en él se veía, por primera vez, las nuevas modas de hombres y mujeres.

Los *pucheritos de mistura* tenían salida á toda hora, particularmente en los días domingos y feriados. Su precio era variado y no fijo, computando la misturera, para su venta, los *puntos* que calzaba el comprador.

Si las niñas iban solas ó acompañadas solamente en familia, el pucherito era barato; pero si llegaban al puesto con alguno del sexo feo, entonces era otro cantar. El que era amartelado galan, ese *pagaba el picante* y aumentaba las ganancias de la ladina misturera. Es de advertir que los enamorados estaban seguros de encontrar en ese paseo, y precisamente en el puesto de la misturera, al tierno objeto de sus desvelos.

En antaño, el obsequio de la mistura era indispensable, y el amigo de una familia ó el que deseaba serlo, encontraba en ese

obsequio, el motivo de ostentar su generosidad. Al pasar un caballero de buen tono delante del puesto de la misturera, cerca del cual se encontrara una amiga, echaba garbosamente una onza de oro, diciendo á la vendedora: *páguese usted,* sin detenerse á recoger la moneda del vuelto.—*¡O tempora! ¡O mores!*



EL HELADERO



Metido el tarro de lata ó zinc entre un cubo de madera, el heladero, llevando una larga cuchareta en la mano, pasea las calles pregonando lo que nadie puede entender sino adivinar.

Esto sólo acontece en la estación veraniega, en la cual hace su agosto, tanto en las casas como en las calles.

En este último lugar, para despachar, descuelga del cubo una canastita de asa que lleva allí pendiente, y, en platitos de miniatura, echa los helados, sacando tres ó más veces *untada* la cuchareta. Si el comprador se queja de la medida, el heladero se disculpa diciendo:—"*La neve cara está, no pode darte más; se no queras, no tomas.*" Y prosigue andando hasta consumir el tarro.

Cuando el heladero es *rumboso,* hace que otro cargue el tarro en la cabeza, y él vá delante con la insignia de mando, es decir, el ininteligible pregón y la larga cuchareta.

¡Hasta los que están en mangas de camisa, quieren tener mando y ostentar poderío!

El doctor Fuentes en su interesante obra "*Lima,*" refiriéndose á este tipo, dice lo siguiente:

"*Refrescar la sangre*, era el primer cuidado de nuestros abuelos, pues entonces, desde la mañana, recorrían los heladeros las calles de Lima, y muchos de éllos tenían una clientela establecida, á la que llevaban á domicilio el refresco matinal.

»El gremio de heladeros se componía de indios, que anunciaban su pasaje por las calles, con los gritos de *¡Eh riqui piña!* (helados ricos de piña) *y de leit* (y de leche.) La riqueza de los helados consistía, si eran de piña, en que apenas tenían de esa fruta; y si eran de leche, en que esta no había servido sino como sustancia colorativa.

»El heladero ambulante sólo proveía á la gente pobre, pues las personas acomodadas acudían á las heladerias bien sostenidas y aseadas, donde se elaboraban helados perfectamente hechos."



LA TISANERA



Sentando sus reales en las plazas, plazoletas, mercados y lugares públicos, la tisanera, de á pié, se estaciona, silenciosa, en conocidos lugares, teniendo á su lado una grande olla de barro metida entre una canasta de caña entretejida.

Dicha olla está tapada con un plato de loza ordinaria, lleno de limones ágrios, teniendo encima un vasito con tisana, cubierto, á su vez, con otro plato pequeño.

Hay también tisaneras ambulantes, con la olla encanastada en la cabeza; y otras jalando su borrico; regularmente, éstas dán al aire su pregón en estos términos: *La tisanera se vâ! Tiiisaaana con nieeeve!*

Rara vez es el tal líquido una bebida provechosa, sino agua sucia con pequeños trozos de cáscaras de piña ó de limón.

La tisanera ocupaba la segunda escala de los vendedores de fresco, y generalmente era negra, vieja y gorda.

LA FRESQUERA



Por fuera de los arcos del portal de Escribanos, y, casi á semejanza de los toldos de campaña, tenía la fresquera establecido su centro principal.

La más antigua y acreditada de las tres fresquerías que allí habían, era la de ña Aguedita, á la que sucedió su hijo D. Mariano.

El festivo autor del libro *Lima* nos pinta admirablemente á ña Aguedita:

"En antaño, los portales no sólo eran ocupados por los heladeros, sino también por los fresqueros; y la historia de Lima conservará para siempre los recuerdos de ña Aguedita, célebre por sus frescos, mazamorra y champús. Ña Aguedita vendía por la mañana frescos, y por las noches, á más de éllos, mazamorra morada y champús de ágrio y de leche.

»Los bancos de esa nunca olvidada matrona recibían lo más notable de la población de Lima; en enormes ollas de cristal excitan el apetito, ó mejor dicho, la sed pública: la chicha de piña, la chicha de guindas, la orchata y el agua de granadas; ¡cuántos galantes presenciaron esos bancos, mudos y discretos, testigos de más de una declaración amorosa! ¿Á cuántos felices matrimonios sirvió de primer paso el convite de una taza de champús de leche?

»Pero ña Aguedita no era inmortal! murió y su muerte marca la época de la decadencia fresqueril. En vano otros puestos adornados con vistosos toldos de tela azul y blanca ostentaban ollas y vasos de fresco; en vano, repetimos, porque esos puestos estaban abandonados á la gente de baja esfera. Jamás tuvo ña Aguedita toldos ni adornos, y en ciertas noches era muy feliz conseguir un asiento alrededor de sus ollas.

»La aristocracia renunció á los frescos al aire libre, desde qne perdió á su fresquera predilecta.”

En el verano se colocaban por el lado del Portal de Botoneros, dos puestos más de fresquería; pero ni estos ni los otros establecidos en el Portal de Escribanos, gozaban cual el de ña Aguedita, del favor público.

En las demás plazas y plazuelas, existían también fresquerías, hasta que la Municipalidad hirió de muerte este ramo, desterrándolo de dichos lugares públicos, consultando para ello el aseo y ornato de la población.

Las fresquerías de la Plaza de Armas, eran las más decentes. En tres grandes ollas vidriadas, con tapaderas perpendiculares, tenían depositados los líquidos refrigerantes, con el agregado de otros recipientes menores.

Durante el día, se expendía allí fresco de piña, de guinda, limonada, granada, orchata, suero y helados de leche y frutas. En la noche se agregaba á todo lo dicho, el champúz de leche, la mazamorra morada y los barquillos.

En el día, no existen las fresquerías en la Plaza Mayor ni en las demás plazas y plazuelas; los individuos que cultivan ese ramo de industria, han ido á ocultar su decadencia en diversos lugares de la población.



LA BUÑUELERA



En las fiestas que llaman de *tabla*, y también en la *noche buena*, hacen su agosto las buñueleras.

En un asno bien cargado, conducen todos los aprestos de su profesión, consistentes en algunos tercios de cañitas *bravas*, una banca *coja*, bracero, sartén, manteca, una batea con la masa ya preparada, una fuente para colocar la fritura, y una botella ó frasco con almíbar.

Con una cañita puntiaguda vá ella dando vueltas á los buñuelos que está *confeccionando*, y con otra caña encendida con manteca hirviendo, alumbra la sartén, para ver si están en estado de sacarse.

El humo que levantan las buñueleras contribuye también al jolgorio ó celebración de la fiesta, pues no á pocos, los hace llorar.... de puro placer y regocijo!

¡Para todo hay gente en esta bendita y confortable tierra de los Incas!



LA PICANTERA



Las comidas que antiguamente gozaban de preeminencia, eran los picantes, que se hacen de carne, pescado, charque, papas, etc.; pero los aficionados preferían el seviche, consistente en pedazos menudos de pescado ó en camarones que, empapados en zumo de naranjas ágrias, ají y sal, se macera, al cabo de algunas horas, por la acción cáustica del ágrio de la naranja.

En aquellos tiempos los picantes se vendían en Lima por negras que recorrían las calles llevando sus ollas en una gran canasta, proporcionada al objeto, la que cargaban en la cabeza, entonando su pregón de esta manera: — *La picantera..........! Ajiaco, charque y seviche! ¡Motesito peladito!*

Este tipo ha desaparecido ya, porque ahora hay muchas fonduchas especiales conocidas con el nombre de fondas peruanas donde también se venden picantes, y porque, además, en los barrios

apartados, existen puestos de picantes en muchas puertas de tiendas. Estos establecimientos pertenecen casi todos á indias, y algunos gozan de alto crédito.

Es por esta razón fundamental, que la picantera ambulante se ha abstenido ya de sus acostumbradas correrías por las calles de la ciudad, cuyo negocio, dicho sea de paso, era tan cómodo como socorrido para muchas familias pobres.

¡Mutatis, mutandis!



LA CHICHERA



Antiguamente, la chichera ambulante, que generalmente era negra, vieja y flaca, recorría las calles llevando un enorme cántaro ó porongo de barro, y un vaso de vidrio ordinario, donde despachaba la correspondiente dosis de líquido llamado *chicha terranova*.

La fama pública de entonces, concedía mil cualidades saludables á esta chicha; principalmente para el vulgo, era una medicina soberana. Sin embargo, el tipo de la chichera ambulante ha desaparecido del todo, y hace poco tiempo, existía aún una que era octogenaria, y que, á pesar de su avanzada edad, recorría diariamente las calles de Lima.

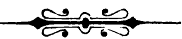
Hoy la chichera ha prosperado inmensamente. Sus puestos se extienden por toda la ciudad, tanto en los centros como en los extramuros, y cuando tiene lugar alguna festividad religiosa, se estaciona en los contornos de la iglesia favorecida, con una mesita bien *surtida y aderezada.*

Hay diferentes clases de chicha, pero las que se expenden regularmente por las chicheras, son hechas de jora, de garbanzos, de piña y de maíz morado.

Son tan provocativas las mesitas de la chichera, que al más desganado le abren instantáneamente el apetito.

Los depósitos de la chichera son hoy unos grandes vasos de cristal, con la particularidad de que ninguno de éllos está entero ó en buen estado. Todos son *inválidos*, y los hay en escala descendente, desde *lacrados* hasta remendados con *hoja de lata.*

¡Buen provecho y ojo á la pisada! ó para expresarse con más propiedad: ¡Mírame y no me toques!



EL FRUTERO



Es tan popular este tipo que, en otro tiempo, se le dedicó una canción especial denominada: *El negrito frutero*, cuya letra sólo recordamos á retazos incompletos, motivo por el cual no la trascribimos ni siquiera en pequeños fragmentos.

La fruta se vende en Lima en los puestos del mercado, en tiendas y por vendedores ambulantes.

El frutero ambulante de antaño, salía caballero sobre un burro, y teniendo por delante un par de enormes capachos llenos de frutas que sacaba de las huertas de la misma capital ó vecinas á élla.

El oficio de frutero ha sido exclusivo de los negros y negras bozales, que recorrían las calles gritando: *¡Eh frutee! pela, pelia...... canasta llena.... tamalito de uva.. . melocotone.... etc.*

La canasta llena consistía en un cestito lleno de peros pequeños, morroñosos, picados de pájaros ó podridos, que se vendía á medio ó á cuartillo de real. Y el tamalito de uvas se componía de una

gran cantidad de uvas que se desgajaban de los racimos, de los magullados, muy ágrios ó verdes, envueltos en hojas de plátano.

Muy poco apetitoso era el aspecto de la *canasta llena* y del *tamalito*, pero para los niños era un momento de regocijo aquel en que el *casero* les presentaba esos objetos.

Más tarde, los negros bozales han sido reemplazados en el oficio por los chinos; pero mucho les falta para imitar el pregón de los primeros.

El frutero ambulante salía á las doce del día, y se retiraba á las cinco de la tarde, con los capachos desocupados y la bolsa repleta; lo cual, por cierto, no acontece hoy, estamos seguros de ello.

Solamente los artículos de primera necesidad tienen salida fácil en la actualidad; los demás..... *¡Nequaquam!*



LA MELONERA AMBULANTE



Con un canto ó entonación *sui generis* y especialísimo, la melonera, cabalgando en un fuerte burro ó en una mula, con los serones repletos de melones y sandías, transita y pasea hasta hoy las calles de Lima, gritando sin interrupción por todas éllas: *La Melonera...... melones.....! La sandillera...... sandillas.....!*

Unas veces vá la melonera sola, bien arrellenada en un borrico ó mula. Otras, lleva consigo una cría, y el paciente animal camina por esas calles de Dios, soportando el peso de la *mercancía*, el de la vendedora y el de su guagua.

Esta correría dura de seis á seis. En la última hora, se retira la *comerciante* con la carga aligerada, despuès de haber cambiado los melones y sandías por plata blanca, como dicen éllas, pues en la

Lima antigua, no se conocía el *papel-moneda,* ó los sucios y rotos billetes que han circulado últimamente.

Oh! cuán felices fueron nuestros abuelos en *ciertas cosas......!*

Diferencia notable hay entre la melonera ambulante y la del mercado; y es, que la primera vende su mercadería por mayor, es decir, piezas enteras; miéntras que la segunda, la vende al menudeo ó sea por fracciones llamadas *tajadas.*

LA MELONERA EN EL MERCADO



Tipo que también subsiste; del mismo género, pero de diversa especie que el anterior, la melonera del mercado está firme en su puesto, rodeada de los largos y abultados melones y sandías, ora enteros, ó partidos, según la impaciencia que tenga por salir de éllos, es decir, por venderlos; pues lo que es de valde no dá siquiera las pepitas de los melones, que sirven para hacer orchata.

En el mercado pasa todc el día nuestro tipo, sosteniendo el fuego graneado de los dichos picantes y palabras altaneras que cambia con los compradores, porque esa clase de gente es irascible y no soporta la más pequeña é insignificante púa, de comprador ó transeunte.

Concluida la *feria*, lía sus bártulos, se come en familia ó con las *comadres*, las tajadas partidas que han quedado sin dueño ó salido improductivas, y los enteros los mezcla al día siguiente con otros frescos, entre los que oculta y disfraza aquellos que ya han *pasado de la madurez.*

Solamente cuando el deterioro es imposible ocultarlo, de ninguna manera, rebaja el precio de la *especie* para no verse obligada á botarla. — La industria es libre!

LA GRANADILLERA



En las quebradas próximas á la capital, se produce en abundancia la sabrosa granadilla que se trae á la población y se vende por indias residentes en esas quebradas.

Con las granadillas formadas en racimos sobre los hombros, ó llevando éstas en hondos canastos de asa, colgados en ambos brazos, camina la granadillera, unas veces en silencio y otras dando al aire la voz preventiva de lo que lleva y entrando á ofrecer su mercadería de casa en casa, preguntando: *¿No mercas granadellas, neña?*

Este tipo, demasiado pobre, no tiene particularidad alguna que lo distinga: es por esto que su biografía aparece demasiado lacónica.

¡Unos son de cal y otros son de arena......!

LA CHAMPUCERA

En las puertas de las tiendas, solares y callejones, se coloca este tipo con todos los *trevejos* ó adminículos de su oficio, como bracero, olla, cucharas de palo y el farolito colgado con una vela de sebo encendida.

La antigüedad de la champucera se distinguía por este rasgo ó circunstancia, que hoy está extinguido y olvidado. Es el siguiente: Desde las siete de la noche, hora en la que, durante el invierno solamente, se expendía el *champuz de ágrio*, un chicuelo colocado por el dueño del puesto cerca de su persona, no cesaba de entonar con su voz infantil lo que se expresa á continuación:

"Champúz caliente,
Vamos con el café limeño, muchacha;
El que se come medio, se come un real,
Para el colegial:
Venid, venid, que ya está:
El cuartillo por delante
Y la tasa por detrás."

El premio del pregonero consistía en una gran tasa de champuz, concluida la venta, y, si quedaba agotado, la champucera recompensaba los afanes de aquel, dándole medio real. Esto acontecía diariamente y sin interrupción.

Hoy no hay más anuncio ni pregón que el farolito con la vela encendida. Los chicuelos de la época son agrandados. Pasaron ya los tiempos de — Ángeles somos, del cielo venimos......

LA LECHERA



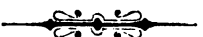
Cabalgada en un viejo caballo trotón, y teniendo á derccha é izquierda los porongos de lata llenos del alimento robado á los tiernos y hambrientos terneros, no por la amorosa vaca sino por su codicioso dueño; la lechera recorre sus *caserias* en las primeras horas de la mañana, gritando con voz atiplada:—*¡La lechira!*

A màs de los regaños y disputas por las *llapas*, este tipo no está exento de otros percances desagradables; los esenciales son dos:

Primero: cuando la Policía inspeccionaba la leche y, cuando la encontraba adulterada, la mandaba de *regalo* á los hospitales: lo cual es demasiado cómodo y muy meritorio, desde que nada le costaba dicha obra caritativa. Para el beneficiado era suculento, y bastante oneroso para la despojada.

Segundo: cuando en los caminos rurales le sale, de rondón, un amigo de lo ageno, que hace de élla lo que se le antoja, estropeándola y quitándole, ademàs, todo el producto de la venta.

La lechera, por lo regular, es india y trae á Lima la leche de las haciendas algo distantes. Este líquido de primera necesidad, que generalmente sale puro de las haciendas, rara vez llega á la ciudad sin ser bautizado.



EL BIZCOCHERO



Con un rodete ó rodela sobre la cabeza, para descansar la tabla, el bizcochero dá la voz desde las seis de la mañana, pregonando en variados tonos:—*Ay biscochero!* Esto parece una equivalencia de quejarse, bien por el peso de la repleta y colmada tabla, bien por ir caminando á pié, de un extremo á otro de la ciudad. Otras veces se comprende que dijera: *Hay bizcochero!* es decir, está ya afuera el bizcochero, ó vá transitando y dá el aviso para que se apresuren á llamarlo los *nenes*.

En otras ocasiones grita, con toda la fuerza de sus pulmones:—*¡Chancayáno, muy bueno!*

El bizcochero, que generalmente es indio ó zambo, á quien el pastelero paga un tanto por ciento sobre la cantidad que diariamente vende, tiene dos estaciones. Es la primera, de las seis de la ma-

ñana á las doce del día, en la cual tenía lugar las voces consabidas; era la segunda, desde la una hasta las seis de la tarde. En la primera salida, sólo vendía bizcocho, inclusive rosquetes y fachendas; en la segunda, sacaba la agregación de dulces, empanadas y pasteles. Las voces de la segunda aparición eran las siguientes: *¡Buen pan de Guatemala! Empanaditas de boda, que se vâ el empanadero! ¡Pasteles!*

Pero cuando se centuplicaba para gritar por las calles, con toda la fuerza de sus pulmones, era en los días de Semana Santa, en que todos éllos, en diversos tonos, gritaban: *¡Pan de dulce, pan de dulce y de regalo, pan de dulce!*

Dejemos, por un momento, la palabra al crítico autor de *Lima*, que relata del modo siguiente, un rasgo ingenioso del bizcochero de Lima, en aquellos tiempos:

"No todos los apetitosos bizcochos y dulces que adornan la tabla del bizcochero, tienen el mismo precio; ni todos los muchachos son tan dichosos que posean la suma de cinco, diez ó veinte centavos para regalarse con éllos un bocado exquisito y caro. El bizcochero franquea un camino probable de alcanzar esa felicidad, y he aquí como: coloca su tabla en el suelo, rodéanse de élla los muchachos, cada uno de los cuales pone, en el objeto que más codicia, dos ó tres centavos; el bizcochero bate su plumero ó servilleta para espantar las moscas vecinas; cuando cesa el movimiento del plumero, vuelven las moscas y una de éllas, se para, naturalmente antes que las demás, sobre un bizcocho; el que apostó en él, lo gana; los demás jugadores pierden sus puestas, lo cual hace que el bizcochero recoja, por un bizcocho, cuatro ó cinco veces más de lo que vale. Si la mosca tiene el antojo de pararse sobre pieza no señalada por algún muchacho, el bizcochero hacía suyas todas las puestas."

Las tablas de los bizcocheros, van en invierno, cubiertas de una bayeta, para resguardar el recado, de la menuda lluvia, y de un toldo en verano, para preservarlo del sol.

Los bizcochos y dulces se venden, además, en los mismos lugares en que se elaboran, que son las pastelerías y dulcerías, como también en otros diferentes puestos.



LA PESCADORA



La ocupación principal de los indios chorrillanos era la pesca, y las mujères conducían á Lima el pescado para venderlo, bien recorriendo las calles ó bien en un puesto del mercado. Antes del establecimiento del ferrocarril entre Lima y Chorrillos, la pescadora servía de correo y de comisionista á todas las familias.

Mucho tiempo ha pasado para que las chorrillanas se atreviesen á viajar en los trenes, pues no podían comprender que un coche marchara tan velozmente sin ser tirado por caballos, á no ser por el influjo de los diablos.

Hasta mucho tiempo después del establecimiento del ferrocarril, prefería la pescadora el paso lento de su pacífica mula, con la cual empleaba nada menos que tres horas en llegar á Lima.

La pescadora, en su escursión por las calles de Lima, *ni canta ni llora*. Es decir, no tiene un sonsonete especial en su pregón, sino dice únicamente en su voz natural y también con extremada *naturalidad*, lo siguiente: —*¿Quién merca pescado? Corbina, Pejerreyes! Pescado fresco!*

En esta última voz está el *busilis:* porque la pescadora está todo el día en la plaza de abasto, ó lo que es igual, en el *mercado;* que será la razón por lo que dice y pregunta: *¿Quién merca pescado?* Al concluirse la venta en dichos lugares, es que sale la pescadora á vender por las calles la *existencia que le queda*..... digo del pescado, el cual, á esas horas, despide ya un *olor* alarmante, en mérito de lo que, de una manera precautoria, sin duda alguna, avisa élla, anticipadamente, que es *fresca la pesca,* cuyo aserto, estando bastante lejos de la realidad, deja verdaderamente *fresco* al inocente comprador.

Lo peor del caso es, que la gente más menesterosa es la que sufre siempre estos estupendos chascos, porque como muy bien se dice: *al perro flaco todas son pulgas.....*

¡Qué verdades las de los refranes!



EL PANADERO



Montado en las ancas de una resistente mula, cargada con dos capachos y varios costales llenos de pan, emprende su viaje el panadero ó repartidor de pan, desde las seis de la mañana, recorriendo los puestos, las pulperías y las casas llamadas *caserías*, que se proveen diariamente de la misma panadería.

Estos viajes eran antes de leguas, pues *echaban* pan hasta en los pueblecitos cercanos á la capital.

Los ferrocarriles han obviado esa dificultad. No sabemos si el panadero lo agradecerá, ó se mostrará quejoso del ahorro del trabajo, en atención á que esto también quita una parte de la utilidad que tenía.

Desde la época de la última guerra ha habido otra supresión en el ramo: la de *los muertos.....* es decir, los días en que daban el pan gratis, que eran generalmente los domingos ó sea cuatro veces al mes. Y por fin, otra supresión más, fué la de quedar establecido que el panadero no tenga reparto sino una vez al día, en vez de dos, como siempre se ha acostumbrado.

El panadero tiene la preciosa libertad de entrar á todas partes como Pedro en su casa, sin decir oste ni moste, anunciando tan sólo su presencia en las casas, dando sobre los capachos de cuero, dos ó tres rudos golpes con las riendas. — ¡Viva la franqueza!

EL AGUADOR



Antes del establecimiento de la Empresa del Agua, el pueblo de Lima gemía bajo el despótico monopolio del aguador, porque no tenía agua el que la necesitaba, si el aguador no quería darla.

Los aguadores se dividían en dos categorías: los de á pié y los de á burro. Los primeros cargaban una pipa pequeña al hombro, y los segundos, dos pipas en los lomos de su burro.

El aguador, generalmente negro ó zambo, cuidaba á su burro más que á sus propios hijos, y era para él el objeto de su más tierna solicitud.

Enjaezado el burro, montaba el aguador sobre él, y se encaminaba á la fuente. El sonido de la campanilla anunciaba que había mercadería vendible: al oir dicha campanilla, las criadas decían al negro: *Aguador, écheme usted un viaje,* el que, según ordenanza municipal, costaba medio real; pero cuando las pilas públicas no estaban expeditas, por diversas emergencias que acontecían en los antiguos acueductos ó modernas cañerías, entonces el valor del viaje subía hasta cuatro reales, y los necesitados tenían que satisfacer el antojo y los caprichos del aguador.

El aguador de antaño tenía también á su cargo el innoble oficio de *verdugo,* pues era el encargado de matar á los perros callejeros, sirviéndole de arma para tan sanguinaria función, el largo palo de lloque que tenía, tanto para ayudarse á montar sobre el burro, como para descansar en él las *angarillas* cuando sacaba una de las pipas, para trasportar su contenido á la botija del lugar donde lo llamaban para *echar* agua.

Bastante repugnante era, por cierto, el espectáculo público de ir matando á palo á los pobres perros, tan sólo para librarlos de la hidrofobia, que era, como es hasta ahora, la razón de los perricidios. Antes era el palo; hoy es el veneno. ¡Infeliz raza canina!

Ay! si esto se hace con los *fieles* y los *leales*, ¿qué no se debería hacer con los infieles y desleales? ¡Lástima es que no exista ese contrapeso!.......

Dió en tierra con el aguador, la rica y grande "Empresa del Agua." Francamente, ignoramos por qué se titula *Empresa esta Compañía!* A no ser que este mote sea originado por la *hombría* de hacerse dueños de lo que no les pertenece ni les ha costado tampoco un centavo tener, porque el agua no se fabrica: la *dá la naturaleza.*

¡Ay! ¡despojados *aguateros!* como algunas personas que se la daban de expresivos y bien hablados, decían por los aguadores.

¡Este mundo es *mucha cosa,* y es mejor reir que llorar, porque... ¡No hay otro remedio!

O ccmo decía una antigua letrilla inserta en un viejo periódico:

Já! já! já! já!
¡Qué cosasas las de acá!!!



LA TAMALERA

En canastos enceronados y bien acondicionados sobre un jumento, lleva la tamalera sus tamales, tanto criollos como serranos, dando, seguidas, las voces siguientes:—*La tamalera! La tamalera suave! A medio y á real! Tamalito serranito calientito! Ya se vá la tamalera! ¿Quién me llama?*

Sobre estas voces, hay compuesta una tonadilla titulada: *La Tamalera*, que se canta hasta hoy; como también antiguos cantarcillos populares, dedicados al mismo tema. Así pues la tamalera es un tipo de gran partido.

Todos los domingos del año, y además, las *noches buenas,* sale la tamalera á lucir sus tamales envueltos en multitud de hojas de plátano, con lo que engaña al comprador aumentando el volumen del objeto encubierto.

Además de los comunes, hay asimismo tamales especiales que van subiendo de precio según sean los *condimentos* que llevan.

Los de *huevos y pichones*, solían costar antes hasta cuatro pesos de plata!..... Cuatro pesos eran entonces muy poca cosa, pero hoy se llenan la boca para decir: *Cuatro soles de plata!*.......

¡Ojo al Cristo!



LA BIZCOCHUELERA



Muchos recordarán que *in illo tempore*, se ponían las bizcochueleras en los arcos de los portales y demás lugares públicos.

En aquellos tiempos, la *más popular del gremio*, era la que tenía su asiento en la estación del ferrocarril de Lima para el Callao: allí se la veía diariamente, con su gran azafate lleno de exquisitos bizcochuelos, hechos en los monasterios de esta capital; y tal era la fama de que gozaba, por la excelencia de su golosina, que diariamente expendía dos azafates llenos.

Además, habían también bizcochueleros ambulantes, que recorrían las calles dando el alerta siguiente: *¡El bizcochuelero!* Eran, regularmente, cholos de corta edad todavía, y, al fin muchachos, acontecía muchas veces, el que, por estar mataperreando, caía al suelo el azafate ó canasta y se revolvían los bizcochuelos.

Estos lances solían suceder, porque los chicuelos comisionados, se ponían con otros menores de edad á jugar á la *pica* ó al *choclón*. De allí surgía una disputa por cualquiera *trampa;* y entonces se trompeaban: caía el celador, los llevaba á la Intendencia..... y perdían venta, libertad y bizcochuelos!....... —¡Percances fatales!

EL MANTEQUERO



En largas bateas en la cabeza, llenas, por tajadas, del espeso y blanquecino producto de los infelices chanchos, el mantequero, que es también pura manteca, y que no puede negar su oficio por ser casi manteca andante, es respetado por todos los transeuntes, cuando es pedestre, porque los hay también montados.

El mantequero es tan temido, como una bomba ó como un rifle apuntando, puesto que el menor roce con él, puede producir una catástrofe.... en la tela del descuidado paseante.

Es por esto que el mantequero es una potencia ambulante, cuando está en el ejercicio de sus grasosas funciones, y, quieras que no quieras, hay que cederle la vereda y rendirle los honores que el miedo tributa al que posee la preeminencia de hacerle á cualquiera, sin responsabilidad, un gravísimo daño...... en el vestido.

El mantequero conoce su poder, porque vá por las calles con la risa en los labios, haciendo alarde de su carga y de la suciedad de sus aceitosos vestidos. — ¡Arre borrico!.....

Réstanos decir, que, en opinión de los limeños de antaño y aun de los de ogaño, la manteca de puerco es preferible á la mejor grasa de vaca, y se la beneficia por ciertas preparaciones que la hacen perder el olor y pronunciado gusto que tiene en su primitivo estado.



EL FOSFORERO

Entre los tipos de antaño, no puede quedarse olvidado el fosforero.—Después del añejo yesquero y azufrada pajuela, una infinidad, una nube de fosforeros invadió las calles de la población.

Posteriormente recién caía algún Presidente de la República, se multiplicaba el número de fosforistas, como por encanto, lo que dió origen á que á los oficiales caídos se les llamara fósforos.

Fundado en esto, un vate que ceñía espada, se inspiró en tal hecho, y escribió y dió á luz pública una letrilla, cuyo estribillo era semejante al pregón del fosforero. Decía así:

¡Fósforos muy superiores, á doce cajas por medio!

Con razón se dice que no hay peor cuña que la del mismo palo!

En época no muy lejana se hacía en Lima un consumo extraordinario de fósforos llamados *chalacos*, cuya fabricación é industria pertenecía á los hijos del Celeste Imperio, que eran entonces los que formaban el gremio de los fosforeros. Hoy este artículo ha caído en casi completo desuso.



EL ARRIERO



El arriero calzaba espuelas, como algún *condecorado*. Vestía polainas, á más de las anexas á su oficio; y llevaba *endilgado* un largo poncho para abrigarse. Tenía, además, á sus órdenes, como jefe, algunos subalternos, y *otro sí* una gran *piara* de mulas.

Era el arriero el encargado de conducir los

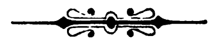
equipajes, proporcionar bestias y dar guías á los viajeros entre la costa y la sierra y viceversa.

También traía las cargas de diversos puntos de la República, especialmente los *panes* de sal, de nieve, y las botijas de aguardiente.

Con la implantación de las distintas líneas férreas, ha ido cesando y disminuyendo, paulatinamente, el trabajo del arriero, particularmente aquí, en donde ya casi no son necesarios sus servicios.

Ahora puede hacerse memoria de la antiquísima cuarteta que dice:

"Aprended flores de mí
Lo que vá de ayer á hoy:
Ayer maravilla fuí,
Y hoy sombra mía no soy."



EL SUERTERO

Con una pluma en la oreja, un tintero colgado en el dedo meñique de la mano izquierda, y una libreta larga y angosta bajo del mismo brazo, llena de apuntes y geroglíficos que ni ellos mismos entenderían después, el suertero no cesa de recorrer la ciudad, gritando desaforadamente:—*La de á mil! ¿Quién quiere llevarse una talega?*

Cuando menudea más sus gritos el suertero, es la víspera de la salida de las suertes. Entonces, á lo ya dicho, agrega: *Esta es la última que me queda. Llévesela usted, que se la ha de sacar.*

Como en todas las profesiones descuellan ciertos hombres de genio, entre los suerteros de antaño se contaban dos famosos por la popularidad, que los hacía vender muchos billetes, y por la fortuna para *botar suertes;* estas dos celebridades eran conocidos, el uno, con el apodo de *Masamorra*, y el otro con el de *A-canto-de-flores.*

Ambos debían sus apodos al pregón que usaban para la venta de los billetes. El primero gritaba:—*Vaya la de á mil! Mil pesos de suave! Suave como masamorra! ¿Quién quiere mil pesos?* El segundo pregonaba en verso, y todos ellos por el siguiente estilo:

¡Vaya un numerito
En un jardín!
¡Una de á quinientos
Y otra de á mil!

¡Vaya un numerito
A-canto-de-flores!
¡Hombre con mil pesos
Mujer con amores!

La suerte con la verdad
Y la verdad con la suerte,
¿Quién compra el treinta y tres mil?
¿Quién quiere mil pesos fuertes?



Antiguamente los sorteos eran semanales; la mayor suerte era de mil pesos, costando cada billete un real.

El ramo de suertero es el único que los chinos han dejado de invadir.



EL MERCACHIFLE

Este tipo es como Proteo: tiene diversas faces. Dos son las más importantes. A éllas nos concretaremos, por ser las de mayor antigüedad para guardar consecuencia con nuestro propósito y con el título de este libro.

Se le daba el nombre ó dictado de *mercachifle*, á los comerciantes de *menor cuantía* que salían por las calles con sus *atadillos* al hombro, vendiendo géneros por varas, y gritando:—*Coco á medio y cuartillo la vara! Damasco para manteles y servilletas! Bramante para sábanas! etc.*

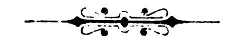
Tenían también ó participaban de igual jerarquía, aquellos que salían con una caja-vidriera colgada al cuello, del todo semejante á los que habían estacionados en los Portales, de la Plaza Mayor,

exclamando con todo el aire de sus pulmones, hasta ponerse la cara color de granate: "*Mercería y perfumería fina y barata.*"

Ambos *comerciantes* hacían buen negocio, y si hoy no existe de *esa fruta*, no será por cierto por falta de *riego*, sino porque las raíces del árbol se habrán secado.

Es de lamentar este suceso, porque los aludidos prestaban al público un gran servicio.

¡Bien dicen que lo bueno se vá ó se muere!



EL VELERO

Poco hay que decir para fotografiar á este tipo.

Con un largo, fuerte y lustroso palo nudoso, colocado horizontalmente en el hombro, conducía él velero sus velas de sebo, por mazos ensartados en los pábilos con una piola, y colocados, de espacio en espacio, en unas hendeduras hechas en el mueble conductor.

De cuando en cuando se hacía anunciar el tal, exclamando, con voz hueca: — *Velero!*

Con este laconismo continuaba su romería, hasta que lográba dejar colocada la carga, lo que, por lo regular, acontecía en las chinganas y pulperías.

Aquellos tiempos, en que se desconocía el alumbrado por gas, eran la edad de oro de los veleros, pues que las velas de sebo eran los únicos focos de luz que alumbraban á nuestros abuelos.

Consideramos adecuado reproducir lo que á este respecto dice el ilustrado Dr. Fuentes en su importante obra titulada "*Lima.*"

"En *illo tempore*, dice, los habitantes de Lima iluminaban sus habitaciones principales con velas de sebo; en las habitaciones interiores ponían candiles, llenos de grasa ó manteca, dentro de la cual ardía una gran mecha de pábilo.

»Más tarde, la iluminación de las habitaciones principales se hacía con velones de sebo blanco y la de las demás viviendas con velitas del mismo color: los pobres se alumbraban con velas de sebo prieto, quedando los candiles relegados para el uso de las cocinas.

»Se introdujeron después en Lima las velas de esperma, que

naturalmente fueron usadas en los salones, quedando las de sebo para cuartos interiores y cocinas.



»Luego aparecieron las lámparas para aceite, que ocuparon las habitaciones destinadas hasta entonces á las espermas. Habían lámparas de todas clases, formas y tamaños: unas de colgar, y otras de pie.

»Por fin, en 1855, bajo el período presidencial del Gran Mariscal Castilla, apareció el esplendoroso gas, el que, con su brillante luz, opacó todas las demás luces, y la industria del velero de sebo cayó en mortales agonías. Esta industria, que, en sus felices tiempos, iluminó á nuestros abuelos, estuvo, cuando pareció el gas, representada por muy escaso número de personas, que lanzaban gemebundos quejidos, al recordar los venturosos tiempos de las velas de sebo.

»En esos tiempos, que eran de poca y mala luz, las casas de los ricos ostentaban valiosas arañas y costosos candelabros de plata maciza: hoy las casas más ricas tienen lámparas y candelabros de exquisito trabajo artístico y de mucho gusto, pero..... la plata y el oro apenas han dado á esos objetos, exteriormente, su brillo y su color. En esta línea se observan los progresos del arte y la decadencia del fausto y opulencia que, en no muy remotos tiempos, resaltaban en Lima."

EL SERENO

Otro tipo antiguo, también muy digno de darse á conocer, es el sereno.

Estacionado en las esquinas, desde las siete de la noche tocaba ó hacía sonar su pito de barro en figura de pajarito, y á las diez comenzaba á pregonar ó cantar las horas que daban en las torres de las iglesias, con triste y descompasado sonido, diciendo:

¡Ave María Purísima,
Las diez han dado
Viva el Perú y sereno!

Esta especie de terceto, se iba repitiendo de hora en hora hasta las cinco de la mañana, en cuyo término descargaban sus tercerolas hiriendo el aire sin compasión y con bastante aplomo.

Por supuesto que las *tercerolas* corrían parejas con los *tercetos*, y también con la pobre vestimenta del sereno, consistente, primero, en un sucio poncho ó raída capa, y después, en un capotón de tela ordinaria, bien largo y ancho.

Con su primitivo vestuario, los serenos parecían unos verdaderos *montoneros*, y en el segundo, unos reclutas recien *traídos* del interior.

En aquel tiempo, se cantaban varias canciones sobre el sereno. De éllas recordamos estas dos *cuartetas:*

"No sé que tiene el sereno
Que ronda tanto mi casa,
Sin duda que me dará
Mañana para la plaza."

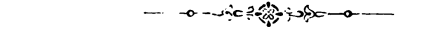
"Sereno tulí,
Sereno já! já!
Mire usted este hombre
Me quiere matar."

Ello es lo cierto que, con la tercerola terciada,

El sereno vigilaba
Cuando roncando no estaba.

El ramo que se cobra por la vigilancia nocturna de la población, conserva hasta hoy el nombre de *Serenazgo.*

¡Échele usted un galgo!



EL MÉDICO ANTIGUO

Cabalgado en su mulita, el médico antiguo visitaba á sus enfermos por una peseta. Solamente cuando era de *muchas campanillas* ó hacía sus visitas en casas de *alto copete y mucho fuste*, recibía



medio peso ó media misa, como decían algunos, con el agregado de que la familia del paciente le mandaba la *calesa* para el trayecto.

El médico más conspicuo de aquellos tiempos patriarcales, y al que las viejas abuelas recuerdan siempre con admiración, fué el *Doctor Santitos*, renombrado por su ciencia, pericia y prolijidad para examinar con paciencia á sus enfermos.

Se cuenta de él curaciones muy acertadas, y operaciones raras, como aquella de la *limeta de agua de Colonia*, que terminó con una *chuscada* que el médico dirigió á la paciente, cuando ya estuvo curada. Como el asunto es algo más que *colorado*, nos privamos de dar más pormenores......

Talis vita,
Finis ita.
¡Amén, Jesús, María y José!



EL MAESTRO DE ESCUELA

Largo y estirado, ó rechoncho y panzón, con calzón corto, levita ancha y larga, zapatos de lazos de cinta negra ó hebillas de plata, con la pechera de la camisa rizada, corbata blanca y gorro de algodón del mismo color, y con palmeta y chicote en las manos, tal era el tipo del maestro de escuela de antaño. Su conversación era pura fraseología, y quieras que no quieras, se hacía escuchar de todos, intercalando en sus *parlerías* sus retazos de latín.

Nadie ha descrito con más propiedad lo que eran las escuelas en *illo tempore*, como lo ha hecho el inimitable y malogrado Dr. D. Manuel A. Fuentes, en su interesante obra titulada: "*Lima.*"

Reproducimos á continuación los siguientes acápites sobre este particular:

"La instrucción primaria se *vendía* entonces en Lima, en dos clases de establecimientos: las *migas* y las *escuelas*. Las primeras eran dirigidas por respetables matronas entre las cuales había algunas negras y zambas, y se llamaban *migas* porque á éllas concurrian niños de ambos sexos. Las escuelas estaban gobernadas por *sabios profesores* y á éllas sólo concurrrían los varones.

» Los grados de enseñanza eran *tablita*, *cartilla*, *catón*, *libro*, *carta* y *proceso*.

» Regularmente en la *miga* se llegaba hasta *catón*, que contenía todas las oraciones de la doctrina cristiana, y se aprendía también las primeras oraciones religiosas, que se cantaban todas las tardes en coro.

» La *escuela* era de más elevada categoría; en élla se leía *libro*, *carta* y *proceso*. Llegar al *proceso* era lo mismo que alcanzar el doctorado en la lectura. Los *procesos* eran copias de autos ó de documentos que los maestros compraban á los escribanos. Se aprendía, además, en las escuelas, á escribir y las cuatro primeras reglas de aritmética; así es que, para indicar que un niño había terminado su instrucción primaria, se decía: *sabe leer, escribir, y contar*.

» En las *migas* se pagaba por un niño ó niña, cuatro reales al mes: como la maestra era regularmente devota de algún santo, los niños tenían que contribuir con pequeñas erogaciones para el culto de ese santo.

» La mesada en las escuelas variaba de uno á dos pesos; pero todos los muchachos debían llevar, el sábado, al maestro una *rosca de manteca*. Los maestros se encontraban pues con cuarenta ó cincuenta *roscas*, cantidad mayor que la que podian consumír en toda la semana, y acordaron muy sabiamente, sustituir la *rosca* con la *propina*, que consistía en la erogación semanal de un medio real.

» Los muchachos además de sus obligaciones como estudiantes, tenían que servir al maestro durante la semana en ir á comprarle el rapé ó los cigarrillos, el azúcar, las velas, etc. El sábado, tenían que barrer la escuela, sacudir las bancas, y quemar una calceta para echar yesca en el yesquero.

» Los castigos de la escuela eran la pena de permanecer de rodillas, cierto tiempo, en medio de la sala, y la palmeta, para *casos leves;* la de azotes que, en los *casos graves*, se aplicaban sobre la ropa y en cualquier parte del cuerpo, y en los *gravísimos* á *calzón quitado* y en parte *determinada*."

El santo del maestro de escuela lo celebraban los muchachos encintando el látigo y la palmeta, instrumentos con que los solía áquel *acariciar*.

"Así besa el cordero
La mano del carnicero."

Muchos años hace que han desaparecido en Lima las *migas* y las *escuelas:* ahora todos son colegios, guardando algunos las apariencias de llenar ciertas formalidades de ley.

¡Cómo cambian los tiempos y las costumbres!......



EL MAESTRO HUESO

El tipo más característico de los pasados tiempos, es el Maestro Hueso. Alto, delgado y envuelto en una larga capa española, ocultaba, bajo de élla, dos grandes talegas que llevaba colgados en cada brazo.

La del brazo izquierdo, que era la mayor, le servía como depósito, en las funciones y bodorrios á que asistía. En élla echaba cuanto podía acaparar: aves, pasteles, botellas de vino, jamón, en fin, de cuanto había en aquellas grandes y suculentas mesas de antaño. Esto, por cierto, era aparte de lo que *engullía* para sacar el vientre de mal año.

La del brazo derecho le servía para guardar el violín, pues el Maestro Hueso era violinista y, además, profesor de baile. Ninguna de las dos cosas sabía, pero, entonces como ahora, no es eso un gran obstáculo para dejar de enseñar.....

Aquí viene como de molde el dicho de los muchachos:

"Maestro Ciruela,
No sabe leer y pone escuela."

En los bautizos y en los casamientos, el Maestro Hueso era el principal invitado, porque *rascaba* el violín y movía el cuerpo, á la vez, bailando el *aguacerito*, el *londú*, la *bendición*, la *cachucha*, y el *zapateado de Cádiz*.

Ignoramos por qué los discípulos del Maestro Hueso no le han levantado una estatua ó, cuando menos, un mausoleo en el cementerio, por suscrición...... Sin duda se han olvidado de esta doble *notabilidad*.—¡Flaquezas humanas!

MANONGO MOÑÓN



Chiquitín y regordete, como nuestros abuelos pintaban á los duendes, Manongo Moñón transitaba las calles de Lima, conduciendo un lío en cada mano, y vendiendo en las casas hilo, agujas, tijeras, cintas y otras maritatas.

Ignoramos por qué al *papujillo* le habían *agarrado la pava* los muchachos; ello es que cuando lo divisaban con sus atados de baratijas, comenzaban los granujas un sonsonete con acompañamiento de dos piedras golpeadas una con otra, y la siguiente letra:

"Ovillitos de hilo,
Pún, pún:
A cuatro por medio,
Cumacún."

Dicha letra remataba con este coro:

¡¡¡Manongo Moñón!!!

El aludido y festejado de tan estruendosa manera, echaba por su boca *sapos* y *culebras*, como se dice vulgarmente para disfrazar ciertas voces subidas de tono, y remataba por dejar los atados en el suelo y tirar pedradas al grupo perseguidor, hasta que tenía que intervenir la policía.

Manongo Moñón era tenido por bellaco y hablaba de tal modo que costaba trabajo comprenderle; así, decía llamarse Manongo Moñón, por lo que con tal nombre era conocido.

Siempre andaba metido en las casas de las señoritas, pues además de las baratijas de costura que vendía había también adoptado el oficio de ropavejero, llevando con frecuencia enormes atados de vestidos de mujer.

Manongo Moñón no era tan cándido cual lo manifestaba, pues con ser comerciante, probaba lo contrario, porque en ese gremio pecarán muchos de pillos, más nó de cándidos.—¡Entendámonos!

BASILIO YEGUAS



Basilio Yeguas era un sonso bellaco cuya única gracia consistía en no hablar sino en latín.

Día y noche pasaba el tiempo en el entonces tan acreditado café de Bodegones, recogiendo todos los puchos de cigarros, los restos de pan y los pedacitos de azúcar que dejaban los concurrentes en ese establecimiento; repasaba, además, todas las mesas para tomar los conchos de café, te ó chocolate, que quedaban en las tazas. En fin, por sus bellaquerías, era el *hazmereir* de todo el mundo, y los muchachos principalmente eran los que se complacían en tomarle á su cargo, entablando con él diálogos más ó menos como el siguiente:

— ¿Cómo estás Basilio?

—Bonorum, hombre, bonorum.

—¿De dónde vienes?

—De Bodegonorum.

—¿Cuántas tazas has tomado?

—Cuarentorum de cafetorum y diziochorum de chocolatorum.

—¿Qué tienes en los bolsillos?

—Panorum, azucarorum y cigarrorum.

Basilio Yeguas, como también Ño Bernardito, Benito Saca-la-pierna y Juan Soldado, eran tipos que, bajo la apariencia de unos rematados cándidos, pasaban su vida entregados al ocio más punible, teniendo una existencia vagabunda y licenciosa.

Falta muy notable hacía entonces, como hasta hoy mismo, una casa correccional, pues de esa manera, Basilio Yeguas y demás bichos de esa jaez, habrían con justicia y razón ocupado en dicho establecimiento una localidad para purgar en élla sus malas costumbres.

Esto no es por moralizar, sino por decir la verdad.

OTROS TIPOS

Como semejanza de los tipos delineados, tenemos:

La *sandillera,* con la melonera;

La *florista, ramilletera* y el *macetero,* con la misturera;

El *salchichero* y *chicharronero,* con el mantequero;

El *sodero* y *cervecero,* con la chichera;

La *pastelillera* y *picaronera,* con la buñuelera;

El *empanadero de picadillo,* con el bizcochero;

El *antero* y *barquillero,* con el fresquero;

El *humitero,* con la tamalera;

La *maninera,* con la granadillera, por estar unidas las más veces;

La *mazamorrera,* con la champucera;

Pajarito, Felipe la cochina, Angelita recoge, Benito Saca-la-pierna y *Juan Soldado,* con Manongo Moñón y Basilio Yeguas.

Esa especie de analogía, ya directa, ya indirecta, existente entre dichos tipos, nos ha privado de consignarlos separadamente, para evitar fastidiosas repeticiones.

Tipos secundarios, exentos de novedad y de importancia popular, por lo que tampoco tratamos de éllos con extensión, son:

La *aceitunera;*

La *almuercera,* con su renombrado *sanguito de ñajú;*

El *guitarrista* y el *arpista;*

La *vendedora de piñitas de nueces de nogal;*

El *leñatero;*

La *vendedora de chancaquitas de cancha, de nueces secas, de maní* y *de requesón;*

Y, por último, el *turronero,* el cual sólo acostumbraba salir los días de la procesión del Señor de los Milagros; lo mismo que el del *pan de dulce,* que sólo se vendía en la semana santa, y hoy, ambas cosas, las pregonan todo el año.

Tipos extranjeros, son:

El *afilador;* el *escobero;* el *alhajero;* y el *pailero.*

Tal vez no creerás, lector,
Pero es cierto que fuerte hipo
Le ha dado hoy al editor
Por consignar tanto TIPO.

BARBARIDADES

Por vía de apéndice, anotaremos algunas de las mil barbaridades á que estaban expuestos, antaño, los habitantes de esta dichosa y tres veces coronada ciudad de los Reyes.

Entre esas barbaridades, unas eran de *obras,* y otras de *palabras.* Las primeras se toleraban impunemente, por la falta de una buena policía y otras diversas causas de larga enumeración. En cuanto á las segundas, las cometían de un modo garrafal la generalidad de la plebe de Lima y aún algunas personas que no pertenecían á esa clase.

¡Oído á la pisada!......

I

Entre las muchas *barbaridades de obras,* imperaban las siguientes:

Se permitía que las *recuas* de burros cargados con tercios de alfalfa ó con capachos de ladrillos, adobes, cal, tierra, etc., transitaran al galope no sólo por el medio de las calles sino hasta por las aceras, golpeando á los ancianos y á los niños que no tenían bastante viveza para huir el bulto, ó á las personas que caminaban desprevenidas.

Los cargadores, vendedores, cocineras, sirvientes y demás gente plebeya, tenían la facultad de transitar impunemente por las aceras de las calles, con bultos más ó menos voluminosos, arrojando, si venía al caso, á un caballero ó á una señora fuera del enlosado, á vista y paciencia de los *corbatones,* sin que éstos dijeran *ni chus ni mus.*

No se encontraba siquiera una alma caritativa que diera razón, al que le preguntaba, por una calle, casa ó persona, aun cuando la conociera.

Frecuentemente sucedían choques entre los transeuntes y los vendedores de manteca y de velas, ó con otros individuos que llevaban en la mano un pescado, ó cualquiera otra cosa semejante, cuyo roce producía una catástrofe en la tela de la persona que le tocaba esta calamidad.

Era común cobrar á los deudores morosos, por medio de los periódicos.

Se sustraían con frecuencia las cartas y los periódicos de la estafeta.

La gente alegre y vivarracha pasaba muchas *noches buenas* en lugar de buenas noches.

Y así muchas otras barbaridades por el estilo, que sería demasiado largo el referirlas, bastando, como muestra, los pocos casos citados.

II

Entre las *barbaridades de palabras,* algunas eran de *marca mayor,* como lo vamos á referir.

Común era que se saludaran dos personas del pueblo, del modo siguiente:

—Buen is asté,

—Así se los é Dios asté.

—¿Comestasté?

—Pa servirle á asté, güeno, ¿y asté?

Al despedirse dos amigas, solían hacerlo así:

—Memorias á la familia.

—Haré la mercé que usté le hace.

Cuando un individuo saludaba á otro que iba acompañado, era muy corriente decirle:

—Adios señor don Fulano y la compaña.

A lo que el saludado contestaba:

—Malegro que usté la goce.

Cuando un individuo decía á otro que Zutano había preguntado por su salud y le mandaba memorias, el segundo contestaba:

—Retuérneselas usté de mi parte.

Pero donde se oían barbaridades mayúsculas, era en la Plaza del Mercado, entre compradores y vendedores, siendo frecuentes los diálogos más ó menos por el estilo del siguiente:

—¿A cómo salen las papas?

—A ocho por medio.

—¡Gua! ¡qué lizura! ¿tan chiquititas?

—*Fundona, cargadora,* por qué no *trayes* carretón?

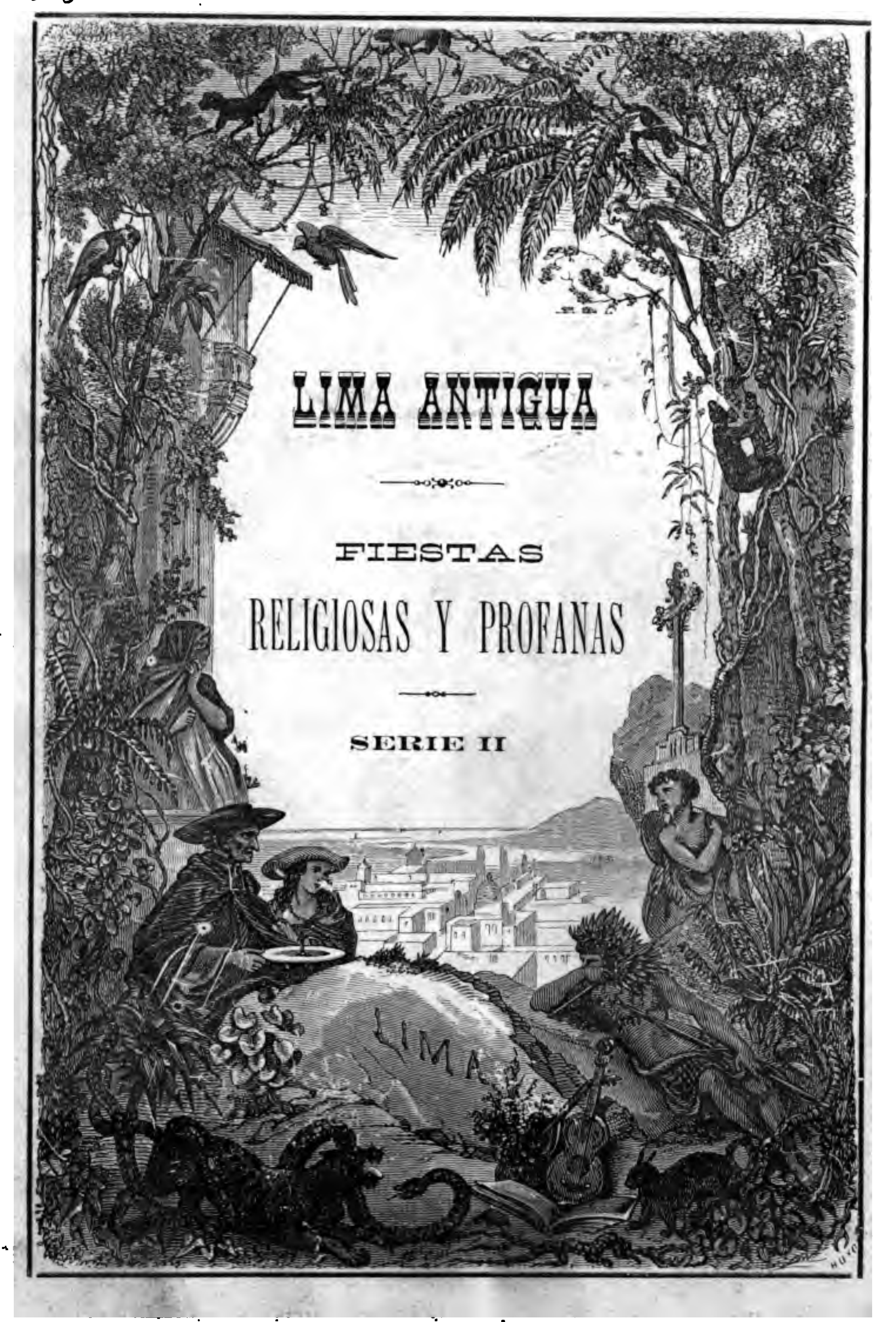
—Chola motoza.

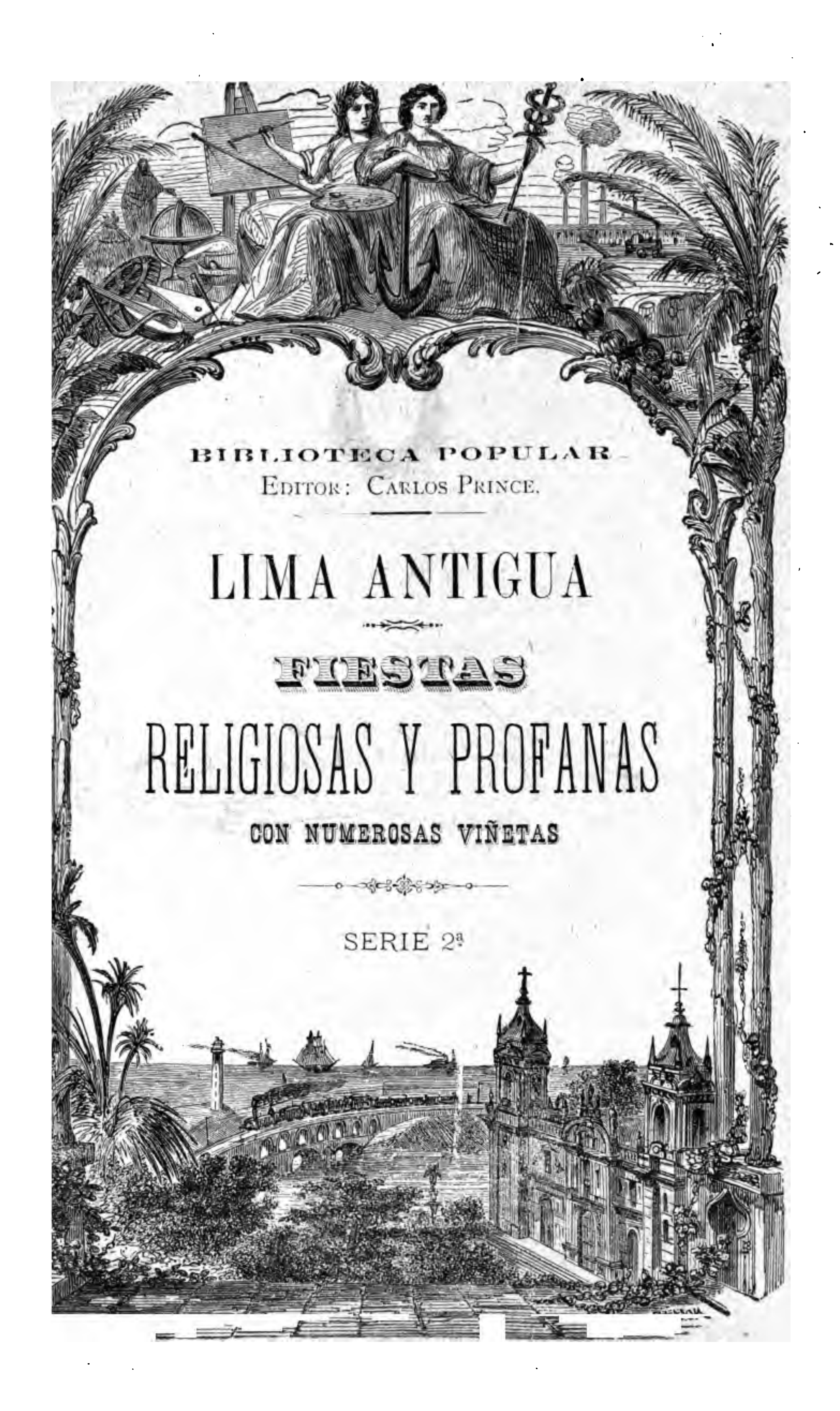
—*Andai,* zamba mocha.

Y de estas palabras pasaban á otras mas soeces é injuriosas.

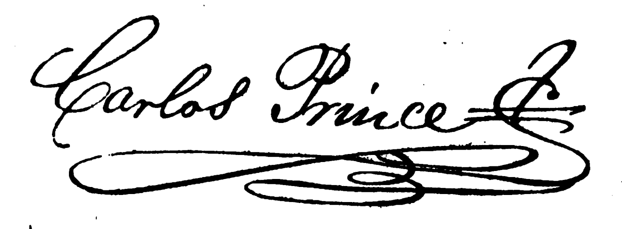
Y con esto, punto final!.....

ÍNDICE


LIMA ANTIGUA
FIESTAS
RELIGIOSAS Y PROFANAS
SERIE II
LIMA


BIBLIOTECA POPULAR
EDITOR: CARLOS PRINCE.
LIMA ANTIGUA
FIESTAS
RELIGIOSAS Y PROFANAS
CON NUMEROSAS VIÑETAS
SERIE 2ª





LIMA
IMPRENTA DEL UNIVERSO, DE CARLOS PRINCE
71, CALLE DE LA VERACRUZ, 71

1890

AL LECTOR

El ramo que vamos á tratar en esta segunda serie de nuestra moderna publicación, aun cuando también participa en algo de los tipos, tiene la tendencia principal de sacar á luz y dar á conocer ciertos detalles especiales, en su mayor número relegados al olvido.

Las costumbres antiguas de un país, no pueden desaparecer por completo. Quedan siempre algunos rezagos de éllas, máxime cuando han estado arraigadas en el pueblo por dilatados años.

Lo propio acontece aquí. Mucho de lo añejo se ha reformado; pero hay siempre cierta analogía entre lo antiguo y lo moderno.

Para explicar y aclarar estas semejanzas, escribimos estas páginas.

Quedando así dilucidado el objeto de esta segunda serie, daremos principio á nuestra labor, con la fundada esperanza de que, tenga igual ó mejor aceptación que la anterior, en vista de los esfuerzos que hacemos por servir al público, para lo que no omitimos ninguna clase de sacrificios, y en mérito también de lo escogido del trabajo, nada común entre nosotros.

El Editor.

FIESTAS RELIGIOSAS Y PROFANAS

FIESTAS RELIGIOSAS

PARA EL SANTO MONUMENTO



La semana nombrada de *Dolores,* salían de diferentes iglesias comisiones eclesiáticas á colectar fondos y cubrir con éllos parte de los gastos necesarios para celebrar con el lujo y boato acostumbrado, las fiestas religiosas de la Semana Santa; funciones sagradas y de rito, para conmemorar la pasión y muerte de nuestro Redentór.

Dichas comisiones se componían de un ayudante de iglesia, que llevaba un enorme parasol de seda carmesí, á cuya sombra marchaba un eclesiástico y otro ayudante conduciendo un grande azafate, en donde se iba depositando la limosna de los fieles.

Este personal entraba de casa en casa, diciendo: — "*Para el Santo Monumento!*" Á cuyas palabras no había corazón, por duro ó empedernido que fuese, que dejara de depositar su óbolo en el indicado azafate.

El Domingo de Ramos se hace en las iglesias la bendición de *palmas y ramas de olivo,* y por la tarde sale, de la capilla del Baratillo, la procesión, llamada por el vulgo, del *Señor del borriquito,* figurando la entrada tríunfal de Jesucristo á Jerusalén.

El Jueves y Viernes Santos se hace en todos los templos los Oficios de pasión. El primero de estos días se descubren los monumentos, que representan el *Paso de la Cena;* gran afluencia de gente acude á visitarlos, no por devoción sino para ver al apóstol Judas Izcariote con la cara más encendida que una ascuà, con un *ají colorado en la boca* y *una talega en la mano izquierda,* conteniendo las *treinta monedas* precio por el que vendió á su Maestro. En ese mismo día, por la tarde, y en tiempos muy remotos, salía de San Agustín la procesión que tenía mayor número de andas, pues cada una recordaba un *paso* de la pasión de Jesucristo, en los que los judíos eran representados por figurines á quienes el celo religioso pretendía dar el aspecto más ridículo posible. La plebe se extasiaba ante los grupos de las andas, y apostrafaba á los figurines, cual si fueran los verdaderos verdugos que atormentaron y crucificaron al Salvador.

El Viernes Santo salía del templo de la Merced la procesión del Santo Sepulcro. Puede decirse que era la procesión de la aristocracia, pues asistía á élla toda la gente de alta alcurnia.

El Sábado Santo tenía lugar una suntuosa *Misa de Gloria,* à la que asistía una lucida concurrencia. Por la noche, á las doce en punto, los pulperos *quemaban á Judas,* con lo que se indicaba el fenecimiento de la cuaresma.

Además de estas fiestas, las más solemnes procesiones, son : la de nuestra Señora de las Mercedes, patrona de las armas de lá República; la de Santa Rosa de Lima, patrona de las Américas; la de nuestra Señora del Rosario, las de Corpus, las de Cuasimodo y la del Señor de los Milagros.

El Domingo de Cuasimodo sale en procesión Nuestro Amo de la parroquia del Sagrario, á las seis de la mañana; continuando las demás parroquias á distintas horas, recogiéndose la última que sale de cuatro á cinco de la tarde. Nuestro Amo visita en este día á los enfermos postrados en el lecho del dolor, que lo hayan solicitado de la parroquia á que pertenece cada feligrés; teniendo lugar dicha visita antes de la salida de la procesión.

La procesión de romería del Señor de los Milagros, llamada *Rodeo de Viejas,* salía, como se acostumbra aún hasta ahora, de la iglesia de las Nazarenas el 18 de Octubre, en recordación del for-

midable terremoto que arruinó esta capital en igual fecha del año de 1746.

Antaño se celebraban muchas fiestas religiosas en todos los templos de Lima, pues ascendían al año, al crecido número de 459. Solo las de *tabla* en la Catedral, en las que asistía, y que aún asiste á algunas, el Supremo Gobierno y demás autoridades, son: — la Candelaria, Miércoles de Ceniza; Domingo de Ramos; Jueves, Viernes y Sábado Santo; San José, segundo día de Pascua de Resurrección, el aniversario de la Independencia, la Asunción (sermón de mitra), Santa Rosa (idem), la Purísima, el aniversario de las batallas de Junín y Ayacucho y segundo día de Pascua de Navidad.

De pocos años á esta parte ha disminuído el número de fiestas y de procesiones, que antes se celebraba con gran fausto y pompa extraordinaria. Las funciones de Semana Santa no son ya sombra de lo que fueron, y de la deslumbradora procesión del *Santo Sepulcro,* que salía del templo de la Merced, apenas quedan los recuerdos.

La caridad y el culto de los santos ejerce aquí un grande imperio en todos, tanto ricos como pobres, y más aún en los últimos, que prefieren muchas veces dejar de comer pan, por comprar una velita de cera para colocarla delante de alguna imagen.

¡Frutos sublimes de la cristiana educación!



EL ALUMBRANTE DE NUESTRO AMO

Entre las devociones de los fieles, se cuenta la de ir unos con faroles y otros con cera en mano alumbrando al Santísimo en las procesiones del Corpus, que sale de todas las parroquias en diferentes domingos, posteriores á tal festividad. En las de Cuasimodo, que sale de las mismas iglesias parroquiales en el Domingo de la fiesta designada, y en las Sacramentaciones que, regularmente, se hacen en las noches, por los diversos Curas de la capital ó sus Tenientes.



Dichas Sacramentaciones son equivalentes también, algunas, á una procesión nocturna, tanto por la profusión de acompañantes con velas encendidas y adornados faroles, como por los cantores y la música.

Esto se hace según la categoría del enfermo á quien van á dar el Viático, ó según las asociaciones á que él pertenezca, estando al corriente en sus pagos.

Como todo en el mundo tiene su lado bueno y su lado malo, no faltan sus desórdenes en dichas devociones, como asimismo que el alumbrante salga con el vestido quemado, ó cuando menos, cubierto de planchones de cera.

Pero el damnificado lleva estas desgraciadas peripecias en amor y servicio de Dios, con lo cual queda consolado de las pérdidas que sufre por su dovoción.

La recompensa de esta humildad y sumisión no la encuentra el hombre en esta miserable vida, sino en la otra donde viene á servirle todo para descargo de sus culpas y pecados.

¡Bienaventurados los que sufren porque éllos serán consolados!



PARA LA CERA DE NUESTRO AMO

Dando esta atronadora voz, acostumbraban salir antes, por la noche, de las parroquias, varios negros ó zambos, con capa colorada, un farolito en la mano izquierda y una cajeta de lata en la derecha, pidiendo para la cera de Nuestro Amo.

Los devotos que pedían estas limosnas, por cuenta propia, eran los que mejor cumplían su cometido; pero aquellos que practicaban la operación por encargo de otro, hacían *cera y pábilo,* del producto recaudado; de donde salió indudablemente el dicho popular de: *alzarse con el santo y la limosna.*

Por lo visto, no todos los devotos eran acrisolados, y por eso, los granujas de Lima, cuando oían gritar por las calles: *"Para la cera de Nuestro Amo,"* contestaban: *"la mitad para mí, la mitad para el Amo,"* dando á comprender con éllo, que no todos esos devotos cumplían escrupulosamente su compromiso.



Los que pedían para la cera de Nuestro Amo, servían por su rara catadura, de *cucos* para los niños, y de resguardo ó amenaza para las amas de cría.

La cosa más sencilla y santa, la convierte el vulgo en instrumento acomodaticio.

¡De todo se abusa en el orbe!

DIABLOS, GIGANTES Y PAPA-HUEVOS

Hasta ahora veinticinco ó treinta años, en las procesiones de Cuasimodo y de Corpus seguían *pandillas de diablos,* y los no menos repugnantes *gigantes* y *papa-huevos:* los primeros eran unos figurones ridículos, una variedad de *diablos horribles*; y los segundos eran unos maniquís, los unos figurando *gigantes colosales,* cargados por negros, y los otros, los *papa-huevos,* eran muchachos con cabezas más grandes que sus cuerpos. Estas procesiones se adulteraban con tales farsas, pero con ese atractivo se conseguía mayor afluencia de concurrentes.

En plena procesión, los diablos, los gigantes y la gigantita, haciendo grotescas contorciones, y los papa–huevos, imitando las payasadas de los saltimbanquis, acostumbraban unos gracejos tan torpes como toscos, todo lo cual excitaba la hilaridad del populacho, que principiaba por prorrumpir en descompasados gritos y acababa por darse de puñadas.



Estos desórdenes acontecían en medio de la procesión, y, lo más irracional era, que se hacía para celebrar y solemnizar una fiesta religiosa, acompañando al Santísimo; en cuyo serio acto, en vez de máscaras y disfraces, debía reinar el recogimiento y veneración.

Estas ridículas costumbres fueron introducidas en las fest des religiosas desde tiempo inmemorial, y desde entonces tan fueron reprobadas por la gente sensata, pues en los tiempc gobierno colonial, algunos levantaron su voz contra esas ridí pandillas que, so pretexto de rendir culto á la Divinidad, ofe á la moral pública y servían de escarnio á la religión misma; el abuso era tolerado por la autoridad de los mismos Virreyes, en este sentido, nada hicieron para extinguir tan bárbaras cos bres. Y tan es así, que entre los documentos curiosos de la güedad, se encuentra una representación elevada á un Virrey el cura de una de las parroquias de esta capital, reclamanc una disposición que prohibía en 1817, la salida de diablos y g tes en las procesiones de Cuasimodo, cuya representación c mos á continuación, por ser un documento bastante original:

Excmo. Señor:—El presbítero N. N., doctor en Sagrada Teología, de la muy ilustre, real y cia Universidad de San Marcos, Cura propio de la parroquia de. . . . . . á V. E. en la forma do más conforme, etc., expone y reverentemente dice: Que con notable ofensa y clásico deter la Majestad del Divino Pastor, Redentor y Salvador de las generaciones, se han prohibido en e por autoridad *inconcusa* y no de competencia, las salidas de diablos y gigantes, en las proc públicas de Cuasimodo (Domingo entrante). La medida es extraña é incongruente: 1.º porq diablos hacen un acompañamiento inocente á la Majestad, y el pueblo vé gozoso que le rinden

y 2.° porque los gigantes, sin aterrar á la infancia, hacen más grande la concurrencia y acompañamiento devoto, la procesión divina sería un solitario bosquejo de paz.—Síguese, pues: que de V. E. y de su pío corazón impetra el postulante que de mi parroquia de . . . salgan sus católicos feligreses de diablos y gigantes el Domingo, como sucesivamente lo espero de su piadoso corazón cristiano.

Dr. N. N. Cura de . . . . . .

Otro si digo: Que haya papa-huevos.—*Una rúbrica.*

El Virrey, movido de tanta elocuencia, y convencido de las razones aducidas por el celoso párroco, proveyó:

Visto este expediente, se permite al Venerable Párroco de . . . . . que haga salir cuatro gigantes, acompañando á su Digna Majestad el Domingo de Cuasimodo próximo.—Al otro sí: haya papahuevos.—*Una rúbrica.*

De las antiguas costumbres abolidas ya, la de los diablos, gigantes y papa-huevos, es la que con mayor justicia y razón se ha hecho desaparecer, en honra y provecho de nuestra religión.

¡La farsa, el bullicio y la algazara no son para la Iglesia!.....



PENITENTE



La de los *Penitentes* era una costumbre seria, pero que sin embargo está también abolida, como la de los gigantes y papahuevos. Los *Penitentes* acompañaban al Señor de los Milagros en los días de su procesión, y eran fieles que, por enfermedad ó por pura devoción, se habían obligado á cumplir esa promesa religiosa: iban cubiertos con un saco negro, llevando el rostro con una larga careta de igual color. Habían algunos que marchaban con los pies descalzos, siendo el objeto común de todos, el de pedir limosna para el Santísimo, diciendo en alta voz: — *Ayudemos á pagar la cera de Nuestro Amo y Señor de los Milagros. ¿Dónde están los devotos y las devotas del año pasado?*

Mucho tiempo después de haber quedado extinguida en esta capital la costumbre de los *Penitentes*, en el Monumento de Cho-

rrillos se estacionaban doce penitentes, haciendo guardia en el Altar Mayor de la iglesia, teniendo espadas desnudas en la mano, cuyas puntas descansaban en la tierra, en señal de duelo.

La procesión del Señor de los Milagros duraba, como hasta la fecha, dos días; las viejas, al hacer la relación de las iglesias que el Señor visitaba, decían: *El Señor come el dia que sale, en la iglesia de la Concepción y duerme en las Descalzas; al otro dia come en Santa Catalina y duerme en su casa.*

No habría inconveniente en la subsistencia de los *Penitentes,* con tal de que fueran con la cara descubierta, pues la máscara es atributo carnavalezco, y, sobre todo, no hay porqué ocultarse cuando no se practica ninguna mala acción.

¡Lo bueno nunca debe desvirtuarse!



MISTURERA



En la celebración de las fiestas religiosas, entra también la misturera, que vá en el acompañamiento constitutivo de la procesión.

Lleva en la cabeza un regular azafate, bastante bien adornado con mistura fina, peritos y manzanitas claveteadas con clavos de olor, unas y otras adornadas con flores artificiales formadas de trocitos de canela entera, con su competente baño de zahumerio.

En unos grandes membrillos van también clavados armoniosa y convenientemente, muchas banderitas de seda, ninfas, ángeles y aun santos, con adornos de briscado.

Bien en mazos, ó circundando el azafate, lleva ésta pastillas de azúcar

y canela, hechas en los conventos de monjas, envueltas en papeles picados, de diferentes colores.

Estos azafates quedan vistosísimos, y una mano hábil los prepara, convenientemente, para la función.

Concluida la fiesta, la mistura de los azafates se reparte y distribuye, sin orden ni equidad, entre los devotos más conspícuos; pues, como dice el Evangelio: "muchos son los llamados y pocos los escogidos."

¡Así es todo en el mundo: y, no obstante, hay que conformarse!



ZAHUMADORAS



Las antiguas zahumadoras eran las *criadas* engreidas, las mulatas de casa grande, á quienes sus amas ataviaban con grande lujo para dicho objeto.

Iban las indicadas con el pelo arreglado convenientemente en menudas trencecitas, trajes de raso y seda, muchas joyas, zapatos talqueados y grandes braseros con todo el juego ó servicio de plata, y algunos hasta de oro, dentro de los cuales echaban incesantemente, sobre carbones encendidos, una resina muy aromática llamada *zahumerio.* Así que las tales zahumadoras eran entonces unas *alhajas* andantes. Sin embargo, nunca en ese tiempo acontecía que los *limpiaran* en la calle.

Más tarde, en la gran procesión del Señor de los Milagros, donde concurren hasta dos calles llenas de zahumadoras, llevando las más de éllas braseros de plata, sucedió en una ocasión no lejana, que al recogerse la procesión, los enemigos implacables

del culto á las imágenes y de la devoción de los fieles, se apoderaron, en la plazoleta de las Nazarenas, de cuantos braseros pudieron atrapar, con el fin de manifestar, sin duda, su antipatía por la religión. Pero es el caso que eligieron para su odio tan sólo los braseros de plata, y no los ordinarios. Indicio seguro de que eran *finos* los despojantes.

Fué esa, respecto de las infelices zahumadoras, una broma *bien pesada!*......



LOS BANDOS

Las vísperas de Cuasimodo, á las diez de la noche, salía de todas las parroquias *el bando,* anunciando la procesión que tiene lugar al siguiente día.

Esta comisión la desempeñaba un individuo vestido de relumbrones y completamente al estilo de los *payasos.*

Iba montado en un caballo trotón, arrastrando un gran séquito de pueblo y de muchachos, que gritaban detrás de él, en coro infernal :

Juan de la Coba;
Corcoroba ;
Niño bonito,
Plantanito.

Algunos músicos que tocaban caja y chirimía, componían parte de esta comitiva. Multitud de cohetes, camaretas y petardos, se disparaban después que el pregonero del bando acababa de dar cuenta de la manera cómo sería celebrada la procesión y el trayecto que debía recorrer.

La escena indicada rayaba en delirio, cuando se anunciaba que habría *gigantes, papa-huevos* y *moros y cristianos.*

Estos anuncios tenían lugar en todas las esquinas, en donde no escaseaba el conocido y popular baile titulado: *El son de los Diablos,* cuya orquesta era formada de una arpa y de una quijada de borrico, representando los bailarines á los demonios!......

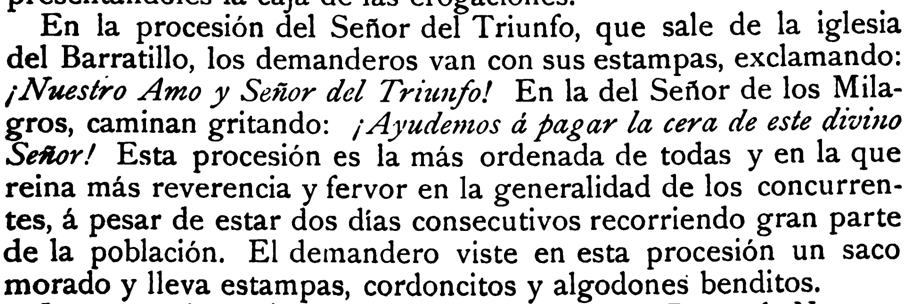
¡¡Ave María Purísima!!

DEMANDEROS

Los demanderos piden para las *ánimas benditas,* como también *para la cera de nuestro Amo;* y, hubo ocasiones en que, en la misma iglesia, han abierto la cajeta de la colecta y dejado caer su contenido en la mano de alguna *hija de Eva.* ¡Debilidad humana!

Hay otros, del propio oficio, que salen con alguna efigie muy bien adornada con flores, cintas, monedas pendientes y milagros de plata, colectando fondos para su fiesta; cuyo dinero viene á servir, en suma, no para el culto del santo, sino para *rendir homenaje á Baco......*

Hay también demanderos especiales, en una mesa colocada á la entrada de las iglesias, con estampas, reliquias y fuentes de mistura; como tampoco faltaba antes, con igual objeto, mesas en tabladillos públicos, con música, cohetes y demanderos que salían al encuentro de los transeuntes, presentándoles la caja de las erogaciones.



En la procesión del Señor del Triunfo, que sale de la iglesia del Barratillo, los demanderos van con sus estampas, exclamando: *¡Nuestro Amo y Señor del Triunfo!* En la del Señor de los Milagros, caminan gritando: *¡Ayudemos á pagar la cera de este divino Señor!* Esta procesión es la más ordenada de todas y en la que reina más reverencia y fervor en la generalidad de los concurrentes, á pesar de estar dos días consecutivos recorriendo gran parte de la población. El demandero viste en esta procesión un saco morado y lleva estampas, cordoncitos y algodones benditos.

Las procesiones de las quince andas, de Santa Rosa, de Nuestra Señora de las Mercedes, de Nuestra Señora del Rosario, de Santo

Domingo, de San Francisco, de la bendita Magdalena, etc., etc., que salía de la iglesia de Santo Domingo, no tenía sino los demanderos de las mesas de los templos.

De los demás pormenores, nos hemos ocupado ya.



DÍA DE DIFUNTOS

Hasta los muertos tienen en el año un día consagrado á su recuerdo.

El día de finados viene pues á equivaler al *santo, natalicio* ó *cumpleaños* de los difuntos, y, cada cual, celebra este aniversario á su manera.

La generalidad lo hace, yendo de gran etiqueta ó ceremonia á visitar á los muertos en su eterna mansión, es decir al Cementerio.

Los deudos lo hacen, poniéndoles en el nicho una corona de flores *muertas,* ó artificiales, á manera de regalo ó recuerdo consagrado al difunto.

El bajo pueblo lo verificaba antes celebrando el día con las libaciones que éllos acostumbran para todo. Además, la glotonería gastronómica tardía poco en despertarse en éllos, al olor de las abundantes viandas colocadas al lado de los licores, encima de las mesitas que circundaban el Panteón en tales días, y que principiaban á verse desde la calle de Santa Clara.

Cocheros, vivanderas y floristas, llenaban su bolsa con dicha ocasión.......

En medio de ese bullicio inconsciente, de esa algazara extraña é inusitada, no faltaban inocentes, puras y doloridas lágrimas, derramadas por amorosas madres, por afligidas esposas, por atribulados

padres, por contristadas hermanas....... y oraciones, plegarias fervientes, dirigidas en alas de la fe para el eterno descanso del que fué, del que sólo ha dejado de sí su lúgubre recuerdo!...........

¡¡Requiescat in pace!!

CLÉRIGOS ANIMEROS



En los primeros días del mes de Noviembre, los clérigos más necesitados, los que no gozan de grandes beneficios, los pobres, en una palabra, se constituían en el Panteón desde las seis de la mañana.

Allí se *reclutaban* algunos realejos, en no despreciable suma, por la inocente tarea, por la quieta y pacífica ocupación de estar *echando responsos.*

Los indios eran los que más gastos hacían en tales ceremonias, para sacar del Purgatorio las almas de sus deudos, con gran contento y provecho de los ya citados eclesiásticos recitadores, que si por éllos fuese, no habría sólo un día ó mes de finados, sino todo el año; tanto para el alivio de las ánimas benditas del Purgatorio, como también de éllos,

Fuentes, en su hermoso libro *Lima,* pinta admirablemente á los clérigos animeros:

"Como no falta nunca algo de ridículo y de risible aun en los lugares más solemnes, lo que causa risa al mismo tiempo que cierto desagrado, por el abuso que se comete en los actos religiosos, es la multitud de clérigos y monigotes *canchadores* que se

encuentran en ese día (1.° de Noviembre) en el Panteón para decir *responsos* por el alma de los difuntos, haciéndose unos á otros la competencia que se pueden hacer dos vendedores de fósforos: si el uno ofrece los responsos á real, otro los reza á medio y otro á tres por un real. Los indios é indias, que creen sacar del Purgatorio las almas de sus parientes, á favor de muchos responsos, son los que tienen en activo movimiento las mandíbulas y lengua de los *canchadores*. Cierto es que, siguiendo el principio de: *como va la paga va la obra*, reducen sus responsos á esta fórmula: *Ne recorderis peccata mea....... uhu,....... uhu,....... in pace.—Amen.*"

Cada cual tiene su feria, y lo que para unos es gracia, es desgracia para otros. Al no ser así, el mundo sería estacionario, y no lleno de variados matices, como estamos todos acostumbrados á verlo.........



MAS DETALLES

Además de lo anteriormente relacionado, debemos enumerar entre las devociones, á las beatas moderadas ó modestas, que rezan en silencio sus oraciones, y á las beatas vocingleras que, haciendo alarde de su equivocada devoción, gritan en el templo después de una fiesta *¡Viva María! ¡Viva la Religión!*

Á las beatas ociosas que concurren á todos los jubileos y que van á las iglesias á pasar el tiempo ó á dormir y roncar estrepitosamente, cual si estubieran beodas, sirviendo de mal ejemplo ó tentación pecaminosa á los fieles.

Á los beatos por sistema, que besan el suelo y se ponen en cruz, actos de humildad que deben ser reservados y no públicos, conforme son secretas las oraciones ó peticiones dirigidas á Dios por los devotos y creyentes.

No pueden tampoco quedar olvidados entre los individuos de iglesia, los sacristanes, los mandaderos de los conventos de religiosos, los cargadores de *andas*, los acólitos ó monaguillos, los cantores y maestros de capilla, desde Lártiga hasta el moderno Panizo; y últimamente, los campaneros, cuyo tipo especial fué el conocido y renombrado *Fray Tomates*, del convento de Santo Domingo.

Á esta misma iglesia concurría también diariamente á rezar el rosario, un prójimo conocido por el seudónimo de *Ño Calderetas*' ó *Ño Bofetada*, al cual, como era *cegatón,* le pasó el siguiente chasco en una época de revolución: Antes de terminarse la ceremonia nocturna, se llegó donde él una mujer, y entregándole un abultado lío de papeles impresos, le dijo que eran estampas y que las repartiera con profusión entre todos los concurrentes. No pasaron diez minutos de ésto, cuando la policía vino á tomar preso al pobre hombre, pues las supuestas estampas no eran otra cosa que unos pasquines incendiarios en contra del Gobierno. La tal *colegialada* le costó á *Ño Calderetas* veinticuatro horas de arresto en un inmundo calabozo, hasta que la autoridad respectiva se hizo cargo de la pesada broma jugada al infeliz rezador de rosarios.

La iglesia de San Pedro también tenía un asistente diario en el *loco Godoy,* que andaba con el sombrero bajo del brazo y jamás se lo encasquetaba, porque decía tener en la cabeza á la Santísima Trinidad.

¡Con qué, lectores, si algo queda en el tintero, no es intencional!......



FIESTAS PROFANAS

MOROS Y CRISTIANOS

Los Moros y Cristianos eran una especie de representaciones escénicas ó teatrales, en menor escala, que tenían lugar en las plazas públicas.

Los principales actores eran los negros esclavos ó libertos, vestidos con grande suntuosidad, á espensas de sus amos ó patrones.

Antiguamente estuvo muy en voga esta clase de farsas, en las que los principales corifeos, sin olvidar los *braceos,* sin corregir sus voces gritonas ni olvidar sus estraños movimientos del cuerpo, hacían también con su lenguage vulgar y estrafalario desaparecer, tanto la armonía del verso, como el castellano de la composición.

Como para entrar en estos últimos detalles sería necesario alargar demasiado estos cortos apuntes, nos concretaremos, para sencilla muestra de este punto, con citar el primer verso del desafío de los Moros á los Cristianos. Después de muchos *manoteos* y *quimbas* del heraldo Moro, gritaba éste frente al campamento de los Cristianos:

"*Sarga* ese Ponce de León"

La índole de esta obra y sus estrechos límites, no permite insertar íntegra la letra, por cuyo motivo nos conformamos con lo trascrito, para que por la *hebra* se saque el *ovillo*....

Uno de los motivos que hubo para que *concluyeran sus estudiotales cómicos de la Legua,* fué el que uno de los oscuros *artistas dramáticos,* se *largó* con todas las halajas con que fué ataviado por su protectora para la representación, llevándose en su precipitada fuga más de diez mil pesos que importaba el cofre de su ama.

Desde entonces decayó mucho esta fiesta, y aun cuando se diera algunas otras posteriormente, no eran ya hechas con el lucimiento anterior. Es cosa tan sabida como averiguada, que cuando algo decae de su antiguo esplendor, concluye por abolirse.

LIDIAS DE GALLOS



La casa de gallos estaba situada en la calle que hasta hoy lleva ese nombre.

En la parte correspondiente al patio de dicha casa, estaban las galleras, y adentro, se hallaba formado el pequeño circo ó *cancha* para las lidias.

Antes de proseguir, debemos dar cuenta de cómo se anunciaba antiguamente una lidia de gallos. El convite acostumbrado entonces á este efecto, era sacar á uno de los emplumados adalides entre una jaula de lata que llevaba en la cabeza uno de la comitiva. Delante de la jaula iba un negro tocando la famosa *chirimía*, que el vulgo llamaba *tirisuya*, y otro *honesto* prójimo haciendo bulla con un tambor, no faltando, por supuesto, algunos cohetes voladores ó de *arranque*.

Dicha comitiva era encargada de llamar la atención del público, y atraer concurrencia á la casa, para que se fueran *amarrando* las apuestas, y para que los aficionados aflojaran su peseta en la puerta, que era el precio de la entrada, y exponer grandes sumas á la suerte ó capricho, como en todo juego de envite.

Tal vez al emplumado de la *orquesta*, le tocaba la suerte de enterrar primero el pico.

Las lidias de gallos eran presididas por una autoridad, con el nombre de juez. Este era el que fallaba en las diversas contiendas que surgían allí.

En este juego, como en todos los demás de su especie, abundaban las *trampas*, engaños y especulaciones, ya en la ligazón de



la navaja, que la hacían floja; ya en los que toman al gallo para echarlo al circo, y le estrujan las entrañas; ora en las preparaciones anticipadas, antes de sacarlos; ora, en fin, en las *pilatunas* sentencias del juez, por tener interés en la pelea.

Hubo jugador de gallos que llegó á idear el medio de ponerles coraza á los suyos, encubriendo las mallas con plumas del animal, hábilmente entretejidas.

Los corredores de gallos tienen sus signos especiales para entenderse desde lejos. Son los siguientes:

El restregar los cuatro dedos de una de las manos con el pulgar de la otra, significa: que se dá en esa pelea ó jugada, diez contra ocho.

El juntar los dedos índices, de ambas manos, significa: que la pelea es igual para todos, es decir, pelo á pelo, ó sin ventaja para las apuestas.

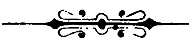
El ponerse la mano derecha en la sangradera, como quien hace un corte de manga, significa: que se dá diez contra siete.

La mano puesta sobre el hombro, significa: que se dá diez contra seis, en aquella jugada.

Cuando el corredor hace el signo de partirse de la frente para abajo, equivale á decir: que es la apuesta por mitad, ó lo que es lo mismo, diez contra cinco.

Los aficionados á gallos son por lo general gente de la plebe, sin que dejen de participar de la afición personas decentes, algunas de éllas de alta categoría.

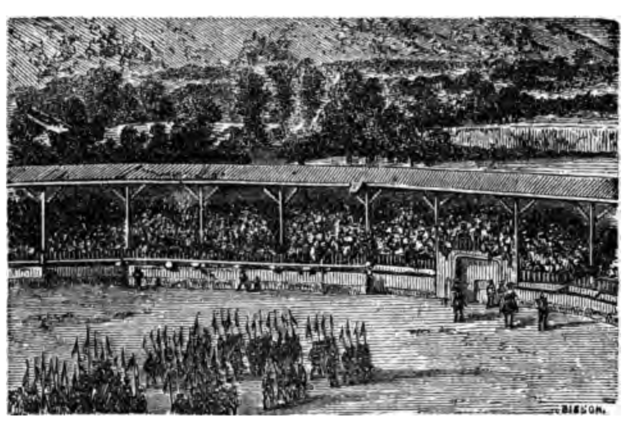
Nos hemos detenido más de lo regular en estos detalles, para no dejar las cosas *á medio hacer,* según muchos acostumbran.......



LIDIAS DE TOROS

El circo de Acho se estrenó en el año 1768, bajo el gobierno del Excmo. Sr. Virrey D. Manuel Amat y Junient. Es uno de los mejores que se conocen, y por su extensión, excede á la famosa Plaza de Pamplona, que es la más grande de España. Está en la

forma de un polígono de quince lados, y mide en todo su exterior doscientas noventa y tres varas, siendo su diámetro interior de noventa y cuatro varas y media. En los días de gran concurrencia pueden caber en su local de nueve á diez mil espectadores.


PLAZA DE ACHO

Las localidades se componen de galerías, ochavos y cuartos: estos últimos están situados en la parte baja de la circunferencia del edificio, y son ochenta y cuatro, teniendo cada uno capacidad para quince personas. Encima de los cuartos hay una gradería dividida en quince ochavos ó partes, que comprenden el trecho de una á otra de las escaleras que sirven para subir á élla, teniendo cada ochavo siete gradas con doscientos sesenta y dos asientos. La parte superior del edificio está coronada en su circunferencia por las galerías, que son ciento catorce, habiendo en unas, capacidad para veinticuatro personas, y en otras, para diez y seis. En conjunto, las localidades son: en ochavos, 3930; en galerías, 1936; en cuartos, 1275; que dan un total de 8141.

Además de las localidades referidas hay otra galería grande destinada al Gobierno, un tablado ocupado por los miembros de la Honorable Municipalidad, que son jueces de circo: ambos locales son invadidos por el pueblo en los días de mucha concurrencia.

La Plaza de Acho es propiedad de la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima, quien la arrienda en subasta pública.

Pasemos ahora á describir someramente lo que eran antes las corridas de toros, las que pocas modificaciones han sufrido hasta la fecha.

¡A los toros! ¡Al Acho! son los clamores que repercutían en todos los ámbitos de la tres veces coronada ciudad de los Reyes, en la tarde de una corrida!........... A estas exclamaciones mágicas, Lima se ponía en bullicioso movimiento: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, graves magistrados y humildes artesanos, todas las clases de la sociedad, en una palabra, formaban un torrente de gen-

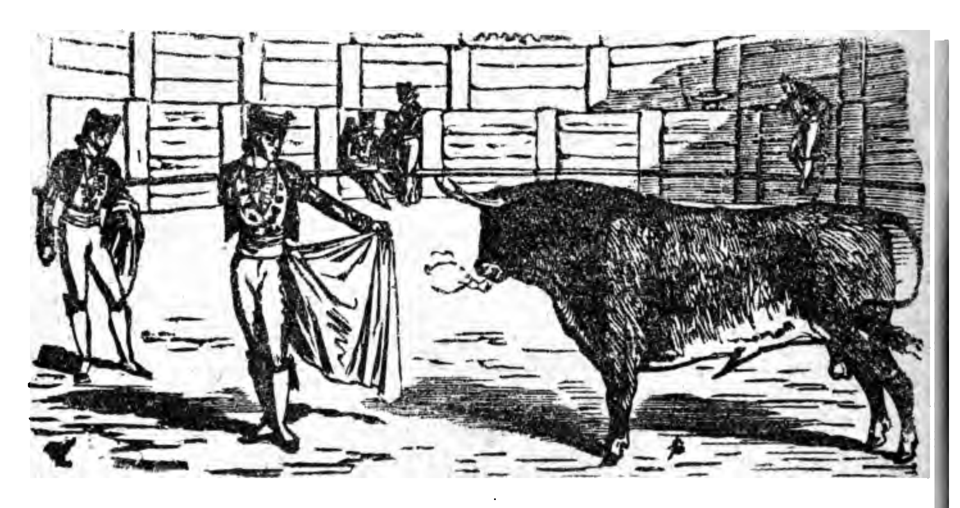
tío que se precipitaba hacia la Plaza de Acho: el puente viejo del Rimac ofrecía un cuadro animadísimo, en el trayecto por la mucha concurrencia en ambos de sus costados, dejando el centro libre para el tráfico de los coches y de los gallardos jinetes, llevando todos la misma dirección con una agitación y un afán extraordinarios, por llegar al anhelado circo.

A las tres y media más ó menos, la Plaza de Acho estaba llena de *babor* á *estribor*, de una multitud de espectadores ansiosos de presenciar la lidia, cuyo conjunto presentaba un espectáculo singular dificil de describir.

Un instante después, un lucido despejo de tropa de línea iniciaba la función rodeando el recinto de la lid, y después de varias evoluciones militares de mucho efecto, se retiraba.

En seguida, á una señal del Alcalde Municipal que presidía la corrida, un alguacil, en derrengado caballo, aparecía al frente de la cuadrilla de lidiadores, la que se dirigía á la autoridad á dar el saludo de ordenanza.

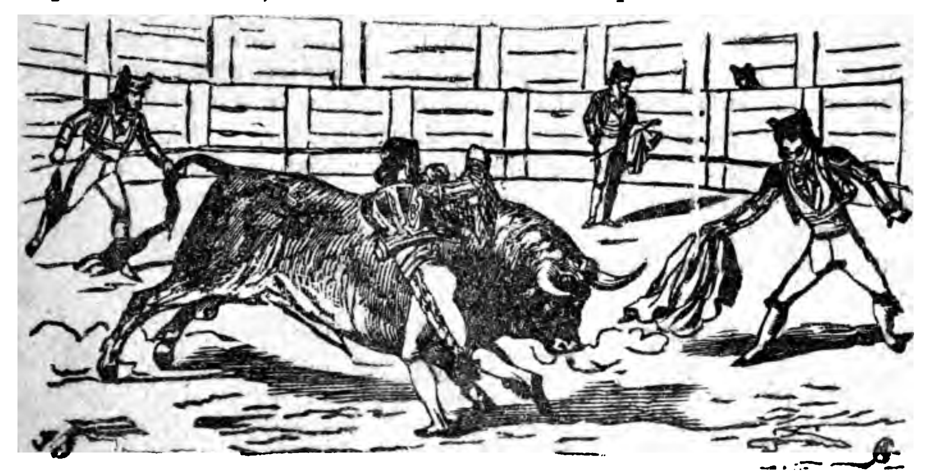
Suena el clarín, rompe la música militar, resuenan los aplausos de la multitud, y al abrir el toril, lánzase el primer toro en la liza removiendo la cabeza con la cerviz erguida: es un toro de la acreditada ganadería de Bujama, bien formado, de ojos centellantes, retinto claro y *buen trapío*, según expresión de los españoles.—



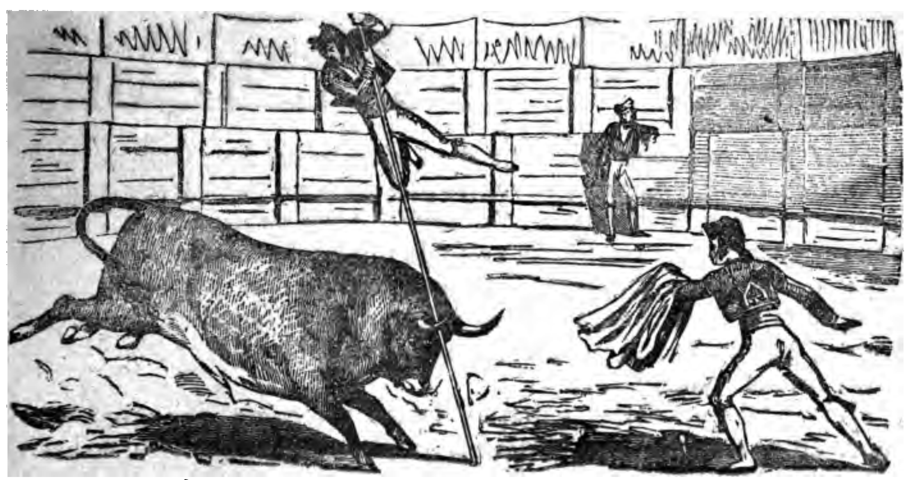
Arremete de frente con mucho brillo, y el capeador con una serenidad y sangre fría, digna de alabanza, se coloca á tiro de asta de la fiera, y con mucha maestría le saca varias suertes de capa á la

Navarra y á la Verónica. ¡Con qué garbo y gentileza fatiga él la res á fin de quitarle el brío, para poderle dar muerte con más facilidad y certeza.

Jeh! jeh! peazo de arastrao, enbiste, alcornoque de toiticas mis curpas y pecaos, que por Maria Zantísima te prometo que te pongo tu par de zarzillos, exclama el banderillero que había salido al en-

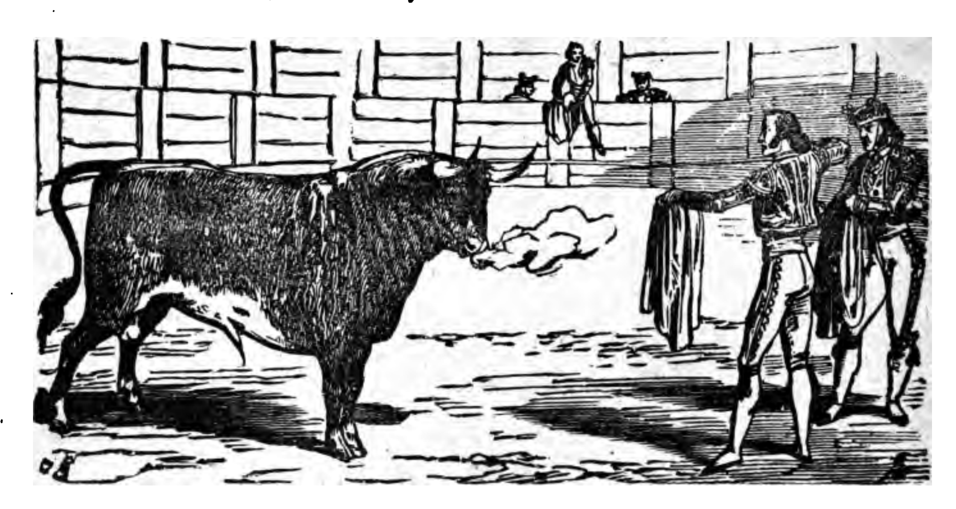


cuentro del toro; éste le embiste, y el *diestro* con su vista de lince, calcula en la línea oblicua respecto al rumbo de la fiera. En mitad de la carrera casi se tocan, y el *chulo* con estupenda viveza adhiere en la movible piel del toro el par de barras arponadas que le caen como dos carabanas al embravecido animal.



Medio aturdido el bicho, aparece el garrochero, haciendo palanca para su propio cuerpo con la barra herrada, sobre cuyo extremo superior levanta su ágil cuerpo para dejarlo caer al otro lado de la fiera dejándola burlada. Al emprender el torero este vuelo sobre la garrocha, haciéndole con el cuerpo un arco de aire al toro, ejecuta esta suerte con tanta serenidad, tino y precisión, como cuando un hombre de alta estatura levanta su pierna sobre un tierno infante para hacerle el juego de quitarle un año! Bellísima suerte es ésta en la que, quedando la *pértiga* entre ambas astas de la fiera, siempre el *chulo* enarbolado en lo alto, tendrá que caer ileso, porque se desprende de la barra al tiempo de caer.

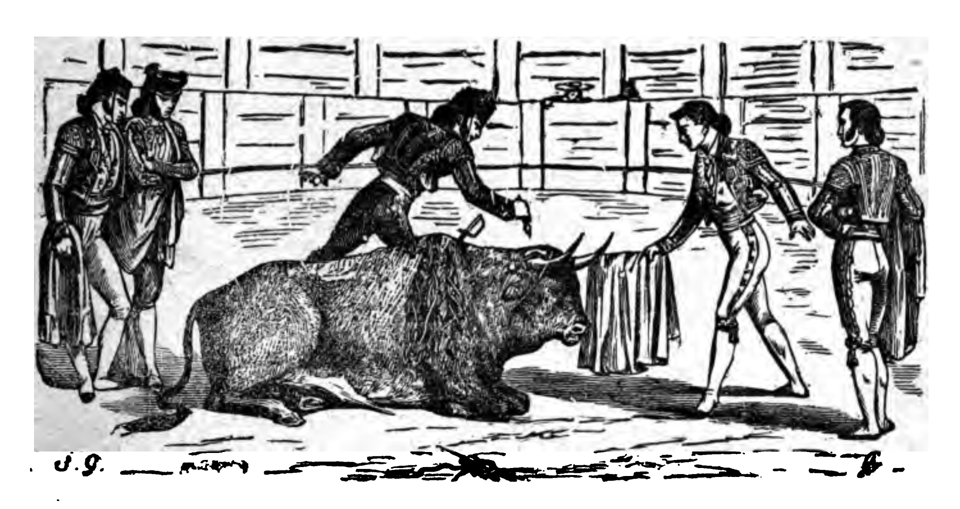
Entretanto, el matador eligiéndose un puesto á *periferia* del *reñidero,* se dispone á dar muerte á la fiera. Su diestra armada con la recta espada (estoque) de especial temple, y la izquierda con la muleta ó bandola, llama al ya cansado toro.



Jeh! jeh! confiésate vicho! le dice, *despáchate luego con tu ato de contrición ahorita mesmo y en menos que cante un gayo te voy á enviar á conversar con los difuntos, y no tardes alma de cántaro.* El matador provoca, el toro embiste; aquel lo mide y lo calcula, le echa dos pases de bandola, y teniendo ya bien marcado el sitio, el matador le sepulta el *tauricida* acero en el pulmón, dó le abre anchurosa herida, por la que al propio tiempo que sale al bicho la vida, le entra rápida muerte.

Herido el toro con el estoque, busca un canto del circo para yacer en paz *ad eternam.* Como si quisiera encomendarse, se arro-

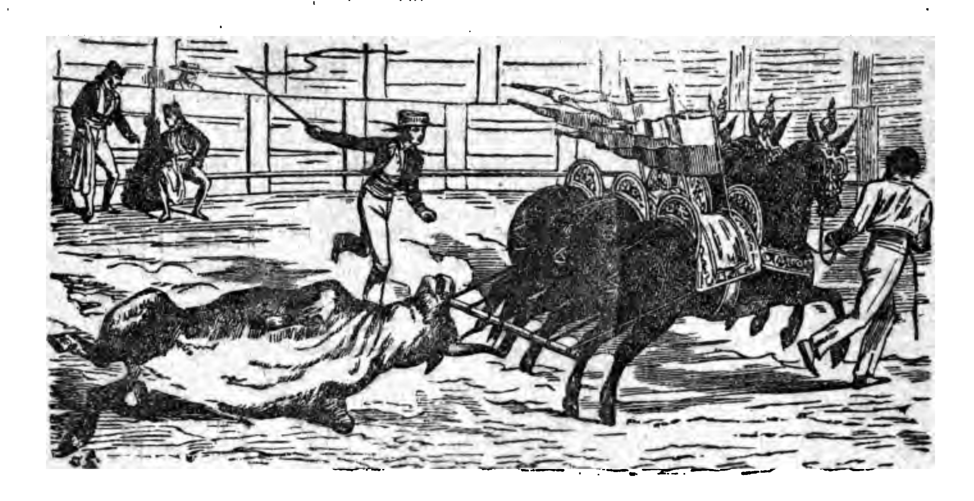
dilla, oscila su moribunda cabeza, balanceándola de un lado á otro. En este instante el puntillero con un puñal tan corto como grueso, ó más bien con una especie de formón, dá el golpe de gracia á la agonizante víctima, haciéndola una aleve herida en la nuca, y el animal acuesta su cabeza en la arena de la liza.



El público prorrumpe en aplausos estrepitosos, los muchachos gritan á largos pulmones, los concurrentes baten las manos, el butifarrero pregona más fuerte, el vendedor de aguardiente continúa recorriendo el circo, gritando: *¡Aquí está la agua de berros de desinflamar el hígado! Aquí está el busca pleitos, el espíritu endemoniado, el garibaldi,* y otros indeterminables denominaciones que le dan al aguardiente. En fin, todos los espectadores manifiestan mil demostraciones de júbilo por la víctima sacrificada por la destreza del hombre...... por el toro que ha caído á tierra ensangrentado y cubierto de heridas como César......

Por último, aparece el carro fúnebre del asesinado, que es un eje con dos ruedas, tirado por cuatro caballos con penachos en la testa como los halcones, y se lo llevan al lugar donde el pobre toro, como San Lorenzo, pierde la piel, y más tarde será tostado en parrillas.

Envidiable es la tumba del toro. Mientras los seres racionales iremos á podrir tierra comidos de gusanos, el toro tiene por sepulcro noble los estómagos de cien personas cultas, civilizadas, de sabios y de bellas jóvenes! La piel del toro se curte y sirve para calzado, las astas para peinetas, y hasta las tripas sirven para introducir licor á los cuarteles y cárceles! . . . . . Nada se bota ni se



desperdicia del toro. — Dichoso él: hay hombres en este mundo que sólo para estorbo sirven, y sirven mal.

Las mismas peripecias y trágico fin tienen los ocho ó diez toros que se juegan en la tarde, y si todos éllos han sido bichos bravos y de *buen trapio,* y sobre todo si la sangre de los lidiadores ha corrido unida á la de los toros, salen de Acho los espectadores sumamente complacidos.



Para terminar, réstanos decir que las corridas de toros se anunciaban al público algunos días antes del que tuvieran lugar, primero por carteles y *rasgos de crónica* en los periódicos, y después por programas llamados *listas*, pregonadas y vendidas en las calles por muchachos que las ofrecían con los gritos de: *Y........ á........ clua......... cularita á.........* (que quería decír: vamos con las listas) *¿quién quiere ver el torito barroso que rompe, rompe la taaarde?* El último aviso, que se hacía en la tarde de la víspera de la corrida, era el paseo de los *figurines* y *enjalmas,* consistiendo los primeros en unos grandes muñecos hechos de caña y papel de diversos colores, que se colocaban en el circo, uno para cada toro, de modo que éste le acometiera; estando dispuesto de tal manera que contestara á la embestida del bicho con la detonación de un cohete. Las enjalmas eran unas mantas pequeñas de raso con bordados y

flecos de hilado de oro y plata, que generalmente eran obsequiadas por el bello sexo, que rivalizaba en ofrecer las de mayor valor por su primoroso trabajo de bordado: era gala vestir y enjaezar los toros con esas enjalmas, en el momento de salir á la lidia.

La gran afluencia de *espectadores de todos matices* que concurrían á la Plaza de Acho; los *despejos* de cuerpos del ejército; las *bandas militares* que atronaban los aires con sus alegres y marciales tocatas; los *toreros* con sus vistosos trajes bordados con hilado de oro ó plata; los *percances* que se ofrecían durante la lidia; los *vendedores* de aguardiente, butifarras, cartuchos de almendritas de canela, dulces, frescos y helados, que recorrían la Plaza; las *vivanderas* que se situaban en las arquerías exteriores que circundan el circo; y muchas otras circunstancias que sería largo enumerarlas, formaban un conjunto de atractivos, que daban la mayor animación á las corridas tauromáquicas.

En cuanto á las vivanderas y vendedoras de chicha, no solamente se colocaban en los arcos interiores de la Plaza de Acho, sino que se situaban también en toda la extensa calle de la Alameda.

Ese largo cordón, hilera ó fila de chicheras, al pie de sus botijas con su correspondiente embudo de caña, servía para el mayor realce de la corrida de toros.

Ainda mais, las tapadas se arrellanaban en los bancos ó poyos de adobes del paseo, frente á dichas chicheras; así es que los enamorados quedaban metidos allí entre la espada y la pared y ¡ no había remedio ! El que dirigía un piropo ó chicoleo á una *tapada,* desembolsillaba sus realejos para convidar la chicha, ó tenía que largarse con viento fresco, pues las burlas de las niñas lo habrían hecho *comer pavo, haciéndolo subir al cerezo.*

Con lo dicho, queda reseñado, á grandes rasgos, lo que era en antaño y es aún en ogaño, salvo pequeñas alteraciones, una corrida toros en la Plaza de Acho de Lima.

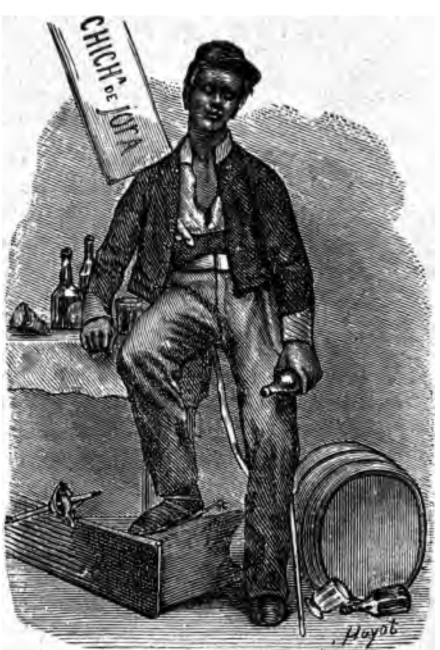


NOCHES BUENAS

No se figure algún lector que esta sea equivalente á una despedida nocturna: no, esta se refiere á la costumbre antiquísima de no acostarse, de pasar la noche en claro, de velar ó sufrir una

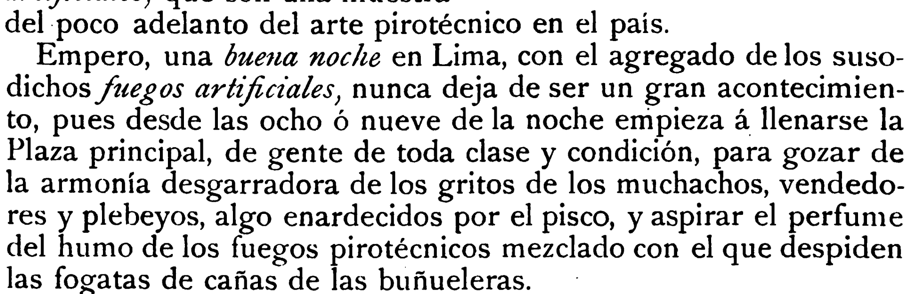
mala noche, la víspera de las Pascuas de Navidad y de Resurrección, á lo que se bautiza con el nombre de *Noche buena.*

Hoy esta costumbre se ha ensanchado mucho, pues para todo se hacen *noches buenas,* lo cual le ha quitado, en gran parte, lo principal á esta fiesta, que es la novedad.



En la *noche buena,* la Plaza de Armas se rodea de mesitas que contienen muy diversas cosas para venderse: como juguetes, para los niños; aguardiente, cerveza, chicha; fiambres de gallina, jamón, picadillo y chicharrones; picantes, buñuelos, tamales, etc., etc , para los adultos. Viene á ser aquello como una especie de feria, en que se oye el pregón en diversos tonos de las vendedoras, mezclado con la algazara de los concurrentes, del sonido del tamborsito, del pito y de la matraca de los muchachos y mozones.

En la celebración del aniversario de la patria, la *noche buena* lleva por apéndice los *renombrados y vetustos castillos de fuegos artificiales,* que son una muestra del poco adelanto del arte pirotécnico en el país.

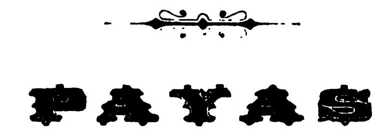


Empero, una *buena noche* en Lima, con el agregado de los susodichos *fuegos artificiales,* nunca deja de ser un gran acontecimiento, pues desde las ocho ó nueve de la noche empieza á llenarse la Plaza principal, de gente de toda clase y condición, para gozar de la armonía desgarradora de los gritos de los muchachos, vendedores y plebeyos, algo enardecidos por el pisco, y aspirar el perfume del humo de los fuegos pirotécnicos mezclado con el que despiden las fogatas de cañas de las buñueleras.

Va sin decir que es preciso llevar algo de la plaza, sea un juguete que el *nene* pide con petulancia á su papá, ó sea una flor que el amartelado amante obsequia á su sílfide. Después del paseo se recogen las familias á *cenar,* bien lo que han comprado en la plaza, ó lo que se ha preparado en casa.

En buena cuenta, el haber paseado dos ó tres horas, el haberse

destrozado los oídos y mortificado las narices, y el haber dormido poco ó nada, á riesgo de proporcionarse una enfermedad, se llama, en Lima, *pasar una noche buena,* y que nosotros llamariamos, con más propiedad, *una noche toledana.*



PAYAS

Las Pascuas y el Año Nuevo, salían las payas á recorrer la población.

Eran las payas unas indias jóvenes, vestidas á la usanza de su pueblo, que iban acompañadas de sus respectivas parejas y de una diminuta orquesta, compuesta de harpa, violín y pitos de caña que éllos fabrican.

Las payas bailan en las calles y entran á las casas á hacer lo mismo.

Concluida la danza, uno de los del círculo arroja un pañuelo blanco á la persona que mira mejor ataviada, para que dentro de él le retornaran algún dinero por sus evoluciones.

Forma también parte del acompañamiento, uno que va enmascarado y que, dándosela de gracioso, reparte algunos latigazos entre la muchedumbre que los rodea, con el especioso pretexto de abrirse paso. — ¡La costumbre es ley!



AMANCAES

La pampa de Amancaes, circundada de elevados cerros, tiene su época de gran apogeo.

El día de San Juan es que principia á concurrir la gente á tan retirado como solitario lugar, que es cuando ya la menuda lluvia ha hecho nacer las flores amarillas que dan á tal sitio el nombre que lleva.

La concurrencia á Amancaes es muy numerosa, en el día indicado, y se compone de individuos de todas las clases sociales, que

van allí á pie, á caballo y en coche. Antiguamente, es decir, antes del establecimiento de los coches públicos, el *balancín* desempeñaba un papel importante.



En aquellos buenos tiempos era de rigor, al ir á Amancaes, el bailar la *Zamacueca,* que era el baile nacional más eminentemente popular; la orquesta se componía de harpa y guitarra, y á estos instrumentos se agregaba una especie de tambor hecho regularmente de un cajón, cuyas tablas desclavadas producían un golpe más sonoro.



La música es siempre acompañada de las voces de dos ó más negros.

Amancaes es también un lugar destinado á las evoluciones militares, que con el nombre de *simulacros,* se realizan allí de tiempo en tiempo. La artillería es la que mejor funciona en la pampa, pues colocados los cañones en posiciones convenientes, se disparan, sin peligro, sobre las grandes moles de piedras, haciendo un ruido atronador, capaz de crispar los nervios al más sano y despreocupado.

BALANCÍN Y CALESÍN

El antiguo balancín, como también el más liviano y más aristocrático calesín, desempeñaban en *illo tempore,* como hemos dicho, un papel importante.

El primero, era un pesado vehículo tirado por dos caballos y manejado por un negro que cabalgaba sobre uno de éllos (véase en la página anterior): servía para los paseos fuera de la ciudad y los viajes al Callao y á Chorrillos: los caballos, generalmente, eran esqueletizados, razón por la cual se decía vulgarmente de un animal ó de un hombre: *es tan flaco como un caballo balancinero.* El balancinero, por lo común, era hombre alegre y entendido en canciones, pues para alentar á sus caballos empleaba siempre alegres coplas.

El calesín, vehículo más ligero y elegante que el balancín, servía tan sólo para las visitas en la ciudad, y era tirado por un solo caballo y manejado por un negro vestido de gran librea, que cabalgaba en él.



En el balancín y la calesa, vehículo este segundo de categoría intermedia de los dos ya nombrados, concurrían entonces las familias á Amancaes, cuando menos una vez al año, llevando en un burro, la cocinera y sirvientes, todo lo necesario para almorzar en

la pampa, y además gallinas, jamón, queso, aceitunas, etc., para tomar más tarde las *once*, que hoy se llama *lunch*.

Los señores eclesiásticos eran los que más uso hacían de la calesa: los prelados y algunos padres de los conventos y los señores canónigos antiguos que venían á la Santa Iglesia Catedral á rezar las horas canónicas, hasta ahora pocos años; era tirada esta calesa por una mula vieja, y el calesero era uno de los negros que había sido esclavo de la casa.

Debemos recordar que antiguamente, á ninguna mujer se le podía dar el dictado deseñora sino el de *señorita*, aun cuando fuera diez veces casada ú octogenaria, porque esto se consideraba como un atroz insulto, como una estupenda grosería, que es lo contrario de lo que acontece en todas partes.

Las *señoritas*, pues, cuando iban de paseo á Amancaes, llevaban en los balancines, si era corta la familia, su conveniente fiambre, porque en los *atos* de la pampa, que eran una especie de fondines, no se encontraba de todo, y si lo había, se vendían las cosas á precios fabulosos. Esta carestía estaba bien y surtía efecto respecto á los enamorados, pero no en lo concerniente á las personas que, no ocasionalmente se encontraban allí, sino que iban prevenidas en reunión acordada á pasar allá un día de jolgorio.

Los jinetes trotaban al lado de los balancines y calesas, y, muchas veces, desde las largas callejuelas iban libando sus copitas, para alegrar y hacer llevadero el pesado camino, pues la inmensa nube de polvo que se levantaba en el trayecto, cubría la cara, poncho y sombrero del jinete, hasta dejarlo inconocible. Tocante al sexo débil, ó sea á las *señoritas*, nada de esto acontecía, pues que iban algo resguardadas en su máquina andante, y sólo el conductor y rocinantes eran los que se *comían* la tierra del camino. Pero en una cabalgata de alegría y buen humor, nadie se fija en los inconvenientes del camino. ¡Más tarde es que llegan á palparse los malos resultados, con las *oftalmías* y otras dolencias más! . . .



BAILES NACIONALES EN AMANCAES

La gente del pueblo va á Amancaes á pie y, regularmente, es tan fuerte la *mona* ó *turca* que se pegan allá, que se quedan durmiéndola hasta el siguiente día.

Los zambos y negros *vaqueanos* ó *de buenas cabezas,* que regresan el día mismo del paseo, lo hacen ya entre dos luces, después de haber comido y saboreado la mentada *pachamanca* en las faldas del cerro. Este regreso lo efectúan haciendo *eses, corcobeos, primorosas piruetas, tumbos y bamboleos,* capaces de llevarse tras sí una esquina con su cuerpo.



Antes de lapachamanca, la gente llamada *del pueblo,* acostumbra bailar la popular *Zamacueca,* baile nacional de mucho movimiento, en el cual despliegan éllos todas sus dotes artísticas, volviéndose *melcocha* ó semejándose á la *culebra.*

La música, de la orquesta, de que ya hemos hablado, es siempre acompañada de las voces de varios negros, y al fin de cada verso forman coro todos los que qüieran ó sepan cantar; esos finales se llaman *fugas* y durante éllos son más vivos y, podemos decirlo, más lascivos los movimientos.

La zamacueca conservando siempre su índole y el genio de su música, ha sufrido varias denominaciones, como por ejemplo: *maisito, ecuador, zanguaraña, chilena,* y últimamente *marinera.*

En otros tiempos de bonanza, han habido en Amancaes aficionados tan fanáticos é idólatras de la zamacueca, que, de *puros cantores,* han obsequiado hasta media onza de oro á una de esas bailarinas, por su buena ejecución. ¡Hasta dónde conduce el entusiasma de un momento! . . . . .

Los grabados insertos, uno en este artículo y otro en el anterior, completarán la idea que el lector se forme ó tenga ya de los detalles que al respecto hemos emitido.

COMPADRAZGOS



El prólogo de los Carnavales es el compadrazgo, cuya costumbre ha desaparecido entre la gente de la alta sociedad, subsistiendo aún en cierta especie de personas, como medio de explotación ó de codeo. Los compadrazgos tienen lugar los dos jueves antes del domingo de Carnestolendas: el primero, las mujeres eligen de *compadres* á aquellos de sus conocidos de quienes creen sacar mayores ventajas; el jueves siguiente, es el de los *retornos.*

Los compadrazgos se hacen de la manera siguiente: una de las sirvientes va á la casa de *Don Fulano,* llevándole en un azafate cualquiera fruslería de poco valor, rodeada de flores y mistura; pero el emblema principal del compadrazgo, es una décima impresa en elegante papel y una figurita de barro colocada al medio del azafate, representando una negrita que lleva en el traje un papelito con una de las siguientes cuartetas, si tal nombre se les puede dar:

Me manda mi señorita
Pala que sirvá á su mercé,
Pala que le tienda la cama
Y le jaga su café.

El negrito Juan José
Es negro de calidad,
Te lo mando, compadrito,
En prueba de mi amistad.

Las décimas, impresas en papeles de fantasía labrados ó iluminados, no descollan tampoco por su mérito literario; pero sí, son bastante comprometedoras, como puede juzgarse de las siguientes muestras:

Hoy de compadre sacarte
Es pretender una gloria,
Obtener una victoria,
Si no llegue á enojarte;
Bien sabes que sé apreciarte
Por tu fina educación,
Y porque en toda ocasión
Eres cortés y agradable,
Muy caballero y amable
Y de noble corazón.

Compadrito de mi vida,
Tú eres mi bien, mi tesoro,
La prenda que más adoro,
La persona más querida;
Si fuese bien recibida
Esta mi corta oblación,
Quedará mi corazón
Rebosando de alegría,
Al saber que en este día
Soy de tu estimación.

Si el *petardeado* de esta manera tiene motivos para *aguantar el garrochazo,* retorna espléndidamente: si no los tiene, manda, como ha sucedido á veces, un paquete de te y un clavo de los llamados *de ala de mosca,* y asunto concluido. Para precaverse de este último chasco y no *clavarse,* las *comadres* saben muy bien elegir á sus *compadres.*

El jueves siguiente, el compadre trata de *portarse,* y como el amor propio toma su parte en el asunto, allá va, cuando menos, un corte de vestido de seda, alguna alhaja fina ó cualquier otro obsequio de valor, si es persona acomodada, pues generalmente el *retorno* vale diez ó veinte veces más que el obsequio recibido.

El *retorno* va también acompañado de su respectiva negrita y consiguiente décima, llevando aquella prendido en su traje el consabido papelito, con una ú otra de las siguientes cuartetas:

Fructuosita Sacaquilo
Es morenita de honor,
De regalo te la mando
Como prenda de mi amor.

La negrita Serafina
Es de mucha estimación,
Pues lo que sus ojos ven
Sus manos águilas son.

Las décimas de los *compadres* corren parejas con las de las *comadres:* allá van dos muestras, para juzgar de éllas:

Comadre de mi vida,
Eres mi bien, mi tesoro,
La imagen que tánto adoro
La persona más querida;
Con gusto ha sido admitida
Por mi pecho tu elección.
Quedando mi corazón
Rebosando de alegría,
Y te retorno en este día
Tu fineza y atención.

Si de tu pecho nació
El sacarme de compadre,
También por ser mi comadre
Quiero retornarte yo;
Y si tu afecto me dió
Unas señales constantes,
De inclinaciones bastantes,
Con pureza y con decoro,
Quisiera colmarte de oro,
De perlas y de brillantes.

Lo cierto del caso es, que la ladina limeña pocas veces yerra el tiro y conoce perfectamente quien es el hombre que lo ha de obsequiar. Las de buen palmito saben demasiado aprovechar de sus encantos! . . . . .

Empero, esta costumbre se va también extinguiendo paulatinamente cada año.



CARNAVALES



Las fiestas del Carnaval tienen tan grande aliciente para todas las clases sociales, que es casi imposible su desaparición. Ni la autoridad de policía, que anualmente publica bandos tres días antes de Carnaval, prohibiendo que se arroje agua de los balcones sobre los transeuntes y que se juegue en las calles, so pena de una multa, ha podído extinguir esta bárbara costumbre que se pierde en lo atrasado de los tiempos.

Si intentáramos dar una idea de lo que esos juegos eran en Lima, ahora treinta años, se nos tacharía de exagerados; empero, es lo cierto que, entonces, los habitantes de esta capital se entregaban á ciertos excesos, que felizmente han desaparecido ya. Entre las reformas introducidas con mano de hierro ó á fuerza de multas en las libertades del Carnaval, se encuentra la costumbre que había de colocarse un grupo de negras y zambas rotozas al pie de las acequias y á inmediaciones de los brazos de río, saliendo al encuentro de todo transeunte con sus mates de agua en las manos, diciendo al mismo tiempo: — *Agua bendita.* Si el atrapado, al oír tales expresiones no daba inmediatamente una moneda, era tratado atrozmente por las talas ciudadanas. A todas estas razones contestaban echándole agua sucia por mayor, y si la víctima no lograba tomar las de

Villadiego, era bañado en la acequia ó sumergido en el río, sin remisión de ninguna especie. Puñadas, pedradas y garrotazos, resultaban de estos abusos, de estas tropelías, por lo que, al fin, la policía desterró, con mano fuerte, tal atrocidad; sin dejar de influir, en su mayor parte, la canalización de las acequias.



Aparte de estos excesos, repugnante era ver bandas de gentes recorriendo las calles, con las caras horriblemente pintadas de mil colores y con fachas de furias: llevaban un arsenal de pinturas en polvo, y desgraciado del prójimo que se encontraba con éllos, porque no escapaba de ser pintado, de todos colores.

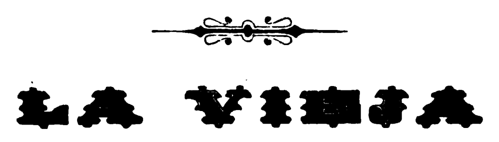
Esos tres días eran de locura, de perpetuo é incesante desorden, de completo desenfreno. Las geringas, los baldes, las bateas y las tinas, eran armas de combate en el arsenal carnavalezco, y el peor peligro era el pasar por debajo de un balcón ó aproximarse á una ventana de reja. Las señoritas hacían, por medio de sus criadas, tal provisión de agua en sus balcones, que éstos se convertían, sin ponderación, en cataratas; pues de allí, el agua era lanzada á los transeuntes, en toda clase de vasija, desde el jarro de lata hasta el balde. No se perdonaba medio, en esos días, por reprobados que fuesen, para mojar y poner como *sopa* á todo prójimo que transitaba por las calles.



Tanto á pie como á caballo andaban los lanzadores de huevos ó cascarones llenos de agua de olor, de

harina ó de confites menudos, y acometían las casas donde llegaban á vislumbrar una hembra; si esos huevos eran arrojados por brazos vigorosos, solían tapar el ojo de una de las bellas beligerantes ó dejarle en cualquiera otra parte de la cara un desagradable recuerdo! . . . . .

Mozo ó viejo, ¿quién será aquel que no sepa, por propia experiencia, todos los lances y peripecias del Carnaval? Es, pues, inoficioso el seguir hablando y descubriendo lo que todos saben, desde que, aunque muy añeja, es una fiesta y costumbre que, si es cierto que se ha morigerado, no por eso ha desaparecido ni desaparecerá nunca del todo.





Esta fiesta se ha celebrado y se celebra á la mitad de la Cuaresma.

Desde las ocho de la noche comenzaba á oírse por todas partes el sonido del almirez, y á las diez, en una carreta adornada al gusto de los profanos, iban de gorja viejo y vieja, con sus correspondientes disfraces y enorme ruido de matracas y almireces, arrojando á los que los seguía, cocos, nueces, confites, etc. A esto se reducía la diversión del pueblo.

Tocante á las clases superiores, celebraban unos la noche de *la Vieja,* con grandes y suntuosos bailes de máscaras, y otros con un fuerte y continuado juego de envite en los ranchos de Chorrillos.

Esta antigua costumbre, que también va desapareciendo, equivalía al epílogo del Carnaval.

En la actualidad se celebra con bailes de máscaras particulares y públicos, teniendo lugar en estos últimos, que se dan en uno de los teatros, los mayores desórdenes.

DÍA DE INOCENTES

Este es el petardo más enorme y fenomenal que podía imaginar el explotaje, y que debía bautizarse con el nombre de *abuso de confianza,* pues en esta degeneraba ya la abusiva costumbre del *día de Inocentes.*

Era el caso que yendo ese día á visitar cualquiera familia, una de las niñas le decía al visitante: — "Señor Don Zutano, hágame usted el favor de prestarme diez pesos hasta luego." También solía hacerse la misma demanda de la manera siguiente: — "¡Qué bonita prenda tiene usted; permítala usted para verla."

Si el acometido de alguno de estos modos prestaba el dinero ó daba la prenda, sin decir, por vía de advertencia: — "Hago esto fuera de inocente;" entonces, cuando llegaba á su casa, se encontraba allí con una corona de yerba, acompañada de los siguientes versesitos:

"Manda Herodes á su gente
Que quien preste en este día,
Lo pierda por inocente."

Con esta fórmula, el que ignoraba esta costumbre extravagante, ó se olvidaba del día que era, quedaba *robado,* de la manera más tonta, y sin reclamo de ninguna especie.

Se necesitaba tener más *pechuga* que un pavo bien cebado, para entrar en tales entremeses, y punibles farsas! Mejor habría sido pedir con claridad, que valerse de tan indecorosos subterfugios!...

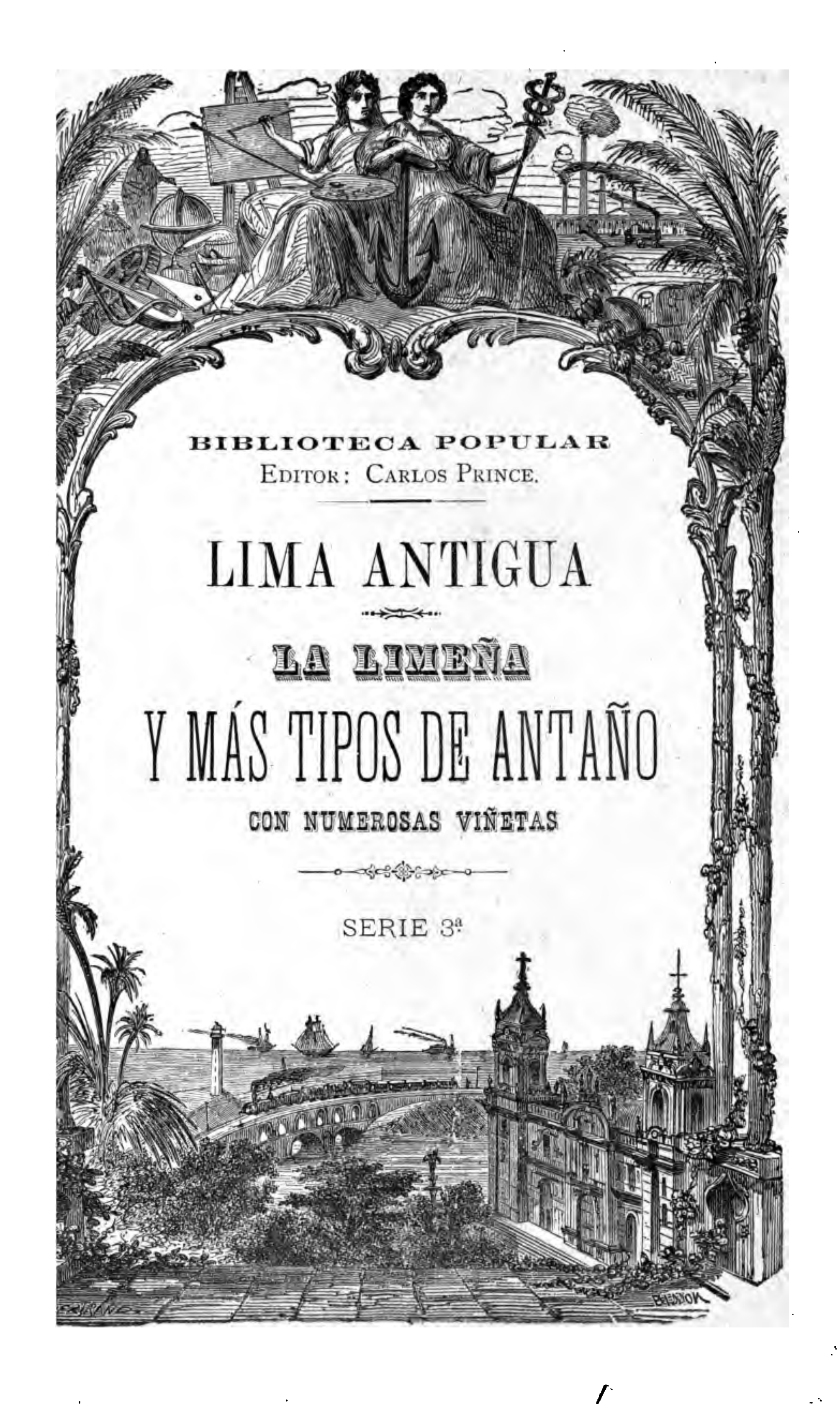
El *día de Inocentes* corre pareja con los *compadrazgos.........*

¡¡Para todo hay gentes en la viña del Señor!!

En DEVOCIONES y FIESTAS
Te has, lector, entretenido
Con las memorias aquestas,
De lo que estoy complacido.

ÍNDICE

ÍNDICE



BIBLIOTECA POPULAR
EDITOR: CARLOS PRINCE.

LIMA ANTIGUA

LA LIMEÑA
Y MÁS TIPOS DE ANTAÑO

CON NUMEROSAS VIÑETAS

SERIE 3ª





LIMA
IMPRENTA DEL UNIVERSO, DE CARLOS PRINCE
71, CALLE DE LA VERACRUZ, 71

1890

PREÁMBULO

Si las costumbres pintadas en estas series son una enseñanza para los propios moradores de la capital del Perú, con mucha mayor razón lo han de ser para los europeos, que desconocen por completo infinitos pormenores relacionados con los países hispano-americanos.



Prueba palmaria de lo que decimos, son las repetidas publicaciones que sobre las repúblicas americanas se han dado á luz en el viejo mundo, ya en viajes, ya en periódicos, cuyas noticias inexactas es necesario ir rectificando, ora por los americanos, ora por los mismos europeos conocedores de los usos y costumbres de estos países, visitados por muchos de éllos, y no conocidos por referencias de otro, con datos falsos, caprichosos, adulterados y saturados las más veces por el innoble espíritu de una mal comprendida venganza.........

De allí resulta que los tales autores, prevenidos de antemano, pintan á los países sud-americanos y á sus moradores, con los colores más subidos, tratándolos casi como salvajes; y, el que así no lo hace, se vale cuando menos, en sus descripciones, de ciertas frases y términos tan burlescos, que cualquier lector se imagina que todos los naturales de la América del Sud son necios, tontos y fanáticos.

Los viajeros de diversas nacionalidades, que, desde años atrás, han escrito sobre el Perú, parece que se hubieran propuesto describir lo que debió haber sido este país antes de la conquista.

Hace poco tiempo se publicó en París una obra sobre viajes, en la que, la parte referente al Perú, más parece novela y cuyos personajes tienen todos el tipo grosero del salvaje. En esta obra, uno de los más respetables sacerdotes de este país, el Reverendo Padre Plaza, que fué incesante obrero en la grande empresa de civilizar algunas tribus incultas, y que á pesar de tener el aspecto exterior agradable y la fisonomía tan inteligente como humilde, está representado bajo la vulgar figura de un hombre rústico, como se puede juzgar por el grabado que se encuentra en la página anterior, y que es una fiel reproducción del que se presentó en esa obra, como el retrato de ese dignísimo sacerdote.



En esta misma obra se representó también entre otros muchos tipos á cual más caprichoso y extravagante, á un seminarista del Cuzco, bajo el aspecto de un montón de paja, sobre el que se hubiera colocado un mascarón con sombrero. El grabado adjunto es copia fiel del que salió en dicha obra.

Finalmente, y como colmo de lo ridículo, represéntase en esa *verídica* obra de viajes, el tipo de la india rabona ó mujer del soldado, bajo la figura de una furia, cargando no sólo los útiles de su menaje, sino hasta las armas de su marido. Reproducimos también este grabado, copiado de

ı misma obra, para que nuestros lectores puedan juzgar e la inverosimilitud y exageración en las descripciones que



de estos países hacen los escritores europeos, que más buscan en su fantasía que en la verdad, los materiales de sus obras. Si realmente existe en un país un personaje grosero ó estrafalario, no es razón para presentarlo como el tipo de una familia ó de una raza.

La falta de publicaciones adecuadas aquí, y el no fijarse además los escritores europeos en los tiempos y las épocas que describen, es causa del desorden y la confusión que reinan en sus libros. Si en fechas atrasadas habían y se toleraban ciertas costumbres raras, ›surdas y enojosas, hoy no acontece ya lo mismo, y es craso ror ó solemne bellaquería el bosquejar los tiempos moder-›s con el empañado espejo de los antiguos. De estas verda-s puede convencerse fácilmente el que visite estas playas estudie con más tino é imparcialidad el suelo de Pizarro. ¡Ojalá que estas cortas líneas, junto con los nuevos cua-os que vamos dando á luz, sirvan de término de compara-ón á los que se figuran que no cabe adelanto, progreso ni ıstración en los hombres y las cosas del Perú!......



MÁS TIPOS DE ANTAÑO

LA LIMEÑA CON SAYA Y MANTO

"Una de las cosas que más chocan al extranjero cuando llega á Lima, — dice un viajero francés, refiriéndose á las limeñas de antaño — es el traje singular con que van las damas por las calles. Se las tomaría á primera vista por aquellas fantasmas de mujeres invisibles que los viajeros de Oriente hallan en Constantinopla y en todas las ciudades mahometanas. Las limeñas están dotadas de una grande hermosura; pero lo que más llama en éllas la atención, son sus pequeños y arqueados pies, de notable delicadeza. Usaban mucho, para traje de paseo á las alamedas, procesiones, etc., la *saya* y *manto*. La *saya* era una especie de vestido hecho de seda muy fina, negra, castaña, azul ó verde, que las cubría de los pies á la cintura, con una hebilla ó cintas en esta parte para podérsela ajustar, de modo que se demostraban todas sus formas más exactamente aún, que si fuesen de escultura. El *manto* era como una toca de seda negra que se ataba en la cintura, subiendo por la espalda hasta encima de la cabeza, cubriéndose el rostro enteramente, de modo que no permitía vérsele sino un ojo.



En esto consistía el traje de paseo de todas las personas bien na-

cidas, y hasta de todas las clases, á excepción de las esclavas. Poi causa de este traje se les llamaba *tapadas*."

En efecto, la *saya* y *manto* fué en las pasadas épocas un vesti do, á la vez que podía considerarse también como un disfraz. Es(disfraz ó vestido era especialísimo y eminentemente nacional, pue: solamente se usaba en Lima.

La limeña con *saya* y *manto* era una mujer sumamente intere sante, pues lucía su garbo, su torneado brazo, su diminuto pie, sı bien formado cuerpo, su salero andaluzado y su ojo picaresco Nada había comparable con toda esta reunión de felices circuns tancias, en una hembra encubierta, cuyas misteriosas palabra: dichas, ora al acaso, ora al intento, eran un incentivo más parε poner á los hombres enloquecidos, si á lo expresado ya, se agreg: el natural deseo de conocer á la persona que, no en pocas ocasio nes, les descubría algunos importantes secretos de su vida, qu(él los consideraba impenetrables para la generalidad de las gen tes. A escenas romancescas, cómicas y teatrales, daba lugar, er distintas ocasiones, la conversación de esos hombres con una mu jer de *saya* y *manto*.

En una antigua crónica titulada *Descripción de Lima*, encontra mos una curiosa relación del traje que llevaban las limeñas eı tiempos algo remotos. A este relato nada queremos quitarle d(su originalidad, y por eso trascribimos *ad pedem litere*, algunos d(sus pasajes al respecto, concebidos en los siguientes términos :

"Empezando por el calzado, usan (las limeñas) un zapato qu(no sirve de descanso al pie sino de martirio, por lo que lo encog y lo estrecha; para esto es necesario casi destrozarlo para usarlc á fin de que salgan en arco los dedos y se luzca por allí la mediε y entonces se ha de pisar en el cordoban ó raso, porque la suel apenas tiene una pulgada de ancho por partes, y por donde má dos, y cinco de largo; lo común es traer las orejas (del zapato sueltas y cercenadas, aunque van usando bastante las hebillas, bie que éstas han de ser de oro, piedras ó diamantes. De esta especi de zapatos, que los más son de badana ó raso bordados, necesit una mujer de mediano tragín, un par por día: como se revienta á cada paso, van prevenidas de agujas y seda, y no se embaraza en descalzarse en los saguanes de las casas ni aun en la iglesiε para remendar su zapato á fin de poder volver á su casa. Se h de acompañar la media de seda, que no la usan de otra materia n aun la gente ordinaria, y esta parte del vestuario es la más prefe rida; se busca delicada y la de mejor color, cuchilla y matiz, aun

que cueste el par veinticinco ó treinta pesos. Casi hasta donde termina la media empieza el brial, al que llaman faldellín, y mas propiamente debería llamarse tonelete, si por delante fuese cerrado: con ser tan corto que no pasa del bajo vientre, se emplean en él diez y seis varas de género y otras tantas de forro con su encartonado: este pliega y ensancha como una campana, ayudándose algunas con ceñirse algunas varas de bayeta, otras con otros géneros que ahuequen más, y á esto dicen *contrabando* y más vulgarmente *trasero postizo*, y las pone tan monstruosas que sólo están tolerables á sí mismas y á los ojos lascivos que de nada gustan más que de la desenvoltura. Sobre el faldellín ponen la saya ó basquiñá, que consta de treinta varas de tela y de veinte de forro, y algunas de cuarenta varas de tela y otras tantas de forro de triplicados pliegues ó canutos, y aumenta deformemente el volumen, y es cosa prodigiosa encontrarse tan breve con una mulata safia, como con una señora, ambas de una traza y un traje. Todo el resto del cuerpo, á excepción de los brazos que van desnudos casi hasta el hombro, lo cubren con cintas ricas de encajes, velillos con muchas sarandajas de oro, perlas y á veces con muchos diamantes, todo de mucho costo; y por remate, se envuelven con una tira de bayeta de dos tercias de ancho que amaga á taparlo todo, y sólo cubre la parte superior de los brazos, el cuello, y por monada la barba: en la cabeza es común ponerse muchas flores, sin reparar en el precio de éllas. No sirven sólo las flores para el lucimiento sino también para el olor, porque éste escasea en todas las flores á causa del temperamento cálido, y lo esfuerzan con untarlas de ámbar, zahumarlas y rociarlas con aguas ricas, introduciéndolas después entre las ropas y reteniéndolas en casa sobre los muebles. Del puchero, que así llaman á esta mistura, se cuidan primero que de la olla, y ha habido mujer tan viciada en esto, que no comprando para sus hijos dos reales de pan, gastaba todos los días veinticinco pesos en flores. De aquí viene consumirse sólo en este ramo muchos miles de pesos. Una hortelana que sólo cría jazmines, saca de cosecha quinientos pesos cada año; y otra, con un solo aromo, saca doscientos al año, y muchísimos entrando los ámbares, algalias, benjuis y otras especies olorosas con que comunmente se adornan hasta las negras y zambas. Además, son afectísimas á la pedrería, en que hay empleados en la ciudad, por un prudente cómputo, de cinco á seis millones de pesos. Se cargan la cabeza de diamantes, tanto que descalabran la vista, y en siendo unos zarcillos de moda y muy grandes,

no se paran en precio. Son también muy afectas á la calesa, aun las de pocas facultades. Lo mismo sucede con los criados y criadas, aunque no se puedan mantener."

Después de este relato, que nos parece algo exagerado, dejaremos también la palabra á un escritor nacional contemporáneo, que, aunque no muy partidarío de la saya y manto, describe ma gistralmente á la limeña con este vestido: — "Si á favor de élla (la saya) no podía escaparse al ojo menos curioso el pié de una mujer, no es menos cierto que la forma estrecha del vestido dibujaba de tal suerte la del cuerpo que cubría, que la privaba de desenvoltura. Bastante sentían las bellas lo inconveniente de la saya plegada, cuando al saltar una acequia, tenían que meter la punta del elegante zapato de raso blanco en el agua, y bien afligidas se hubieran visto si les hubiera sido preciso correr para libertarse de algún peligro. La saya tuvo pues que sufrir una modificación exigida por la decencia y por la comodidad, y quedó reducida á una especie de pollera plegada sólo en cuatro ó seis dedos hacia la cintura. La moda que es, á veces, demasiado extravagante, hizo que, la saya elegante y digna de lucirse en los sitios de mayor concurrencia, no ofreciera sino hilachas y pedazos destrozados, consistiendo el lujo en la riqueza y valor de los pañuelones y en la brillantez y elegancia del zapato (regularmente blanco ó negro) y de la media de seda. La saya era un vestido para visitas de día, para ir al templo y para paseos y procesiones; en los días de gran concurrencia, como en los de corridas de toros, se veían inmensidad de sayas arrancadas cubriendo á las más lindas jóvenes de Lima. El manto era un disfraz bajo el cual era imposible conocer á la persona más íntima. Fácil es suponer cuanto partido sacaba la limeña de esa circunstancia. El hombre que á élla se llegaba debía confiar mucho en sí mismo para sufrir las palabras agudas y picarescas que salían de la boca de la joven *tapada*. Pero también ¡cuánto chasco! Un elegante cuerpo, un blanco y torneado brazo, un ligero y pequeño pié, un pedacito de ojo negro y expresivo, solían pertenecer á una abuela desmolada ó sin otro ojo que el medio visible. El arte y el manto hicieron caer más de una vez, al almibarado petimetre en las redes poco apetecibles de un vestigio repugnante. No era eso todo: negras y zambas de cuerpos elegantes, cubriéndose la mano y el brazo con guantes de seda ó de cabritilla que llegaban hasta el codo, y bajando la saya hasta donde bastara para que el pesado y grande pié no traicionara el disfraz, llevaban en ocasiones, tras su garbo-

so talle, un cortejo de *pollos* elegantes empeñados ardorosamente en ganarse con tiernas palabras, las buenas gracias de uua Venus de carbón."

Como se ha dicho ya, la limeña iba á misa con saya y manto, seguida de una esclava que le llevaba la alfombrilla sobre la que se arrodillaba en la iglesia. Mientras duraba el Santo Sacrificio de la Misa, guardaba en la iglesia la compostura debida en el lugar de la oración, del silencio y recogimiento. No sucedía lo mismo á la salida del templo, pues desde los atrios emparedados de las iglesias, hasta las veredas de la calle, se formaba una hilera ó cordón de jóvenes y hasta de *viejos verdes*, que les dirigían una granizada de piropos, galanteos y palabritas de miel, á los que, unas *tapadas* contestaban, pero que la generalidad de éllas dejaba pasar en silencio. Esa fea costumbre no ha desaparecido todavía del todo, á pesar de que muchas veces los custodios del orden público y de la moralidad, hacen despejar esos lugares.



Pero donde más se lucían las *tapadas*, era en el paseo de la Alameda de Acho, lugar donde se reunían por centenares, haciendo gala de la viveza, sal y prontitud en las respuestas que caracterizan á la limeña.

Nada podía imaginarse más chistoso y entretenido que las melosas conversaciones que entablaban, fingiendo la voz y haciendo mil *dengues* y *arrumacos*, para llamar mejor la atención de los concurrentes sobre sí y sacar el correspondiente producto : primero, la chicha de Acho, y después, el convite en una picantería.

En esa especie de torneo entre hombres con su careta natural y mujeres encubiertas, invisibles, solían acontecer lances peregrinos. Los más originales se reducían á que algunos maridos cortejasen á sus mujeres, desprendiéndose de éllo escenas tan raras como divertidas.

La especie de mascarada femenil de las sayas y mantos, se



prestaban á todo, y hasta hay una chistosa comedia del festivo poeta limeño Manuel A. Segura que así lo comprueba: recomendamos su lectura al que desee ponerse más al corriente de esos lances, cuya repetición no será ya posible. . . . en ese traje . . . .

La costumbre de usar mantos ó ir *tapadas*, data de época inmemorial; y también desde tiempos muy atrasados ha llamado la atención de los legisladores españoles, por los inconvenientes que han hallado en cuanto á la moral. En 1561, Don Diego López de Zúñiga y Velasco, cuarto Virrey del Perú, dictó la primera ordenanza prohibiendo á las mujeres el uso del manto: después, otros Virreyes, entre éllos Don Jerónimo Fernández de Cabrera, Don Baltasar de la Cueva y Don Pedro Fernández Castro, expidieron también, respectivamente, ordenanzas con igual objeto. Pero todos estos esfuerzos para estirpar el uso del manto, han sido inútiles, porque las bellas limeñas no podían someterse á este mandato, alegando, por disculpa, que el sol ennegrecía su tez, y que de este modo podían visitar los enfermos y ejercer otras obras de caridad sin ser vistas.

Hasta la Iglesia quiso intervenir en cuestión tan *peliaguda*, pues en uno de los concilios limenses presidido por el Arzobispo Santo Toribio, se trató de prohibir que las limeñas fuesen al templo ó á procesiones con saya y manto, bajo pena de excomunión mayor; pero fué tal el alboroto que entonces armó el bello sexo, que el Arzobispo tuvo á bien aplazar esta cuestión, consiguiendo tan sólo que las señoras se presentasen sin manto en la procesión del Viernes Santo.

Puede decirse que la moda de la saya y manto imperó en Lima durante el larguísimo trascurso de cerca de tres centurias, sufriendo sólo pequeñas modificaciones, pues se fueron usando, sucesivamente, las sayas llamadas de *canutillo*, de *encarujados*, de *vuelo*, las *pilitricas*, *filipenses*, y, por último, las de *tiritas*. Pero, como al cabo todas las cosas tienen su fin, y no hay en este mundo nada inalterable, la saya y manto, después de ese largo trascurso de

tiempo, perdió completamente su imperio desapareciendo del todo á mediados de este siglo, en que fueron, al fin, destronadas por las modas francesas, las que, por lo visto, han sido más eficaces que las ordenanzas de los Virreyes y las prohibiciones de la Iglesia.



Empero, necesitando la limeña algo que agregar al misterio de su belleza, ha adoptado, después, la *manta chilena,* con la cual se cubre y disfraza aunque no tan completamente como con la saya y manto. Pero, lástima es que haya fenecido por completo el uso de la saya y manto, que casi nunca pasaba de puro romanticismo. . . . . .

Para el que ha estado acostumbrado al gracejo y esbelto talle de la *tapada* con saya y manto, desmerece por cierto la *tapada* con manta. Ni el vestido, ni el donaire, ni el todo de ambas puede ser en nada comparable.

La *tapada* con manta semeja algo de grotesco. Es en parte, un remedo del antiguo *cucurucho* para meter miedo á los muchachos llorones, odiosos, y asustarlos, con el fin bastante cómodo de hacerlos callar ó cesar en sus bellaquerías de mal género. Esto es considerando el asunto en lo general.

Pero como todo en la vida tiene sus excepciones, hay algunas *tapadas* de manta que llenaban bien su cometido, después de las de saya y manto. Los dos ojos descubiertos en las de manta, indicaban claramente que no había el peligro de encontrarse con una tuerta. Si, además, eran sus ojos de aquellos que hay tan hermosos como unos ñorbos, entonces la de la manta tenía media pelea vencida: la otra media la llegaba á vencer, también, cuando era agradable el timbre de su voz y cuando sus palabras correspondían á sus ojos y á su voz.

Nada más encontramos que agregar sobre el particular, si no es, que la manta servía, como servía la saya y manto, para visitas de confianza y para ir al templo.

ÁNGEL FERNANDO DE QUIRÓS



Este hombre original, este tipo del filósofo y del poeta callejero, melenudo, con su barba desaliñada, sucio, conteniéndose los pantalones amarrados á la cintura con una tira de trapo y amenazando caérsele á cada rato hasta dejar en descubierto muchas veces el desperfecto de su configuración, porque el infeliz era relajado de la ingle; con su grasiento bolsón colgado al costado, igual al que antiguamente llevaban los muchachos á la escuela, lleno de libros y de pedazos de papel, originales de sus sonetos; sombrero tarro de unto mantecoso y magullado; en ocasiones con una libreta debajo del brazo dentro de la cual conducía las suertes que asentaba; todo esto cubierto y descubierto por una capa andrajosa que arrastraba por los suelos y que, según la expresión de uno de sus panegiristas, era "una capa que cobija estrellas;" este pobre hombre que sabía de memoria todas las efemérides de la guerra de Oriente; que se le veía arrastrándose constantemente ante la justicia humana, pidiendo el reconocimiento de sus derechos, é implorando por las calles un medio para café, (porque, entiéndase bien, no admitía más que *medio* para café, y el que esto escribe se lo proporcionó algunas veces,) era Angel Fernando de Quirós, nacido en Arequipa en el último año del siglo XVIII. Sus hermanos alcanzaron un gran nombre y una cómoda posición social, mientras que él jamás pudo levantar su frente, abatida siempre por el dolor y la miseria: Angel Fernando nació poeta y era patriota, sinónimo de pobreza. Cuando apenas contaba doce años, llegó á su noticia el triunfo conseguido por las armas liberales en el Tucumán al mando del general Belgrano, y principiando como estaba sus estudios en el colegio de San Jerónimo de Arequipa, se entusiasmó de tal manera que maldecía á gritos

al gobierno español y sus satélites. En 1814, cuando el general español Ramírez hizo su entrada en Arequipa, fugó al Cuzco en compañía de otros á tomar las armas en defensa de la libertad... Después de jurada la independencia no se ocupaba sino de la política de Europa, haciendo completa abstracción de la de su país. Siempre en perpetua lucha con el poder judicial, el autor de los "*Delirios de un Loco,*" como él intituló la colección de sus poesías, trabajaba sus composiciones en medio de las calles más públicas de Lima, casi siempre de memoria, y "agoviado por las injusticias de sus constantes enemigos," (palabras suyas favoritas, porque veía enemigos por todas partes.) Ensimismado en sus propias meditaciones, vivió siempre como extranjero en su patria, juguete de sus hermanos, mofa y ludibrio de los muchachos y la clase más humilde del pueblo, tuvo que apurar á todas horas el amargo cáliz del dolor. Escuchad si nó lo que en "*Su Retrato,*" decía:

"Quise ser el primero en este mundo,
Describir de los cielos la excelencia;
Y bajar como un rayo hasta el profundo:
Incienso arrancar por mi alta ciencia,
Y hoy en miserias espantosas me hundo
Y sufro de muchachos la insolencia."

Hasta donde sea tierno y sentimental el tono de este último terceto, lo podrán comprender tan sólo las almas que agoviadas bajo el peso de una honda melancolía, sientan su corazón trabajado ya por la maléfica influencia de constantes desengaños.

Las contínuas oscilaciones de este país desventurado y los elementos de desorden que fermentan largos años en su moderna sociedad, si bien auguran una completa regeneración para el porvenir, no por eso han dejado de ser una rémora constante para el desarrollo de la inteligencia. En otro país y en otras circunstancias, quizá Quirós hubiera llegado á levantarse un genio; pero, hijo de la naturaleza, sin erudición extensa, sin conocimientos científicos, peleando siempre con las necesidades materiales de la vida y la implacable adversidad de su fortuna, aunque arrebatado por la fogosidad indomable de su genio, pulsa, pero en vano, las armoniosas cuerdas de su lira con la inspiración más bella y espontánea, con la constancia más ascendrada.

Su metro favorito fué el SONETO, y compondría á media calle y en el café de Bodegones, cuatro mil más ó menos. Constantemente

criticado Quirós por su decidida afición á los sonetos, preciso es confesar que, sólo á hombres mal intencionados ó muy poco inteligentes en materia de literatura se les podría conceder tan monstruosa reflexión.

¿Quién no sabe lo que es un soneto? Oigamos á Boileau: "*Un sonnet sans défauts vaut seul un long poëme.*" Verdad, que el *sonetero* Quirós, como se le llamaba, no ha podido en composición tan difícil, escribir muchos de relevante mérito, y tiene bastantes medianos y los más despreciables; pero, ya está dicho, "un soneto sin defectos vale tanto como un largo poema."

Las condiciones de la publicación para que trazamos estas líneas, no nos permite, como lo deseáramos, ser más extensos en el particular.

Tomemos á la ventura cualquier soneto de los que componen las poesías de Quirós, tituladas: *Delirios de un Loco,* por ejemplo "Á LA NOCHE," dice así:

"No aumentes, noche, mi dolor y espanto,
No me destrones con fiereza impía,
¿Á qué la imagen de la patria mía
Y de otro tiempo el perennal encanto?
»¿Por qué no cubres con tu negro manto
Las raras dichas que obtener creía,
Y te deleitas en herirme hoy día
Llevando al colmo mi pesar y llanto?
»¿Por qué no cortas de mi vida el hilo
Y me sepultas en tu horrendo seno
Antes que muera de la espada al filo?
»Pues á toda hora sin descanso peno,
Sin esperanza de dichoso asilo,
Tragando á mares infernal veneno."

Sin más comentarios, aunque sea de poco valor nuestra opinión, confesamos que los sonetos de Quirós (y entiéndase que no hablamos de todos) pueden rivalizar, si no exceder, á los mejores que se hayan escrito en la lengua castellana.

También reputamos de mérito sus "*Maldiciones al Sol.*"

. . . .

Para concluir:

Una mañana de Abril en 1862, la muchedumbre se agolpaba curiosa á la puerta de una miserable habitación de la última calle que conduce á la alameda de los Descalzos, en la cual no se veía

sino unos cuantos libros esparcidos por el suelo y sobre un cajón un candelero que tuvo vela; dentro de ese cajón estaba el cadáver de un hombre. . . . . . . ese hombre era Angel Fernando de Quirós, que había pasado á mejor vida!

EL SOLDADO DE INFANTERÍA Y EL DE CABALLERÍA

Durante el Coloniaje, sabido es que los cuerpos del ejército eran compuestos sólo de españoles, que desde la metrópoli venían adiestrados y disciplinados. Pero desde la Independencia hasta la fecha, los batallones y escuadrones del ejército peruano, han sido formados: los primeros, principalmente con los indígenas del país, y los segundos, generalmente con los negros y zambos, que eran buenos ginetes.

Es indudable que el soldado peruano es menos disciplinado y aguerrido que el de otros países; pero en cambio es más sumiso, paciente y sufrido que ningún otro.

A pesar de las leyes sobre enganche y conscripción, y de los pomposos decretos que prohiben el reclutamiento forzado, casi siempre se han improvisado los batallones tomando á los indios á lazo, conduciéndolos de pueblo á pueblo, para formar con éllos los cuerpos militares, á los que se ha dado, por ironía, el nombre de *voluntarios*. Con el reclutamiento forzado, como en otras muchas cosas, las garantías constitucionales tan liberalmente procla-

madas en el Perú, vienen á ser una verdadera utopía, una grai quimera, en una palabra, un sarcasmo. Aunque sea una trist realidad, forzoso es confesar que este país, cual ningún otro, es e de las mayores anomalías y de las más absurdas aberraciones.

Pero dejemos, al respecto, la palabra á un notabilísimo escritor que describe con toda imparcialidad y sano criterio, al soldad peruano:



"Llegando, dice, el indio re cluta á sus cuarteles, se le incorpora en una compañía y se le somete al rigor de la disciplina y al de la instrucción que necesita, para ser un digno defensor de las *buenas causas* y de la *soberanía nacional*. Antiguo es el proverbio de que: *la letra con sangre entra*, y la vara del sargento se emplea en la práctica de este principio. Muchos indios visten por primera vez el traje de Marte, sin saber una sola palabra de castellano, lo cual no impide, que en corto tiempo, adquieran la instrucción necesaria en maniobras y manejo de armas. Si se examinan los cuerpos militares, mandados por jefes inteligentes y de conocimientos, no hay que extrañar, en la compostura del soldado, en su vestido, en su marcha y en sus ejercicios, la pericia y la desenvoltura del veterano lo cual manifiesta que el indio más inculto, tiene excelentes disposiciones para la milicia. El soldado peruano puede desafiar al primero del mundo en cuanto al sufrimiento. Atraviesa el más árido arenal y la más heleda puna, á marchas forzadas, y soporta el hambre y la sed hasta un grado increíble. Diez ó doce leguas por sendas escarpadas y peligrosas, son una jornada que el indio vence á pié, sin experimentar cansancio ni fatiga. Excesivamente parco, un poco de *coca,* de maíz tostado ó de papas cocidas le basta para alimentarse y adquirir nuevas fuerzas, y después de largas peregrinaciones, desnudeces y privaciones, pelea en los momentos del combate, siempre que sus jefes y oficiales le den el ejemplo

El indio sirve y combate sin saber á quien sirve ni por qué lucha, sin más idea que la de llenar un deber que le impone, no la reflexión, ni la conciencia, ni el patriotismo, sino el temor, sigue sus banderas ó las traiciona si las siguen ó las traicionan sus jefes. El indio es fatalista, pusilánime é indolente; en el campo de batalla se para á pié firme, si no corre nadie; ve caer muertos á sus compañeros más próximos, sin sentir la menor emoción aun cuando sean su hermano y su padre; pero no hace un tiro más, si recibe una leve herida. El indio ama la choza en que mora y en que vive regularmente entregado al ocio; si la fuerza lo arranca de élla, jamás la olvida y á presencia de toda causa que le recuerde su hogar, aprovecha el primer momento para regresar á él. Los instrumentos de música que más conoce y maneja el indio, son: el *charango*, (especie de guitarra pequeña), el tamboril y un flautín (llamado *quena*) que hace él mismo de carrizo. La *quena* se presta mucho á la música melancólica y sentimental que caracteriza al *yaraví*, canción indígena del Perú, con que el habitante de la sierra expresa sus dolores y su amor. Pocos son los indios que no tocan la *quena*, y cuando, lejos de su choza, oye el soldado los tristes gemidos que el instrumento lanza y que le recuerda su favorito *yaraví*, se apodera de su corazón la melancolía, y deserta de las filas para regresar á su cabaña. Jefes de cuerpos hay que no permiten que el soldado conserve su *quena*, y que temen más á sus sonidos que á todos los demás estímulos de deserción."



Este rápido bosquejo del soldado peruano de infantería, es el más verídico que se ha trazado. A esto se debe agregar que, cuando el indio sucumbe en la pelea, su desaparición no se nota, y sólo la *rabona*, su compañera inseparable, que ha compartido con él todas las fatigas y sinsabores de la campaña, es la única que vierte lágrimas de pesar y de desconsuelo.

En cuanto al soldado de caballería, por lo común, los negros y los zambos de la costa son los que componen casi en su totalidad los regimientos, sin duda, por ser buenos ginetes.



Durante el período de los anteriores presidentes que han gobernado el Perú, y principalmente en la época del Gran Mariscal Castilla y de los Generales Echenique y Pezet, el soldado de caballería era muy estimado y cuidado. Entonces habían escuadrones de lanceros (como lo representa el grabado de la página anterior), coraceros y carabineros; pero, en el ejército peruano, las cosas han variado por completo, y hoy sólo hay tiradores.

La bien montada caballería de entonces, servía de mucho en las batallas; mientras que ahora sólo sirve para perseguir á los dispersos, por lo que, según sabemos, notándose la falta de lanceros, se piensa en restablecer esa arma.

También siendo extrictamente justos é imparciales, pues pretendemos que nuestros apuntes sirvan para el historiador, declaramos con entera satisfacción que hoy se educa al soldado peruano de muy distinto modo que en años anteriores: en los cuarteles hay establecidas escuelas de instrucción primaria para la tropa y se ven en el mayor adelanto los ejercicios de esgrima y gimnasia.

Por lo demás, muy poco ó nada de particular ofrece este tipo, ora se le considere aislado, ora sea en conjunto.

A lo dicho, pues, nada tenemos ni encontramos que agregar.



LA RABONA

La *rabona*, llamada también *amorosa*, es un tipo *sui generis*.

Podemos decir que élla es el complemento del soldado peruano, pues sin élla no tendría éste resignación ni valor.

En los cuerpos peruanos no hay cantineras, como en los de otras naciones, porque no son precisas, desde que cada soldado tiene su



rabona que le prepara la comida, tanto en los cuarteles cuanto en los campamentos, y élla también es la que le lava su ropa y cuida de su limpieza.

Si el soldado es sufrido é infatigable en las marchas, otro tanto es la *rabona*, que lo sigue á todas partes, soportando con santa resignación todas las penas y fatigas de una larga jornada por caminos escabrosos y escarpados.

Cuando algún cuerpo está en marcha, las *rabonas* van á su retaguardia y caminan al igual de la tropa, y esto no es solamente ahora que hay ferrocarriles y anchas carreteras, sino que fué también en las épocas y tiempos en que no se contaba con tales adelantos y facilidades.

Es en extremo sorprendente la resistencia de esas pobres mujeres, y lo que sobre todo parece inverosímil, y que sin embargo ha sido presenciado y referido por multitud de testigos oculares, es que las indias y principalmente las *rabonas*, llegan á alumbrar en los caminos, y para no retrasar su marcha, acto continuo de dar á luz la criatura, la cargan á la espalda y siguen el viaje, como si nada les hubiera acontecido.



Es de advertir que la india acostumbra cargar su cría en las espaldas, y, ni sufre angustias, ni experimenta mayor cansancio con ese peso. En campaña, soporta con mucha resignación el fardo que

lleva en las espaldas, pues á más de su cría, carga tambiér vez todos los útiles de cocina y su ropa, llevando además e brazos un asqueroso perro á quien idolatra tanto como á su h

Ello es, que la india, en todo caso, se acomoda perfectame las circunstancias, y siempre resignada y pacienzuda, contin todas sus labores acostumbradas, preparando el rancho pa soldado, lavando y haciendo, en fin, todas sus faenas ordin con el gusto que caber puede en esa gente tímida é incapaz d festiva, por sus hábitos y natural tristeza.





Para terminar este articulito, reproduciremos un gracioso pite del festivo y fecundo escritor Dr. D. Manuel A. Fuentes, trata de la *rabona,* y que extractamos de su bello libro *"Li* Dice así:

"El soldado, en pago de la adhesión que le tiene su *rabon* peina, (como se ve en el grabado de la página siguiente) la sa paseo los días festivos, la obsequia chicha y no le escasea gol *Porque me quieres me pórreas:* es un principio entre las muj de la sierra; es decir que el grado de amor que un hombre pro á su mujer, se aprecia por el número, repetición y fuerza de



golpes que le da. La *rabona* venera ese principio hasta el fanatismo. Ella y el soldado son muy aficionados á la *chicha,* con la cual se embriagan con alguna frecuencia. En tal estado el indio quiere dar á su compañera pruebas de su grande ternura. Patadas, mojicones, pedradas, tirones de cabellos y otros agazajos de esta clase, ponen á la india en un calamitoso estado; la sangre le vierte por las narices y por varias heridas hechas en la cara y en la cabeza; pero ¡desgraciado de quien, con alma compasiva, quiera intervenir en esa escena de amor! La india que sufre los golpes y apenas lanza débiles gemidos, se irrita contra el mediador oficioso, y llena de furia lo apostrofa, diciéndole: *Vos qué cuentas tienes. Bien hecho que me pega, que para eso soy so mojir.*"

Uno de los rasgos más característicos de la *rabona* es, su ascendrada abnegación, la que en casi todas las circunstancias raya en élla el fanatismo.

Pero si es cierto que, principalmente en el seno de su vida conyugal, manifiesta la mayor resignación, no debemos desconocer que también es capaz de acometer acciones heróicas cuando su vida ó la de su marido están en peligro. Numerosos ejemplos se han ofrecido en que la *rabona* se ha distinguido por esos actos de heroicidad.

A este propósito, el inspirado y joven poeta, D. Elías Alzamora, en su lindo poemita, titulado: "*Mariacha.*" pinta admirablemente la abnegación varonil de la *rabona,* como se puede juzgar por los siguientes versos con que finaliza dicha composición :

. . . .
Va tras de larga travesía, inmensa,
Tras de duros tormentos y fatigas,
Se preparan las fuerzas enemigas
A hacer de sus pendones la defensa,
Ya el ronco ruido del cañón se escucha!
Ya comenzó la lucha!
. . . .

. . . .

En el fragor horrible del combate,
En su atroz y confusa algarabía,
La amorosa María
Tiembla asustada, pero no se abate.

Y llega con esfuerzo denodado,
Allí donde el combate es más cruento,
Y es élla quien da aliento
A la heróica pujanza del soldado..........

De pronto, amenazada
Por mortal proyectil, que al fin la hiere,
Detiene el paso y cae derribada,
Lanza un suspiro, se estremece, y muere!
. . . .



LOS CELADORES



La buena índole y arregladas costumbres de la antigua Lima, está de manifiesto en el hecho de no haber antes custodios del orden público, durante el día, pues los *serenos* no hacían su ronda sino en la noche.

Después fué que se colocaron en las esquinas *vigilantes de á caballo,* desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde. Dichos vigilantes eran en corto número y, por consiguiente, no podía ser estable su permanencia en los puestos, sino rápida y bastante transitoria.

Posteriormente se les reemplazó á éstos con los *celadores.* Estos fueron bautizados por el pueblo con el nombre de *corbatones,* por la semejanza de sus corbatines con el busto de la moneda denominada *cuatros bolivianos,* que no pasaban, es decir, que no eran admitidos en la circulación por ser febles, faltos de ley. Estos *celadores* eran entonces bastante bien organizados y equipados, pues tenían dos uniformes, uno para el uso diario y otro de parada para los días festivos: este último era el uniforme de bombero, porque á cargo de los *celadores* corrían entonces las bombas de apagar incendios. El vulgo, siempre dispuesto á la crítica, y viendo que estos *celadores-bomberos* no conocían más bombas que las que produce el aguardiente, los denominó *celadores-bombistas.*



En seguida, se pretendió hacer del *celador* un ridículo plagio del soldado prusiano á la vez que del *policeman yankee*, vistiéndole con el uniforme del primero y poniéndole en la mano, en lugar del fusil que antes había llevado, la simbólica vara de la ley; sin tener en cuenta que la índole del indio peruano es distinta á la del aguerrido soldado europeo, y que para él era desconocido el significado de la vara que usa el *policeman* americano. Pero este orden de cosas duró poco tiempo, pues no tardó en declararse una revolución contra el gobierno constituido, y entonces los cuerpos de policía fueron los primeros de que se echó mano, como ha sucedido casi siempre, en defensa de la patria en peligro, quedando el uniforme prusiano y la vara de la ley relegados al olvido, para convertir al *celador*, de *fiel custodio del orden público, en defensor de la soberanía nacional.*

Pero si en tiempos de turbulencias y revueltas políticas se empleaban los cuerpos de *celadores* á la par que los del ejército activo, en sofocar revoluciones para sostener en el poder al Presidente tal ó cual; en tiempos de paz octaviana éllos tenían las mismas atribuciones que los modernos guardias civiles, pues estaban al cuidado de la observancia de los reglamentos de policía en lo que concierne el orden y el aseo de la ciudad, á la libertad del tráfico y á la moral pública. Empero, pocos eran los que sabían llenar cumplidamente sus obligaciones, y sus principales faltas consistían en que se embriagaban en las pulperías con motivo de su perma-



nencia en las esquinas, que requebraban á las sirvientas de las casas, y que se quedaban frecuentemente dormidos en sus puestos sin tratar de conservar el orden en las calles que estaban encargados de custodiar. La principal dificultad de este buen servicio estribaba esencialmente en que no todos, como hemos dicho, eran personas aparentes para desempeñar tales destinos, que la generalidad computaba de baja esfera, razón por la que se tenía forzosamente que valer de los indios, que habían sido soldados en su mayor parte, y, como tales, tenían todos los vicios inherentes al cuartel.

Aunque falta mucho que hacer en este ramo, en el día está mejor reglamentado, y, el día en que los individuos empleados en este servicio estén bien pagados, será que se encuentren mejores servidores.

Que esto acontezca presto, es lo que todos deseamos, para poder gozar de plenas garantías, y vernos libres de atropellos y de arbitrariedades, algo frecuentes y lamentables!



LOS MENDICANTES



Lima es el país de las anomalías, y tan cierto es esto, que los mendicantes son una de las mayores que existen.

Demasiado sabido es, que las leyes del Perú prohiben terminantemente la mendicidad y la vagancia. Por esa misma razón y en prueba de que esas leyes *se cumplen al pie de la letra,* hay un extenso gremio de mendicantes de todos matices: blancos, indios, negros, chinos, en fin de tantos colores cuantos tienen los demás habitantes de esta capital.

El nombre que los mendicantes han tenido generalmente, es el de *pobres,* dándoles también el de *pordioseros;* pero el más valedero es el indicado primero, en atención á que éllos mismos se han bautizado de aquélla manera, porque al llegar un mendigo á

ıa casa pidiendo limosna, es demasiado común el que diga, con añidera voz: — *Señorita, aquí está su pobre.*



Los pobres, pues, ó los limosneros, como también se les dice, llegaban antiguamente de puerta en puerta, y muchas casas había en donde se daba socorro á todos los infelices que acudían á pedirlo. Ese socorro consistía, generalmente, en un cuartillo ó medio de plata, en un pan, en comida ó ropa usada.

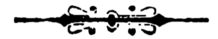
Uno de los rasgos que más principalmente caracteriza á los moradores de esta capital, es su espíritu esencialmente caritativo, pues tratándose de una acción que tienda á socorrer la indigencia ó practicar algún acto de beneficencia pública, nunca falta el generoso óbolo de los limeños. El bello sexo, principalmente, se distingue por sus humanitarios sentimientos, y en prueba de éllo, allí están las innumerables instituciones filantrópicas establecidas y sosıidas, se puede decir, por las señoras de esta capital.

Volviendo á los mendigos, hubo, en tiempos pasados, algunos e dejaron hasta diez mil pesos á sus allegados. Esto no es fá.a ni exageración, porque muchas personas existen que pueden tificarlo.

Con estos hechos aislados, disminuyó algo la caridad, y, desde :onces, ya no hay facilidad para que un *pobre de conveniencia,* e capas con onzas de oro entre sus remiendos, ni sucios col›nes con pesos fuertes metidos entre su lana, ni *entierros* ó *tatos* en sus desvancijadas habitaciones.

Los pobres de hoy sólo piden los sábados, y lo que reciben es ɔ ó dos centavos. . . . . . ¿Un pobre moderno podría dejar algo a sus allegados?

Traslado al tiempo! como contestaría un magistrado.



DOS TIPOS CUADRÚPEDOS

Terminaremos esta entrega con dos *tipos* que, aunque considerados en la categoría de los irracionales, dieron señaladas muestras de tener más inteligencia que muchos seres racionales. Estos dos *tipos*, que calificaremos de *asnales*, son: la BURRITA DEL SEÑOR DEL TRIUFO, y el BURRO LAUREANO.

LA BURRITA DEL SEÑOR DEL TRIUNFO



En la villa de Chorrillos, existió, hace algunos años, una burrita, á la que se rodeaba de cierto misterio en el mencionado pueblo.

Se cuenta que el referido animal desaparecía del lugar, sin saber nadie su paradero, hasta unos meses antes del *Domingo de Ramos*, en cuyos días hacía su aparición, yendo de rancho en rancho, con cuyas diarias visitas se procuraba el sustento, hasta el día de la procesión; en el cual, después de pasear al Señor del Triunfo por las calles de la aristocrática villa, volvía á eclipsarse hasta el otro año.

Infinidad de personas están al cabo de este relato. Lo que nosotros ignoramos es, si había alguna secreta mano en el asunto ó si solamente el instinto guiaba al animal, lo que parece dudoso.

Por su antigüedad y por ser fieles cronistas de la *Lima Antigua* es que consignamos esto, y también por haber palpado el hecho en su mayor parte. En cuanto al misterio, *averigüelo Vargas*, que es refrán de España.

EL BURRO LAUREANO



eano se llamaba un anti-
uador, que pertenecía al
le los que se abastecían
la de la Plaza Mayor, ó
as como se la denomina
nente. El burro de Lau-
ıé bautizado, por los de-
uadores, con el mismo
e de su amo.
urro Laureano fué bue-
ediente, mientras estuvo
do agua; pero, como en
todo está lleno de varia-
por una de éllas, en vez
ro aguador pasó á ser
rutero.
eano *protestó,* con fuer-
uznos, de este arbitrario
en su condición; pero
las protestas son letra
, acudió á la enérgica
ıción y se arrojó al suelo con los capachos de fruta.
último, no habiendo producido esta medida todo el efecto
o, Laureano se tornó en cimarrón, yéndose diariamente á
de la plaza, hasta que, de pura pena, murió.
onstante afición del burro Laureano, nos hace recordar la
rro de Ño Cendeja, que paraba las orejas y rebuznaba con
, cuando escuchaba música militar, y si ésta era en alguna
de bando, se iba tras élla, sin que nada ni nadie pudiera
ıerlo.
o se puede impedir el gusto del animal racional, ¿cómo se
contrariar el del irracional? Esto no es posible; prueba pal-
e de éllo son estos burros, principalmente el Laureano, que
heróicamente la vida, por salirse con la suya.

APÉNDICE

DATOS HISTÓRICOS

Para completar nuestro trabajo, que finaliza con esta tercera serie, juzgamos oportuno y de interés, recopilar algunos datos históricos concernientes á la Capital del Perú, los que extractamos de la interesantísima obra de José María Córdoba y Urrutia, titulada: *Estadística histórica, geográfica, industrial y comercial del Departamento de Lima,* impresa en esta capital en 1839, en la imprenta de Félix Moreno.

Fundación de Lima — Después de un prolijo reconocimiento que de orden de D. Francisco Pizarro, hicieron de esta costa los exploradores Ruy Díaz, Juan Tello y Alonso Martín de Don Benito, y de no haber encontrado otro lugar más ventajoso por la fertilidad del terreno, abundancia de agua, cercanía del mar, bondad del cielo y templanza del aire, bajó de Jauja el conquistador en compañía de D. Alonso García de Salcedo, Nicolás de Rivera (el viejo), Rodrigo Mazuelas, Cristobal Palomino, Nicolás Rivera (el mozo,) Cristobal de Peralta, Diego de Agüero, Antonio Picado, Domingo de la Presa y los tres exploradores referidos, y contiguo á las sonoras márgenes del Rimac, fundó la ciudad de Lima, el lunes 16 de Enero del año 1585, á cuyo efecto se extendió la respectiva acta que fué elevada á S. M. el Emperador Don Carlos V, el que por real cédula de 7 de Diciembre de 1587, confirmó la fundación de Lima, agregándole los dictados de Nobilísima y muy leal Ciudad de los Reyes, señalándole por armas un escudo con tres coronas de oro en campo azul y encima una estrella, por orla el mote de *hoc signum vere regum est;* por timbre dos águilas con coronas de oro, una J y K como iniciales de Doña Juana y Don Carlos. Fué designado por SS. MM. como la capital del extenso reino del Perú y tierra firme, y por lo tanto residían en élla los Virreyes y demás dependencias de la corona de España. En 1718 se separaron de la jurisdicción del Perú, por el Norte, las provincias del reino de Quito, con el designio de erigir en Virreinato la Presidencia de Santa Fé; y en 1778, le desmembraron por el Sur, todas las provincias interiores de la Sierra para formar el Virreinato de Buenos Aires.

Situación topográfica de Lima. — Se halla situada á los 12° 2' 24" latitud austral. La longitud desde el meridiano de Cádiz, es 70° 50' 51" occ.; desde la isla de León, 70° 38' 38" occ.; desde el observatorio de Greenwich, 76° 51' 30" occ.; desde el de París, 79° 27' 4"; en tiempos varía este último 5 h. 17' 51;" y desde el de Tenerife, 299° 27' 7 ½" occ. La variación magnética es 9° 48' N. E. Según las observaciones barométricas, la altura de la ciudad es de 176 ½ varas sobre el nivel del mar.

La temperatura de Lima es deliciosa y la atmósfera muy serena, pues reinan vientos fuertes sin movimientos de tempestad, y aun los temblores no son muy frecuentes.

Extensión primitiva y acrecentamiento de Lima. — La primitiva planta de la ciudad fué de 22 cuadras entre oriente y poniente, y 14 entre austro y septentrión, que hacía el circuito de 19,320 pasos. Esta primera planta se trazó en lo que se llama hoy la parte alta de la ciudad ó centro de élla; mas después se le dió mucho mayor ensanche, extendiéndola hasta San Lázaro, por un lado y parte del pueblo del Cercado, por otro lado. El arrabal de San Lázaro, comenzó á habilitarse por el año 1563, en que Antón Sánchez estableció el Hospital de San Lázaro para leprosos, y habiéndose fabricado con más solidez el puente en 1608, se fué poblando, teniendo por objeto las primeras casas formadas el de hospedar los negros bozales que entonces se introducían de las costas de Africa, aumentándose á tal extremo ese vecindario, que en 1768 se erigió en curato. El llamado vulgarmente pueblo del Cercado, fué edificado por el Virrey D. Francisco de Toledo, para la residencia de indígenes.

Forma de Lima, — La figura de la ciudad es casi triangular, presentando un plano inclinado de oriente á poniente; sus calles son del ancho de 12 ½ varas y de 140 varas de largo por cada una de sus cuatro partes, que constituye una manzana de 560 varas en circunferencia; sus cuadras son cortadas en ángulos rectos, habiéndose cuidado al formarlas hurtar el rumbo á la carta de marear de E. á S. E. á fin de que las paredes hiciesen sombra en la mañana y en la tarde; las rectas y transversales se hallaban empedradas y con un enlozado de seis palmos mandado colocar en 1787 de piedra pizarrería sacada de un cerro inmediato á la portada de Guía; las calles rectas tenían sus acequias en la medianía, con sus respectivos puentes en las boca-calles.

La Plaza Mayor — La Plaza Mayor ó de Armas, es cuadrada, teniendo por cada lado 186 ½ varas de largo; está adornada por la parte septentrional y occidental, con portales de mampostería que constan de 396 piés en cuadro y 85 arcos, fabricados en 1693 por disposición del Verrey conde de la Monclova; los comisionados que intervinieron en su construcción fueron D. Luis Pimentel y D. Jerónimo de los Reyes, habiendo tenido de costo la obra 25,000 pesos.

La Fuente de la Plaza Mayor. — En el centro de la indicada Plaza está colocada una magnífica Fuente de bronce, cuyo metal se extrajo para el efecto de una mina de la rinconada de Late: la altura de la pila es de 15 ½ varas y consta de tres tasas ó recipientes: la principal que recibe la obra se halla sobre una mesa de mampostería de 3 ½ pies de superficie guarnecida de una grada de piedra de sillería; está coronada de ocho leones é igual número de grifos que cada uno vierte agua por sus bocas; en cada ángulo de dicha mesa aparece un pilón formado de un sócalo de 3 ½ puntos, cada uno con su pirámide adornada de flo-

res y por tres cañones desciende el agua al recipiente del mismo metal. Esta Fuente fué construida por el diestro artífice Antonio de Rivas y finalizada en 1650, á quien ayudó en la invectiva y escultura el maestro mayor de fábricas Pedro Nogueras; su costo ascendió á 85,000 pesos provenientes del ramo de sisa. Esta obra erigida por orden del Virrey conde de Salvatierra, estaba rodeada antes de veinte piezas de artillería y circundada con ocho cadenas de fierro.

El Puente de piedra y Arco alto.—En 1608 el Virrey Marqués de Montes Claros mandó fabricar el Puente de piedra que existe hasta hoy, el que tiene de longitud 500 piés geométricos, sobre cinco arcos de 37 piés de elevación; su construcción duró dos años, terminándose en 1610, como igualmente el Arco alto de fachada que se edificó para la hermosura del tránsito según los planos presentados por el P. Fr. Jerónimo Villegas, religioso agustino; siendo el artífice D. Juan del Corral; para llevar á efecto esta obra se estableció el ramo de sisa, calculándose su gasto en 400,000 reales de á ocho. El Puente de piedra y el Arco alto son obras de mampostería, compuesta de una base de piedra de sillería traida del cerro de Chorrillos, su muro de cal y ladrillo y su entrada ó piso alto puesto sobre los arcos de un pilotaje de madera, hecho todo con tal solidez, que no se ha destruido ni con los grandes terremotos de los años de 1630, 1655, 1687 y 1746; en este último solo se derribó el Arco alto, cayendo por tierra con la estatua ecuestre de Felipe V, que ocho años antes se había colocado en su extremo; se reedificó en 1752, y en 1771 se le formó el remate en cuyo centro se colocó el antiguo reloj del convento de San Pedro, indicándose las horas por medio de dos esferas, y en sus costados se pusieron dos torresillas de hermosa perspectiva.

La Muralla y sus Portadas. — La parte alta de la Ciudad estaba circundada de una Muralla de adobes, que contenía 34 bastiones, cuya obra fué dirigida por el ingeniero D. Pedro Ramón Flamenco, por disposición del Virrey Duque de la Palata, y se concluyó en el año 1685. Con motivo de las convulsiones políticas de España, el Virrey Abascal, en 1807, trató de rellenarla y ponerla expedita para colocar en élla artillería, cuyo trabajo se llevó á efecto, gastándose en éllo la suma de 150,000 pesos. Franqueaba la salida de esta Muralla nueve Portadas, denominadas: Martinete, Maravillas, Barbones, Cocharcas, Santa Catalina, Guadalupe, Juan Simón, Monserrate, y la del Callao. Esta última era la más hermosa y tenía tres puertas.

Camino carretero de Lima al Callao. — Este Camino fué mandado construir por el Virrey O'Higgins. Consta de una calle ancha central, y de dos laterales, angostas; este Camino, que une la capital con el vecino puerto, mide de longitud 13, 480 varas y tuvo de costo 340,964 pesos 6 reales, cuya cantidad se extrajo de un empréstito que para el efecto se levantó en esta Ciudad, bajo la responsabilidad de los fondos del Consulado; el director de la obra fué D. Antonio Elizalde, haciéndose todo según los diseños presentados por el ingeniero D. Luis Rico.

Real Audiencia de Lima. — En 1543 se mandó erigir la Real Audiencia, para la cual se nombró Presidente al Virrey Blasco Núñez de Vela; de Oidores á los licenciados Diego Zepeda, Lisson Tejada, Juan Álvarez y Pedro Ortiz de Zárate. En 1549 el Virrey Pedro de la Gasca amplió el número de Oidores á ocho.

Tribunal del Consulado. — Este Tribunal fué creado para la proteccion del comercio en 1592, con el título de Universidad de la caridad, y plantificose en

1613, habiendo sido su primer Prior D. Miguel Ochoa, y Cónsules D. Juan de la Fuente Almonte y D. Pedro González Refolio.

TRIBUNAL DEL PROTOMEDICATO. — Por cédula de Enero de 1570 se erigió el Protomedicato del Perú, habiendo obtenido este primer destino D. Antonio Sánchez Renada, al que debe estar unida la cátedra de prima de medicina de la Universidad de San Marcos; tres examinadores, un fiscal, un asesor y un escribano componían este Tribunal.

TRIBUNAL DE MINERÍA. — Este Tribunal fué erigido en 1786 por real orden cometida á D. Jorge Escobedo, superintendente subdelegado de los ramos de hacienda.

TRIBUNAL MAYOR DE CUENTAS DEL PERÚ — En 1607 se erigió este Tribunal con los fueros y preeminencias de la Contaduría Mayor de Castilla, para que examinase y fenecíese las cuentas de real hacienda; establecióse con tres contadores mayores, que lo fueron el licenciado Juan Fernández Debon, Alonso Martínez de Pastrana y Francisco López de Carabantes.

TESORO PÚBLICO. — Este establecimiento tiene la misma antigüedad que la Cuidad, habiendo sido su fundador D. Alonso Riquelme; hasta 1780 tuvo factor, vedor y alguacil mayor, además de los ministros.

CASA DE MONEDA. — En 1567 se fundó en esta ciudad la Casa de Moneda; pero habiéndose pasado en el año de 1572 á Potosí, se volvió á fundar de nuevo en el año 1683, corriendo la amonedación por cuenta de particulares, hasta que en 1753 que se incorporó en la corona y fabricóse la casa y oficinas que hoy existen, habiendo sido el primer superintendente D. Andrés Morales.

MUNICIPALIDAD. — El mismo año de la fundación de Lima (1535) se estableció el Cabildo, siendo sus primeros alcaldes ordinarios D. Nicolás de Rivera (el viejo) y D. Juan Tello.

UNIVERSIDAD DE SAN MARCOS. — Es la más antigua del Nuevo Mundo, pues la cédula de su fundación fué expedida en 12 de Mayo de 1551; fué confirmada por Bula de Pío V en 1571 bajo la protección de la religión dominicana; en 1574 se trasladó al sitio que en la actualidad ocupa la parroquia de San Marcelo; algunos años después, deseando los doctores dar á la Universidad un local más propio y decente, tomaron el que, con el nombre de San Juan de la Penitencia, ocupaba el Gimnasio ó recogimiento de mestizos hijos de conquistadores.

CONVICTORIO CAROLINO. — En 1770 el Virrey D. Manuel Amat erigió este Colegio, reuniendo en él, el Colegio de San Martin fundado en 1582, el mayor de San Felipe establecido en 1592: en 1822 se le agregó el Colegio de Caciques que con el nombre del Príncipe había instalado el Virrey Príncipe de Esquilache en 1620 para la educación de dichos individuos.

SEMINARIO CONCILIAR. — En 1591 el Iltmo. Arzobispo Santo Toribio fundó dicho Seminario, nombrando de rector al licenciado D. Fernando Guzmán.

COLEGIO DE MEDICINA. — En 1810 el Virrey Abascal instaló el Colegio para esa facultad, donando más de 12,000 pesos para la fábrica y compra de útiles; agregándole el Anfiteatro Anatómico, establecido en el hospital de San Andrés el año de 1753 y por director y rector del Colegio al Dr. D. Hipólito Unanue.

Colegio de Marina. — La escuela náutica establecida en esta ciudad por el Virrey Gil de Lemos, se abrió en 1791 para la enseñanza teórica de esta ciencia.

Colegio de San José. — En 1597 D. Luis Ojeda dejó todos sus bienes para la fundación de la casa de Huérfanos, en donde se educan en primeras letras los niños expósitos. Le agregó el departamento de lactantes fundado en 1608.

Colegio de Santa María del Socorro. — Dª. Ana Rodríguez de Solórzano estableció en 1562 este colegio para la educación de jóvenes pobres.

Colegio de Santa Cruz. — En 1650 se verificó la creación de esta casa, para cuya obra y fomento cedieron todos sus bienes D. Mateo Pastor y su esposa Doña Francisca Veles Michel, por testamesto otorgado en 1654.

Hospital de San Andrés. — Esta casa de misericordia se erigió en tiempo del Virrey D. Andrés Hurtado de Mendoza, cooperando a su fundación el Lcdo. D. Francisco de Molina.—En uno de los solares iuteriores dispuso el indicado Virrey fuesen ente rados los Incas Viracocha, Tupac Yupanqui, Inca-Yupanqui, Huaina-Capac y dos de sus mujeres, cuyas momias se habian traido del Cuzco.

Hospital de Santa Ana. — Fué fundado en 1549 por el primer Arzobispo D. Fr. Jerónimo Loayza, para beneficio de indígenas de ambos sexos, al que donó 16,000 pesos de renta, labrándose para sí una covacha donde murió. Después se destinó á la curación de militares, y últimamente á la de mujeres.

Hospital de San Pedro. — En 1595 el Arzobispo Santo Toribio estableció este Hospital para la asistencia de clérigos, y desde el año 1674 lo tomaron á su cuidado los padres de la Congregación de San Felipe Neri.

Hospital de la Caridad. — Don Pedro Alonso Paredes, erigió en 1559 una hermandad para asistir en sus casas á los que morian destituidos de todo auxilio, lo cual se aprobó y agregó á la Hermandad de la Caridad, que se habia fundádo en 1552. Diez años después Dª. Ana Rodriguez de Solorzano donó á dicha Hermandad unas casas de su propiedad, en donde se estableció en 1562 el Hospital con el título de Nuestra Señora de la Caridad, para mujeres españolas.

Hospital de San Bartolomé. — Fué fundado en 1661 por el Dean D. Juan Cabrera, para la curacion de morenos de ambos sexos.

Hospital de Santo Toribio de Incurables. — Fué fundado por D. Domingo Cueto, en 1669, con el objeto de recoger de las demas casas á los de males incurables, y se entregó á los Padres Belesmitas en 1702.

Hospicio de Mujeres Incurables. — En 1804 el Virrey Avilés costeó la fábrica de este hospicio, situado al lado del de Santo Domingo de Incurables, por ser ambos destinados para hospital general de contagio.

Hospicio de San Diego. — En 1583 Dª. María Esquivel fundó este hospicio, el que cedió á los religiosos de San Juan de Dios, para la asistencia de los convalecientes de San Andrés y otras personas decentes.

Hospicio de Pobres. — Don Diego Ladrón de Guevara obtuvo en 1757 licencia para poner en planta este establecimiento, mas no tuvo efecto hasta que pasados seis años se compraron útiles y se refaccionó la Casa del Cercado, gastándose más de 20,000 pesos; posteriormente se proyectó situar el Hospicio en la portada del Callao, lo que quedó sin efecto.

Hospicio de Mujeres.—En la cuadra que antecede al Mercado, se labró á costa del Arzobispo Barroeta, una casa para mujeres pobres. En la cuadra de la Pileta del Milagro también se compró y labró una finca por el Sr. Dávila y Azaña, para igual objeto.

Iglesia Catedral. — En el mismo día 18 de Enero de 1535, que fundó esta ciudad el conquistador D. Francisco Pizarro, él mismo abrió los cimientos y puso la primera piedra de esta Iglesia al lado oriental de la Plaza Mayor. Esta fábrica que en su principio fué pequeña, la mejoró en su forma y extención el Obispo que ingresó á esta ciudad D. Fr. Jerónimo Loayza, que la erigió en Iglesia Catedral el 17 de Setiembre de 1543. La construcción de este edificio duró noventa años, y se consagró en 19 de Octubre de 1625, siendo Virrey D. Diego Fernández de Córdoba, y Arzobispo D. Gonzalo de Ocampo, con tal grandeza, que se cuenta comenzaron las ceremonias á las seis de la mañana y acabó la Misa cerca de la noche, repartiéndose muchas medallas de plata que se batieron para el efecto. El terremoto de 1746 echó por tierra esta grande obra. La que actualmente existe se estrenó su mitad en 1751 y se concluyó en 1758, siendo Virrey D. José Manso de Velazco, conde de Superunda, y Arzobispo D. Diego de Corzo. La fachada de la Catedral, obra del arquitecto Francisco Doguera, tiene un frente de sesenta varas de ancho y veintidos de extensión. Las dos torres de las extremidades tiene cada una cuarenta varas de altura y fueron concluidas en 1797, según el diseño del licenciado don Matias Maestro; en la del Norte se colocó la campana Cantabria de 310 quilates, hecha por el fundidor Espinoza, y en la otra, la nombrada Purísima, de 155 quilates, la Antigua de 55, y un magnífico reloj de bronce. El templo en su longitud tiene cinco hermosas naves: debajo del altar mayor se halla el panteón donde se conservan los huesos de los ilustrísimos Arzobispos, Canónigos, y la cabeza del Conquistador Pizarro. El altar mayor y el coro son obras acabadas, y en las naves colaterales hay diez y seis hermosas capillas, enriquecidas con el capital de cerca de un millón de pesos.

Iglesias Parroquiales. —En la del *Sagrario*, desde la fundación de la Catedral hasta el año 1541, ejercieron los oficios de curas los religiosos dominicos, en cuya memoria conservan en su iglesia la pila bautismal. Tiene una viceparroquia denominada Huérfanos,—La de *Santa Ana*, fué erigida en 1550.—La de *San Sebástian*, en 1561.—La de *San Marcelo*, en 1585.—La de *San Lázaro*, que antes era vice-parroquia de la Catedral, fué elevada á curato en 1736.—Antiguamente existía también la parroquia del Cercado, administrada por los Jesuitas; pero despues de la expulsión de estos padres, se agregó á la ciudad aumentándosele al cura más territorio.

Provincia de Santo Domingo de Lima.—Se erigió el año de 1540 con el título de San Juan Bautista, por bula de Paulo III, siendo general de la Orden el R. P. Fr. Agustín Recuperato de Favancia, y primer provincial el P. Fr. Tomás de San Martín; constaba la Provincia de 27 conventos y 60 doctrinas.

Convento grande del Rosario. — En el mismo año de la fundación de esta ciudad (1535) obtuvieron de D. Francisco Pizarro los seis religiosos que vinieron, el sitio donde se halla en la actualidad el convento é iglesia, y mientras se construía, habitaron cuatro años en la calle de Judios, haciendo sus rezos en la Catedral.

Monasterio de Santa Rosa. — En 1678 la religión dominica fundó, frente al Santuario, un beaterio para las nuevas jóvenes que vistieron el hábito de terceras dominicas, con motivo de la canonización de la Santa. Treinta años después el Beaterio se trasladó á la cuadra de San Sebastián, donde fué elevado á monasterio, á cuyo efecto donó todo su caudal doña Elena Corte-Real: para efectuar dicha erección salieron de Santa Catalina tres monjas y doña Josefa de Portocarrero, hija del Virrey Monclova, que había salido de fuga de palacio y se hallaba refugiada en Santa Catalina esperando la fundación del monasterio de Santa Rosa, á la que cooperó eficazmente, tomando todas clausura el 2 de Febrero de 1708. La estrechez del local, ó bien el deseo de poseer la casa en que había muerto la Santa, les hizo solicitar y comprar dicho local, consiguiendo igualmente el convento é iglesia, que era de las Amparadas, á donde se trasladaron en 1709.

Monasterio de las Capuchinas. — El indígena Nicolás de Dios y su esposa Jacinta, formaron y sustentaron un colegio de doncellas, hasta que murió el primero en 1677, con el deseo de hacer un monasterio de capuchinas. Algunos años después consiguió la hermana Jacinta la fundación, á cuyo efecto vinieron de Madrid, en clase de fundadoras, cuatro religiosas de esa Orden, que tomaron clausura en 1718.

Monasterio de Nazarenas. — Se fundó en 1730, para cuyo efecto donó Doña María Fernández de Cerdón 60,000 pesos, habiendo salido de Santa Teresa tres monjas en clase de fundadoras de este monasterio, las que tomaron el hábito de Nazarenas. Después del terremoto del año 1746, se acrecentó el convento y se hizo nueva fábrica con 20,000 pesos más que donó nuevamente la Sra. Fernández de Córdoba y también el Virrey Amat, que contribuyó á este objeto con mayor suma.

Monasterio de Mercenarías. — Fué primero beaterio fundado por D.ª Ana María Zanleta, y muchos años después, en 1784, se elevó á monasterio con el concurso de varias monjas del convento del Cramen Alto.

Beaterio de Amparadas. — Se fundó en 1670 á instancias del P. Castillo. En 1690 se le agregó la reclusión de mujeres públicas que en 1685 había fundado D. Francisco Saldaña. Posteriormente fueron despojadas de su casa é iglesia.

Beaterio de Santa Rosa de Viterbo. — La beata Manuela de Jesús estableció en 1680, con permiso del Virrey Arzobispo Cisneros, un recogimiento con esta advocación, bajo la protección de la religión franciscana, cuya fundación fué fomentada por D. Pedro Loayza y D. Juan Herrera.

Beaterio de Copacabana. — En 1678 se trató de fundar un beaterio de indígenas dedicado á Nuestra Señora de Copacabana; pero no se logró, por ciertas dificultades, hasta el año 1692. La madre Catalina de Jesús, superiora del beaterio, solicitó elevarlo á monasterio, á lo que se accedió en 1783.

Beaterio del Patrocinio. — El lugar que ocupa este beaterio, se dice haber sido el lugar donde estuvo pasteando, Fray Juan Masias, cerdos guarines, y donde tuvo sus revelaciones; por esto es, que el presbítero Dr. D. Francisco Villagómez fundó esta casa para beatas dominicas, en 1698, saliendo de su peculiotodo el costo de élla.

Convento de Guadalupe. —Don Alonso Ramos Cervantes y doña Elvira de la Cerna poseían una hermita de Nuestra Señora de Guadalupe, la cual donaron á la religión de S. Francisco con todas sus tierras adyacentes, en 1611, en donde establecieron el Colegio de San Buenaventura para estudio de la Orden. Este convento está supreso

Convento de San Francisco de Paula. — En 1711, los religiosos de San Francisco tomaron la iglesia y convento de Nuestra Señora del Socorro, que cuidaban unas beatas; es conocido en la actualidad por convento viejo. En 1794 comenzaron á edificar el convento nuevo, para cuya conclusión se lidió una tarde de toros el lunes 28 de Mayo de 1814, que rindió de limosna cerca de 10,000 pesos. Este convento se suprimió por no tener el número de religiosos correspondiente.

Convento de la Recolección de Guía.—En 1619 el Rev. P. Fr. Juan de Vera fundó esta recolección; mas como para éllo no obtuvo licencia real, en 1625 se mandó demoler la fábrica, teniendo que ocurrir á España el fundador, de donde volvió con élla en 1639, y edificó el convento ó iglesia, que en la actualidad está supreso.

Convento de la Recolección de Belén. — En 1606 obtuvo la comunidad de la Merced, el permiso en Audiencia, para erigir esta recolección, por cuyo acto multó el Rey á los Oidores que lo concedieron. Posteriormente se alcanzó el permiso por una petición que hizo la religión en 1609. En el dia está supreso este convento.

Monasterio de Santa Teresa. — El señor Inquisidor D. Juan de la Cantera fundó este monasterio, sacando para el efecto cuatro monjas del monastario del Carmen, que tomaron clausura el 21 de Diciembre de 1696. Se suprimió después por no tener el número de monjas que correspondia, saliendo al Carmen Alto las que existian.

Convento ó Colegio de Santo Tomás. — En 1645 se erigió este convento para estudio de los religiosos dominicos. En la actualidad se halla supreso.

Colegio de San Ildefonso. — Siendo Provincial el P. Fray Alonso Pacheco, erigió este Colegio para estudio de sus religiosos en 1606, en beneficio del cual Paulo V expidió bula en 18 de Octubre de 1608, denominándolo Colegio y Universidad Pontificia, El convento é iglesia se hallan destruidos.

Colegio de San Pedro Nolasco. — En 1626 el P. Provincial Fray Juan Vallejo compró á los Jesuitas unas huertas para la erección de este convento, al cual lo condecoró el Papa Alejandro III por bula de 1664, con el título de Colegio y Universidad Pontificia, enseñándole á los religiosos filosofia y teología. En la actualidad está supreso.

Capilla de Santa Liberata. — En la noche del 30 de Enero de 1714 robaron de la iglesia del Sagrario un copón con formas, que sepultaron al pie de un olivo de la Alameda de los Descalzos. Denunciado el hechor y extraidas las formas, el Iltmo. Señor D. Diego Ladrón de Guevara, Virrey en esa época, fundó en ese sitio una capilla dedicada á la virgen y mártir Santa Liberata, de quien era devoto y paisano.

Capilla de la Veracruz. — En tiempo de las sangrientas guerras que se suscitaron entre los Pizarros y Almagros, remitió el Papa Paulo III el *Lignum*

Crucis, como iris de paz, (el cual es de 2 ½ pulgadas de ancho y dos líneas de grueso) é instituyeron los primeros conquistadores, en 1540, la Archicofradía de la Veracruz ó de los Caballeros, pues únicamente podian inscribirse en élla los que con documentos calificaban serlo. En 1589 el Pontífice Paulo IV unió esta hermandad con la del Crucifijo ó Veracruz, fundada en Roma en la iglesia de San Marcelo. El Patrón de esta basílica es el Cabildo, á quien se mandó la reliquia, como asimismo el cuerpo entero de San Fausto por Clemente XI.

El Noviciado. — En 1597 trasladaron los Jesuitas su noviciado con el título de Casa Probación de San Antonio Abad, al lugar donde hoy existe el Colegio de San Carlos, cuya obra emprendieron con los crecidos bienes que dejó el Regidor de Potosí, Ruy Gómez Machuca y don Antonio Correa.

Capilla del Espíritu Santo. — Con motivo de haber establecido el comercio de esta ciudad, en 1581, un hospital para marineros, labrose igualmente templo. Hoy quedan supresos.

Capilla de la Soledad. — La hermandad de este título, en el año de 1604 labró esta capilla, dedicándola á Nuestra Señora de la Soledad.

Capilla de la Virgen de las Cabezas. — En 1615 labrose esta capilla, la que fué destruida en la salida que hizo el río en el año 1684; pero fué reedificada en 1689, asignándole rentas para el culto y nombrando por patrones á los Inquisidores.

Capilla de Nuestra Señora del Milagro. — Esta capilla de la religión franciscana, ha sido de grande auge, pues contaba para su fomento con más de 100,000 pesos. En la noche del 18 de Enero de 1835, se incendió completamente este Santuario; pero se reedificó de nuevo en menos de cuatro años, calculando el coste de la fábrica de 45 á 50,000 pesos.

Capilla de la Virgen de los Desamparados. — En 1630, D. Bartolomé Ca'afre obtuvo licencia del Virrey conde de Chinchón para labrar una capilla á la Vírgen de este nombre, en el sitio que actualmente existe, instituyendo una cofradía que cuidaba de dar sepultura á los párvulos y adultos que se encontrasen muertos en los campos, como igualmente á los ajusticiados. Después de su muerte, su hija doña Úrsula cedió su derecho á los regulares de la Compañía, que la ensancharon en 1685, fundando convento, para residencia de los que habían obtenido la profesión del cuarto voto. En 1776, con ocasión de la expulsión de los Jesuitas, se aplicó el convento é iglesia á seminario de clérigos misioneros, y en la actualidad sólo existe la capilla á cargo de un capellán.

Recoleta Dominíca. — En 1606 el Provincial R. P, Fray Juan Lorenzana fundó esta recolección con el título de la Bendita Magdalena, en el sitio conocido por la huerta de San Jacinto.

Santuario de Santa Rosa. — La casa en que nació y vivió esta esclarecida limeña, era de la propiedad de D. Pedro Valladolid, el cual en 1669 la vendió á D. Andrés Vilela para labrar el Santuario. Posteriormente la religión de Santo Domingo compró al Hospital del Espíritu Santo todo el sitio que ocupa la iglesia grande, y en 1676 se fundó el convento.

Provincia de San Francisco. — Fue erigido el año de 1558 con el título de los Doce Apóstoles, siendo Sumo Pontífice Paulo III, Comisario el R. P. Fray

Francisco de Victoria, y primer ministro provincial el P. Fray Luis de Oña. Constaba la provincia de 48 conventos y 86 doctrinas.

Convento grande de San Francisco. — En el mismo año de la fundación de Lima, vinieron los padres de la observancia y á pedimento de Fray Francisco de la Cruz, obtuvieron de Pizarro una suerte de tierra para la formación del convento é iglesia, lo que verificaron en 1538 con el título de Convento grande de Jesús; la pequeñez del sitio, dió mérito para que en tiempo del Marqués de Cañete (1552), devoto de la religión, formasen los frailes una noche dos cercas y tapiaran una calle pública, uniendo la manzana del convento con la otra en que tenían una huerta; el día siguiente ocurrió el Cabildo al Virrey, haciendo el respectivo reclamo, mas el Marqués dispuso que se avaluase la área, cuyo importe satisfizo de su peculio.

Convento de los Descalzos. — Al pié de los cerros que están al N. E. de la Ciudad, fundó el hermano lego Fray Andrés Corzo, en 1592, un convento de recolección descalza con la advocación de Nuestra Señora de los Ángeles, del que fué primer guardian el P. San Francisco Solano.

Provincia de los Mercenarios. — Se fundó con el título de la Natividad de Nuestra Señora, dividiéndose de la del Cuzco en 1556, y de la de Quito en 1606. Se erigió la de Lima en 1584, siendo su primer provincial el P. Fray Miguel Orenes; mas es constante que esta religión no ingresó al Perú con las licencias necesarias y, por lo tanto, su existencia debe contarse desde el año 1571, en que el Papa Pío IV aprobó la permanencia de los conventos fundados, que constaban de 14, y las doctrinas 27.

Convento grande de la Merced.—Dos religiosos de esta orden fundaron primero una hermita en esta ciudad; pero en la suerte de tierra que en 1586 les señaló D. Francisco Pizarro, fabricaron su convento é iglesia, dedicándola al Arcángel San Miguel.

Provincia de San Agustín de Lima. — Se separó de la de Castilla en el año 1551, siendo general de la orden el R. P. Fray Cristoval Patabino, y nombraron por su primer Provincial al P. Fray Juan Estacio; constaba de 18 conventos y 10 doctrinas.

Convento grande de San Agustín. — En 1548 llegó á esta ciudad el P. Fr. Agustín de la Santísima Trinidad, con el designio de preparar el alojamiento á los religiosos que venían á fundarlo, los que llegeron en 1551; pero habiendo muerto el año anterior el P. Agustín, fueron alojados en casa de D. Hernan González de la Torre y de D.ª Juana Cepeda. En el mismo año que llegaron fundaron su convento en el sitio que hoy es Parroquia de San Marcelo, y veintidos años después, en 1573, trataron de mudar su convento al lugar donde hoy se halla, y en una noche verificaron su traslación, por oponerse á élla los religiosos de Santo Domingo y la Merced.

Convento Máximo de San Pedro y San Pablo. — En 1568 llegaron á esta ciudad, siete religiosos de la Orden de la Compañía de Jesús, é inmediatamente comenzaron la erección del convento, cuyo sitio compraron en la suma de 12,610 pesos. Ciento noventa y nueve años después, en 1767, fueron expulsados y extinguida la religión por Bula de Clemente XIV, dada á 21 de Julio de 1773: la iglesia y convento se adjudicó á la Congregación de San Felipe Neri.

Convento de San Juan de Dios. — Los religiosos de esta Orden llegaron á esta ciudad en 1591, en que erigieron su Provincia, tomando á su cargo la capilla de San Diego, que la patrona D.ª María Esquivel les cedió con todo el terreno que ocupó dicho convento.

Convento de Beletmitas.—En 1671 llegaron de Guatemala estos religiosos que se mandaron traer para la asistencia de los indios convalecientes que se curaban en el Hospital de Nuestra Señora del Carmen, que para este objeto había fundado el Licenciado D. Antonio de Ávila. Habiéndo sido elevada á comunidad por el Papa Inocencio XI, en 1687, comenzaron á fabricar el convento de Barbones.

Congregación del Oratorio de San Felipe Neri. — Esta fundación se efectuó en 1774 por el Licenciado D. Antonio Rivero, en el lugar que ocupaba el Hospital de Clérigos; mas, después de la expulsión de los Jesuitas, se trasladó la Congregación al convento de San Pedro.

Convento de la Buena muerte. — En 1709 el P. Golvadeo Carani llegó á esta capital con el objeto de recoger limosnas para la canonización de San Camilo. En el tiempo de su permanencia tomó relación con el Licenciado D. Antonio Velarde de Bustamante, el que donó una finca en la que se fundó una capilla en 1712. En 1736 se obtuvo licencia para la fundación del convento, para cuyo objeto llegaron los padres Juan Muñoz y Juan Fernández.

Monasterio de la Encarnación.—De resultas de la decapitación de D. Francisco Hernández Girón, efectuada en 9 de Diciembre de 1554, por la guerra que sostuvo contra el Rey, su suegra D.ª Leonor Portocarrero y su esposa D.ª Mencia de Sosa, se recogieron y fundaron un beaterio en 1557 con el título de Nuestra Señora de los Remedios, bajo la protección de los religiosos agustinos; mas, en 1561 el Iltmo. Señor Arzobispo Loayza compró un sitio al Licenciado Pedro Sánchez, con el objeto de instituir el monasterio de la Encarnación, con el hábito de canónigos seglares, trasladándose á su clausura en número de nueve religiosas.

Monasterio de la Concepción. — D.ª Inés Muñoz de Rivera y D.ª María Chávez, donaron para la fundación de este monasterio, todos sus bienes y esclavos, habiendo ellas mismas entrado en clausura el 24 de Setiembre de 1573, con la observancia de la regla compuesta por los frailes menores de Castilla, confirmada por el Papa Juan II en 1511. Efectuaron la fundación dos monjas de la Encarnación.

Monasterio de la Trinidad. — La fundación de este monasterio fué solicitada por D.ª Lucrecia Sansoles y D.ª María Vargas, donando al efecto 100,000 pesos y entrando ellas mismas en clausura en 2 de Febrero de 1579, con la observancia de la regla mixta de Cister y de San Bernardo, y la advocación de la Santísima Trinidad. La fundación fué efectuada por dos monjas de la Encarnación.

Monasterio de las Descalzas de San José. — En 1598 se comenzó á fabricar este monasterio, para lo que donaron sus bienes D.ª Inés de Sosa y D.ª Ana Paz. Esta fundación se realizó el 19 de Marzo de 1603, con el concurso de cinco monjas de la Concepción.

Monasterio de Santa Clara. — Fué instituido en 1605 por el Iltmo, Señor Arzobispo Santo Toribio, á cuya fundación cooperó don Francisco Saldaña: las

primeras fundadoras fueron cuatro monjas de la Concepción, que entraron en nueva clausura el 10 de Setiembre de 1608, bajo la regla mitigada por Urbano IV.

Monasterio de Santa Catalina. — En 1619 D.ª Luisa de la Daga, su hermana D.ª Clara y el Licenciado D. Juan Robles, procedieron á la erección del monasterio, gastándose en su fábrica la suma de 312,743 pesos 2 reales, sin incluir el valor de la área, que la donó dicho Licenciado. Entraron en clausura las dos indicadas señoras y treinta y tres jóvenes más, el 10 de Febrero de 1624, y para el gobierno é instrucción de éllas, salieron del convento de la Concepción de esta ciudad cinco monjas y dos que vinieron del convento de Santa Catalina de la ciudad de Arequipa.

Monasterio del Prado. — Esta recolección de hermitañas descalzas de San Agustín, fué fundada por el Iltmo. Señor Arzobispo Villagómez, gastándose en la fábrica 120,000 pesos, á cuya obra cooperó D.ª Angela de Zárate y Recalde, abadesa que había sido de la Encarnación, de donde salió en compañía de cuatro monjas más, que entraron en su nueva clausura el 1.º de Setiembre de 1640.

Monasterio del Cármen Alto. — Principió esta casa con el título de Colegio de Doncellas, que fundó D. Domingo Gonzalez Silva y Dª Catalina María Doria. Posteriormente esta señora obtuvo el favor de elevarlo á monasterio, para cuyo efecto vinieron del convento de Cartagena tres monjas para su fundación, que tuvo lugar el 17 de Diciembre de 1643, bajo la denominación de Carmelitas Descalzas.

Monasterio de las Trinitarias. — En 1678 Dª. Ana Robles, estableció un beaterio Nazareno denominado hermanas Neiras ó de Nuestro Señor Jesucristo. Nueve años después este beaterio fué elevado á monasterio por el Iltmo. Señor Arzobispo Almoguera, bajo la regla de San Juan de Mata. El 22 de Mayo de 1682, las monjas fundadoras se redujeron á clausura y tomaron el hábito trinitario.

Capilla de Cocharcas. — El indígena Sebastián Alonso, con el objeto de socorrer y educar á los desvalidos hijos de los caciques, estableció en 1681 esta capilla con un conventillo, y en 1777 lo trasladó al local que ocupa actualmente.

Capilla de los Naranjos. — Fué fundada en 1750 por D. Juan José Garazátua.

Capilla de Maravillas. — El Iltmo. Arzobispo La-Reguera reedificó esta capilla, que se hizo para colocar á un Crucifijo de lienzo que fué encontrado sin lesión en un lugar pantanoso, por lo que se le llamó de Maravillas.

Capilla de Copacabana del Cercado. — En esta capilla, se dice, sucedió en 1596 el prodigio de haber sudado una imagen de Nuestra Señora de Copacabana, y aunque se extrajo esa imagen, siempre el lugar fué mirado con respeto, hasta que se reedificó la iglesia y casa de ejercicios espirituales, para hombres, fundada por el Iltmo. señor Obispo Orihuela.

Capilla del Puente. — Con este nombre se conoce una dedicada á Nuestra Señora del Rosario, que por tradición, se dice, haber sido el lugar donde se dijo la primera misa.

Capilla del Santo Cristo del Baratillo. — En 1685 el P. Jesuita Francisco del Castillo labró esta capilla, en la que hacía sus misiones.

Capilla de San Lorenzo. — En 1786 D. Lorenzo Encalada tuvo el proyecto de fabricar en su huerta una capilla á este Santo, pero no pudo llenar su intento y celo, hasta que en 1834 lo realizó D. Lorenzo Soria.

Casa de Ejercicios. — Doña María F. de Córdoba fundó en 1752 este establecimiento bajo la dirección de los Padres Jesuitas, para retiro espiritual de mujeres.

Segunda Casa de Ejercicios. — El Dr. D. Matías Querejaza fundó, en 1810, esta casa para el mismo objeto, con los bienes que para éllo dejó doña Rosa Catalina Vásquez de Velazco.

Panteón General. — Por las representaciones que se hicieron á la Corte, manifestando el estado en que estaban los templos con el abuso de enterrar en éllos, se mandó construir este Panteón á sotavento de la ciudad, saliendo de la Portada de Maravillas á 600 varas, el cual se concluyó en 1808, gobernando el Virrey D. José Fernández de Abascal. La perspectiva de este monumento es de magnífica arquitectura: su frente presenta el ancho de ciento noventa varas bien distribuidas y doce varas de altura. En lo interior ó campo santo se hallan dos jardines cuadrados con más de mil nichos en diez y seis divisiones. Esta obra fué construida, la carpintería por el artífice D. Jacinto Ortiz, y la albañilería por el de igual clase D. José González, según el diseño y planos formados por el presbítero D. Matías Maestre, teniendo de costo 29,366 pesos.

Plaza de Acho. — El circo de toros que en otro tiempo era muy concurrido, fué edificado por don Agustín Hipólito Landaburu en 1768, que obtuvo privilegio exclusivo para celebrar ocho corridas cada año y obligándose á dar mil pesos en cada una para la asistencia de un hospital de pobres de ambos sexos, al cual debía pasar la propiedad de la Plaza luego que se hubiese devengado su valor.

Anfiteatro de Gallos. — Lo erigieron don Juan Garrial en la plazuela de Santa Catalina el año de 1762, dando por el permiso 500 pesos para obras públicas, y otro tanto para los enfermos del Hospital de San Andrés: posteriormente se trasladó á la calle de San Marcelo.

Casa de Comedias. — Se estableció en 1652 en la calle de San Agustín y posteriormente se trasladó en el lugar donde existió últimamente.

Cafés. — El primero que se estableció en Lima, fué en la calle de Santo Domingo por el año 1771, por don Francisco Serio.

El paseo de aguas. — Se principio en 1772, sin haberse llegado á concluir.

Ramo de Suertes. — En 1766 se estableció este ramo.

Para terminar estos apuntes, daremos algunos datos sobre la división política y eclesiástica del Departamento de Lima, en la época del coloniaje:

División política. — El territorio que comprende el Departamento de Lima, era en la antigüedad señorio de varios Régulos, los que gobernaban uno ó más pue-

blos, siendo de más poderío el Soberano Barismancu, pues su dominio se extendía desde Pachacamac hasta el pueblo de la Barranca: su origen es tan remoto que no se sabe si fué primero que el de los Incas; sólo nos dice la Historia que habiéndo llegado las conquitas de los Incas á las inmediaciones de su territorio, y sabiendo que este Soberano tenía erigido templo al Sér Supremo invisible, trató de confederarse con Pachacamac, décimo Emperador, y lo incorporó en la familia real, mientras que los demás Régulos fueron vencidos y sus estados sojuzgados por el precitado Inca un siglo antes del descubrimiento de la América. Allanada, á consecuencia de la conquista, la demarcación hecha por los Incas del territorio, en 1569, el Licenciado Lope García de Castro estableció jueces subalternos con el dictado de Corregidores, y en 1784 se crearon las Intendencias: la de Lima se compuso de los partidos del Cercado, Cañete, Chancay, Canta, Yauyos, Santa, Ica y del gobierno de Huarochirí, en cuyo orden permaneció hasta el año de 1821.

Division Eclesiástica.— Habiendo manifestado al Sumo Pontífice Paulo III, la acreencia que recibía el cristianismo en estas regiones, expidió bula en Roma á 14 de Mayo de 1541, erigiendo la Parroquia de Lima en obispado, dándole á su iglesia la denominación de San Juan Evangelista, con dependencia del Arzobispado de Sevilla, y en 1543 publicose la forma auténtica de su erección por su primer Obispo Fray Jerónimo Loayza. Se elevó á Metropolitana en 1545, teniendo por sufragáneos los Obispados instituidos desde Cartagena hasta Chile y Buenos Aires; para cuyo efecto el mismo Señor Loayza recibió el palio del Deán de ese obispado en 9 de Setiembre de 1548. La han regido durante el coloniaje, diez y siete Ilustrísimos Prelados.

Concilios Provinciales. — Se han celebrado seis por los años de 1552, 1567, 1582, 1591, 1601 y 1772, á los que han asistido los Obispos sufragáneos, ya personalmente ó por apoderados.

Desmembración del Arzobispado. — El Arzobispado sufrió en 1616 la desmembración de las provincias que componían los obispados de Trujillo y Mainas.

Doctrinas. — El arreglo de las doctrinas comenzó á sistemarlo el Virrey Don Francisco Toledo, mandando en 1551 que cada una se compusiese hasta de 400 indígenas tributarios que pudiesen estar juntos ó en dos ó tres lugares, respecto á que anteriormente andaban los sacerdotes diseminados, bautizando y doctrinando sin orden alguno. Por los Concilios Limenses se perfeccionó este arreglo, quedando los curatos servidos por religiosos ó seculares, sin interrumpirles la posesión que tenían, hasta que por real cédula de 1768 se prohibió que los religiosos fuesen curas, dándose los que estos obtenían á clérigos.

FIN DE LA SERIE TERCERA Y ÚLTIMA

ÍNDICE

PÁGINAS

